

MONTIEL BALLESTEROS

LA
JUBILACION
DE
DIOS

CUENTOS

MONTEVIDEO

4
1

Culminando su fecunda actividad, el escritor uruguayo Montiel Ballesteros —joven de sesenta años, como diría el Dr. Bezançon— en una de sus últimas calaveradas literarias, ofrece estos cuentos del cielo y de la tierra, con el plausible propósito de que pueda contemplarse el mundo desde un sitio amable y a través del cristal de una sonrisa.

Ya realizados y publicados —con varia fortuna— treinta libros, insiste en el ejercicio de una vocación insobornable, consciente de su misión de escritor y de luchador, dado que en ésta, como en muchas de sus obras, junto al artista desinteresado, siembra sus semillas de ideas el hombre que posee ideales y sueños.

El autor —que fué aprendiz de diplomático— cumple así con Dios y con el Diablo, esto es, abre el surco y da la canción.

Y quien tiene orejas para entender, entienda, como se previene en el Evangelio, según San Lucas.



LA JUBILACION DE DIOS

0863. 4
Man ja
Bal
T
x Ballesteros

MONTIEL BALLESTEROS

LA JUBILACION DE DIOS

CUENTOS

PROPIEDAD LITERARIA

ADVERTENCIA

Los nombres que lucen los personajes de las presentes páginas, no responden a seres existentes.

Si alguna inadvertida coincidencia suscita dudas, deséchelas.

Como al autor no lo mueve alergia, aversión o malquerencia a la Virgen María, el Presidente, el Papa, García, Stalin o el Diablo, en venideras ediciones, rectificará cumplidamente lo que algún interesado se sirva ordenar.

6340

MONTÉVIDEO
MCMLI



DEDICO

A quienes —en el sueño— construyen nuestra gloriosa grandeza;

a los intrépidos viajeros, que en sus manos vacías nos reportan el pájaro azul;

a los bienaventurados, que inventan maravillosas leyendas y las creen;

a mis preclaros hermanos deófagos y a sus parientes, aun los más remotos.

DEFENSA DE LA SONRISA

(A guisa de prólogo)

El ser humano, colocado en el vértice más eminente de la escala zoológica, ostenta, como superior distintivo, la sonrisa.

La sonrisa que es ternura, resplandor comprensivo, tolerancia inteligente y espiritual florecer de la cultura.

Es ella el vehículo del amor y de la simpatía, apuntando su primera manifestación en el labio purísimo del niño, que, en el sueño o en la vigilia, en misteriosa adivinación, “sonríe a los ángeles”.

En tal virtud, es, quizás, la esencia de lo angélico.

Sentimentales —hablo colectivamente— usamos a pasto la lágrima, como el romanticismo cultivó el suspiro, y sin llegar al extremo de fusilar el claro de luna —como lo preconizaban los futuristas— considero que debemos ponerlo a reposo para que se reponga de su clorosis, mientras cantamos a la dorada alegría de la luz, que es la más cabal expresión del placer de vivir.

Tendríamos que espantar las sombras, ese moho del alma y romper los cristales de sus ventanas para que las ráfagas libres aventaran los miasmas gazmoños y las puntillosas mojigaterías, que nos restan como una rancia y anacrónica herencia colonial.

Nuestra raza triste, grave y reconcentrada, ha prohiado una literatura seria, engolada y solemne.

Es lo más español que poseemos.

Sabido es que en los peninsulares la ironía y el humor, o son guasa deslavazada o son burla despiadada y agria.

Las fiestas con que nos distraemos se caracterizan por su carencia de amenidad —disfrutamos del carnaval más aburrido, por no decir tétrico, del mundo— y si tomamos una de las corrientes expansiones populares, el baile, constatamos que se distingue por su contagiosa melancolía y su acartonada parsimonia.

Las danzas del pasado eran ágiles, movidas y graciosas; un rudimentario sentido coreográfico las llenaba de donosura y color y en sus voces de mando y en sus coplas y “relaciones” campeaba un sano humorismo y una chispeante e intencionada picardía.

Entre paréntesis, lo pícaro actual ha descendido a lo rufianesco.

Las modernas canciones del pueblo gimen penas tremendas, lamentan desengaños inconsolables y rencorosos despechos, entre el fulgor relampagueante de puñales amenazadores.

Nos ronda el fatalismo y la tragedia.

El alma de nuestra gente alienta atormentada en los ritmos primordiales de los tangos, filosos de amor propio exacerbado, roncós de pasión sexual y tormentosos de machismo donjuanesco, compadrón y agresivo.

Los seres son dramáticos, sentenciosos, apasionados y providencialistas y aunque se conserva cierta hidalguía caballeresca de armas iguales y no pegar a traición, esa nobleza naufraga en la “patota”, que reedita la amenaza salvaje del malón indio o la trahilla cimarrona.

Como se improvisa, se talentea; se carece de la volición que crea la persistencia; se edifica con palabras y con humo, achacando a los demás o al medio ambiente, la culpa

de que se destruyan y derrumben los castillos contruidos en el aire.

Nuestros prójimos beben y tienen el vino triste y pendenciero; juegan con testarudo fanatismo, confiando en la magia de las kábalas.

El deporte —máxima manifestación colectiva, superior a la conciencia y al sentimiento cívicos— prolifera rencores guelfos y gibelinos y ahonda diferencias que prolongan los elementales odios de los cintillos montoneros.

Se pretende explicar tal psicología como una característica racial, no siendo más que un estadio inmaduro que da el índice de un bajo nivel de cultura.

En las capas sociales elevadas, donde existe abundancia de numerario, el analfabetismo ético se contrarresta con los amanerados modales distinguidos; la elegancia en el vestir, que es el bien pagar, y una habilidad simiesca, que, en las letras y las artes es evidente calco de lo foráneo y sostenimiento de espectáculos capaces de dar la sensación de tener el reloj en hora en relación al meridiano extranjero.

Pero... sin haber aprendido a sonreír.

Como —al decir del peruano Luis Alberto Sánchez— del oro y la plata de la industria precolombina, saltamos a la utilización y dominio del hierro civilizador por excelencia, de la mueca dolorosa del indio, resbalamos a la explosión satisfecha de la carcajada; de la danza ritual, a la epilepsia negroide de los modernos y dislocados bailes extratragantes.

Y así, en lo político, del sable mazorquero de los tiranuelos al snobismo de los que sueñan el knout y la disciplina milica de los totalitarismos.

Despreciando o ignorando los matices, no hemos hecho estación en la sonrisa, parábola espiritual de la superación, que planea sobre esa distintiva condición, característica y

natural del hombre que, según François Rabelais, el maestro de Pantagruel, es la risa.

Por eso estos cuentos míos se exponen a ser resistidos o a ser estimados como una manifestación literaria subalterna y huérfana de seriedad. Especialmente porque, aparte de su pretensión de amables y leves, no se me escapa que poseen cierta desaprensiva irreverencia socarrona, que si excede de lo discreto, honesto y mesurado, no debe culparse a que se me haya ido la mano, si no atribuirlo más a falta de oficio que a sobra de malicia.

Tengo el atrevimiento de considerarlos como un significativo y madurado complemento de mis anteriores realizaciones y de reivindicarlos como una profesión de fe optimista, saludable, florecida y sentida en la plena integridad de mis robustos doce lustros, diáfana y dichosamente vividos.

Los aprecio como la sonrisa de mi obra, que ingenuamente me enorgullece, porque su concreción ostenta el galardón difícil de una conquista.

Aunque sea microscópica, es una flor de cultura; siendo apenas humildísima y paupérrima, es una condecoración civilizada.

Esto me mueve a presentarles mis pésames a esos sujetos caquéticos, agrios y propensos a los fruncimientos de nariz, pertenecientes al gran ejército miope de los topos que, cuando se enteren de estas ilusorias, desaprensivas y vanidosas conclusiones, sufrirán el consiguiente derrame hepático de bilis.

Complemento mi obra caritativa informándoles que no escribo para ellos.

Sin perjuicio que entiendo que estas margaritas o perlas—primas de las de la parábola bíblica—podrían serles útiles como sedante y eficaz antídoto de sus malos humores, sus acideces y sus virulencias.

Debo agregar que desearía a mi modesta literatura la virtud de contribuir a modificar el adusto gesto que nos ensombrece la máscara o nos la avinagra, dándonos un aspecto de hombres amargados o resentidos.

Adquiriría un valor positivo en el mercado como droga beneficosa, como sería su más alto y ambicionado premio el que cooperase a que nuestra comprensión inteligente terminara por enterarse y descubrir que la vida es una magnífica y encantadora aventura, que quizás exija ser vivida en humildad, pero sonriendo.

LA JUBILACION DE DIOS

Indudablemente las inspecciones y controles poseen aspecto antipático. Significan la duda y la desconfianza que nuestro espíritu tolerante y ecuánime rechaza como algo molesto, incómodo y hasta inelegante.

Detener el automóvil de una joven y bella damisela — aunque sea de la manera más gentil y con la más amable de las sonrisas— para solicitarle su libreta de chofer, en el fondo configura un rasgo decididamente indelicado.

Abrirle los baúles a un venerable sacerdote, en la sospecha de que pueda introducir dolosamente en el país una gruesa de leves y lujosas prendas íntimas para sus relaciones femeninas, puede significar una irreverente impertinencia.

Y no digamos acompañar al juez en un allanamiento de alcoba en procura de constatar un infragante delito erótico.

Es tremendo! ¡Tremendo y monstruoso!

Por tales circunstancias, cuando tuve en mi mano mi designación oficial de Inspector General Volante del Instituto Nacional de Jubilaciones y Pensiones, estuve en un tris de devolverlo con una cumplida renuncia.

Por suerte me detuve. Me entregué a una profunda meditación. Reflexioné. Pesé el pro y el contra. Medí todo el bien que podría realizar desde mi elevado e importante cargo y decidí sacrificarme, afrontando conscientemente las honrosas, aunque serias y graves responsabilidades inherentes.

Inicié mis funciones concienzudamente, decidido a un cumplimiento celoso y estricto de mis deberes y obligaciones.

En el pleno convencimiento de que la jubilación es una especie de providencia, superior a la inmanencia de nuestro reposo definitivo. Considerándola casi —o sin casi— su antesala y, por humana, una disposición que equivale o supera a la ley natural, resolví darle a mi cargo su real y cabal jerarquía.

Hasta planeé una conferencia para encarecer su importancia y su trascendencia, proponiendo darle una adecuada solemnidad a la incorporación a las huestes pasivas.

A mí se me honraba designándome para la vigilancia de su cumplimiento y, al servicio, el respeto y observancia de éste, yo movilizaría mis mayores aptitudes y mis mejores energías.

Y así fué.

Y así conseguí las más resonantes victorias, imponiendo el bien ganado descanso a infinidad de ciudadanos recalitrantes del trabajo, que en su pasión laboriosa —loable pero ilícita— llegaron a cometer engaños, a urdir farsas y embustes, a falsificar la realidad con tal de continuar en sus tareas, atentando —evidentemente, contra las disposiciones sociales, contra la lógica y contra sí mismos.

Conmigo no se transgredía ni se eludía la Ley.

Mi oficina, que estaba perfectamente montada, elevaba cotidianamente a mi consideración los casos de los infractores, auténticos delincuentes que conspiraban contra su retiro y reposo y, asimismo, se me enviaba la lista de los candidatos a la pasividad.

Constatada la veracidad de las denuncias, no había contemplación de clase alguna.

La Dirección General del Registro de Estado Civil nos remitía copia de las actas de nacimiento y, papelitos cantan, mis queridas señoritas ancladas en los treinta o en los cua-

renta carnavales y mis dignísimos caballeros, reumáticos y teñidos, rutinarios de la lidia y recalitrantes del yugo.

Por no declarar la edad, las damas se eternizaban en los empleos.

No faltaban presumidos de nuestro sexo, que coqueteaban con corsés, masajes y pelucas, pero yo los fletaba a cultivarse en casa sus lumbagos, sus bronquitis y sus arteriosclerosis.

Entre las múltiples denuncias que inundaban mi escritorio, una me llamó la atención.

Era una acusación importante, seria y grave.

Se me informaba que existía un señor, provector, ocupadísimo, de gran notoriedad, que, desde tiempo inmemorial, desempeñaba una función de trascendente responsabilidad. Se me aducía que por más sano que poseyera el organismo y por más despejadas que conservara las facultades mentales, era llegado el momento en que tal persona debía ceder sus directivas y sus gestiones a alguien más joven, que, aunque no lo superara en capacidad, poseyera frescas energías, inéditos impulsos y más modernos y quizás más originales lineamientos y conceptos.

Se me sostenía que nada es eterno en la tierra y que a aquel funcionario también le había llegado el momento de disfrutar un buen ganado descanso.

Colegí: será algún apergaminado diplomático, algún profesorón acartonado o algún fósil de la Suprema Corte de Justicia.

Y escribí a las presuntas señas del denunciante, que permanecía en el anónimo, rogándole ampliara la revelación, concretando el nombre y el cargo del transgresor de la Ley.

Me respondió con una sola palabra: DIOS.
Dios.

¿Dios?

Bien. Si correspondía, haríamos ingresar a ese señor en el claudicante ejército de las beneméritas clases pasivas.

Decretaríamos su jubilación.

Se cursó un oficio al Registro de Estado Civil.

No había antecedentes.

Nos dirigimos a las Autoridades Eclesiásticas, por si el nacimiento estuviera registrado en la Iglesia, por haber acontecido antes de la promulgación de la ley que volvió laicas esa clase de inscripciones.

Dicho Cuerpo contestó con evasivas especiosas.

Surgió una preocupación...

¿Sería oriental el tipo?

Pasamos nota interrogatoria a la Corte Electoral, indagando si el hombre tenía carta de ciudadanía.

No figuraba en la nómina de ciudadanos ni estaba en trámite ninguna solicitud al respecto.

Quizás la Unión Cívica sabía algo, pero luego de una "tanteadita", esta gente, muy jesuíticamente, se hizo la desentendida.

No se consiguió dato ni pista alguna.

Era necesario proceder por inducción, por presunción y por deducción.

Posiblemente era hijo de extranjeros, pero, por nacido aquí, se le podía considerar criollo.

Había que investigar sus costumbres: si tomaba mate, si fumaba tabaco negro, si "paraba" en algún bar o boliche, si jugaba a las quinielas.

¿Qué amigos y relaciones tenía?

¿Qué sitios frecuentaba?

Nos llegaron carradas de informes muy contradictorios.

De las más serias, tanto como discretas investigaciones, se llegaba a la conclusión de que parecía no ser aristocrático.

No se le veía por sitios distinguidos.

En los clubes de la crema, en las confiterías chic, en los salones de té, en los hoteles donde se "speaks-english" y "on parle français", lo ignoraban.

Cultivaba relaciones con gente pobretona y hasta con un apellido solo.

Sus costumbres eran sencillas, medio "a lo que te criaste".

No iba a los recibos de Palacio ni a fiestas suntuosas ni a conciertos de quince pesos ni a los cabarets ni a las carreras de caballos...

O sus conocidos, frequentadores de estos sitios, lo dejaban en la puerta y para disimular ante sus relaciones, ni siquiera lo llamaban por su nombre y le decían:

—Chau...

Se nos ocurrió que eso podía ser un apodo, un alias, un sobrenombre.

Se comprobó que trabajaba hacía mucho tiempo, pero debía tener una remuneración exigua, no estando su oficio registrado en la Oficina Nacional de Trabajo, no poseyendo laudo ni Consejo de Salarios.

Dada la falta de precedentes, habiendo que crear jurisprudencia, para ganar tiempo le asignamos un sueldo ficto de capataz de obra.

Y resolvimos hacerle una visita, con el fin de persuadirlo que solicitara la jubilación, ofreciéndole toda clase de ventajas para el caso de que tuviera los montepíos atrasados, de manera que pudiese pagar cómodamente, en cuotas mensuales, los reintegros.

Era mejor, para evitar violencias, no jubilarlo de oficio.

Ordené al auxiliar Martínez que preparara los avíos de las visitas inspectivas.

Salimos.

Detuvimos un taxi aéreo.

—Che, a lo de Dios. Rápido.

—Como cohete V.2, contestó campechano el aviador. Y hendimos el aire.

Atravesamos dos o tres barrios de nubes; eludimos la cola de un cometa; le cuerpeamos a una tormenta eléctrica, hasta que de pronto chirriaron los frenos del avión.

—Aquí es.

—La cuenta por triplicado a la Caja.

Saltamos al cielo.

Y con todos los respetos debidos, luego de tocar el timbre, entregué mi tarjeta al portero. Este, al revés de lo que todos suponen, no es San Pedro. El tres veces negador de Jesús, al margen de los beneficios de una pensión a la vejez, regentea una Escuela de Coimas... Dicen que deja entrar muchos indeseables al Paraíso.

Debemos informar —además— que la residencia que visitábamos no era la oficina, sino el domicilio particular de nuestro personaje.

No hay allí el tránsito y el ajeteo de la puerta del em-píreo, sin dejar aquello de ser un infierno.

Es con todo, un agitado, hirviente hormiguero.

Llega, entra y sale gente, que es horrible!

Apareció la inevitable secretaria: vestidito por arriba de la rodilla; escote hasta el ombligo; cintura de avispa. Mejillas pintadas, labios pintados, ojos pintados, uñas pintadas! ¡Una pintura!

Fumaba la chica.

¡Y se daba unos aires!

Mirándonos por arriba del hombro, nos pidió los documentos y nos alargó —como de lástima— un formulario con una inacabable cantidad de datos y antecedentes; nos

quiso dar un número y nos exigió razón y duración de la entrevista.

Agregó con un tono impositivo de burócrata encallecida:

—¡Hala, hala!, despachen súbito; escriban con buena letra y que la firma sea clara y legible.

Yo reaccioné, con explicable fastidio:

—¡Caramba! ¡Ni que el tipo fuera el Rey del Mundo y que la señorita, doña Precisa, su favorita!

Ella abrió la boca, quizás para hacerme una descarga de improperios, pero yo se la cerré a gritos, vociferándole quien era y exhibiendo mis títulos y mis prerrogativas:

—Soy un representante legal de la República. Ejercicio un magisterio público importantísimo. Su cumplimiento y desempeño son mi deber y merecen acatamiento indiscutible. Si no se me atiende con las consideraciones inherentes a mi jerarquía, recurriré a la fuerza pública, amenacé.

¡El susto que se dió la sujeta!

Debía ser una Magdalena arrepentida, con “entradas” y con prontuario sucio, que tendría un terror pánico a cualquier contacto con la policía.

—¡Perdone! No es para tanto, señor. Le pido mil disculpas, don. Una, a veces, como está habituada a lidiar con tanta, —como le voy a decir— con tanta morralla. Pero yo me hubiese imaginado... Un señor tan bien... Tan distinguido... Hasta con pera y todo... Disimule... Excúseme... Pase... Tenga la bondad... Hágame el obsequio... Por aquí, Jefe... Por aquí, Profesor... Por aquí Doctor...

Y nos entregó a unos angelitos, que nos guiaron y custodiaron.

.....
Linda casa la de Dios.

Espaciosa, aereada, luminosa, alhajada con sobrio y exquisito gusto.

No sé si será alquilada o de propiedad.

Pero vive bien el hombre.

Con confort y hasta con cierto lujo.

Por lo visto es más rico de lo que me suponía.

Parece que el oficio rinde.

(Pienso que convendría hacer una informacioncita a Ganancias Elevadas).

Parques, bosquecillos, jardines, piscinas, canchas de golf y de tennis, glorietas, fuentes, estatuas, grutas artificiales, hamacas, flores.

Cantidad de gente.

Visitas, huéspedes, parientes o protegidos.

Innumerables ociosos tirados bajo sombrillas de alegres colores, a la sombra de los árboles, fumando, bebiendo refrescos y helados, sesteando, echados panza arriba, leyendo, jugando al truco, al tejo y a la payanita.

Mi compañero, esto es, mi secretario, supuso, quizás no falto de razón:

—Casi seguro que son empleados públicos del cielo.

—No sea venenoso, lo reprendí.

Como rectificando lo que algún suspicaz pudiera suponer una crítica, se corrigió:

—Deben estar pasando su fin de semana.

De pronto una guardia de arcángeles, empuñando llameantes espadas de fuego, nos intercedió el paso:

—¡Alto quien vive!

Enseñamos los pasaportes.

Pero yo, bastante soliviantado, exigí explicaciones:

—¿Qué, qué, qué? ¿Qué hay? ¿Qué líos son estos?

(Con tal que no nos fueran a secuestrar y enviarnos a su Siberia).

Los serafines, muy educaditos, informaron solícitos:

—Es que han llegado unas delegaciones extranjeras...

Ustedes saben, los regímenes políticos de algunas regiones a veces son resistidos.

—Hay que tomar precauciones contra los inadaptados, nos deslizó un especie de bichicome que llevaba un barril de arrastro.

Y una viejita muy simpática que hamacaba entre sus brazos a un bebe y le cantaba su arrorró:

“Señora Santana,
por qué llora el niño?
Por una manzana
que se le ha perdido...”

nos enteró amablemente:

—Son los asistentes al Concilio Divino.

—¡Ah! ¿Están de Congreso Eucarístico?

—No. Esto es una cosa seria. ¡Altro que pavaditas!

Sentimos el rumor del cortejo que desfilaba.

Puestos en punta de pie alcanzamos a descubrir la comitiva.

Sin pecar de irreverente pude apreciar que aquello era tan pintoresco como estrafalario y tenía cierta similitud con un coso de carnaval.

Esa multitud rara y heterogénea, trajeada de manera singular, insólita y hasta extravagante, me daba la sensación de que no era la primera vez que la veía.

Hice memoria.

Efectivamente, me era familiar.

Ante mis ojos sorprendidos, atentos y maravillados, volteábanse las páginas de viejos libros, de antiguas estampas, de voluminosas y eruditas enciclopedias ilustradas.

Y no salía de mi asombro al ver que esos personajes, que yo creía separados por insalvables rivalidades, por odios y enconos abismales, por antípodas principios, se reunían

para tratar asuntos que, posiblemente, les eran comunes; para allanar conflictos jurisdiccionales o evitarse quizás ruinosas competencias.

La diplomacia los confundía, los mezclaba y los emparejaba.

Zeus, el griego magnífico, majestuoso y esplendente, abría la marcha. Júpiter, el de los fúlgidos rayos impresionaba. Junto a él, armado en guerra, con su escudo de cuero de toro y su pesada, corta y sólida espada, el terrible Marte.

Con su sosegada dulzura, Bhuda caminaba tras ellos, rodeado de una muchedumbre de personajes con seis u ocho brazos, y flexibles y elegantes deidades cochinchinas, cuyo color y lisa epidermis hacíaslas creer vaciadas en un vivo bronce.

Junto al Shiva, noble, parecía no tocar la mezquina y oscura tierra el docto Confucio, el de las sabias máximas.

Con miguelangelesca, graciosa gravedad, iba Jehová departiendo con Thor, cuyos flancos guardaban, ceñudos y hoscos, Odín y Wotan, ambos tocados con sus cornudos cascos crinados.

Trotaban el asirio Shamash, el de la bella barba, rizada como una colmena de alveolos de oro, con Quetzalcoatl, el dios serpiente de la remota México, de los chichimecas y los toltecas.

Isis hierática, como buena egipcia, y Orus con su cabeza de halcón, transitaban entre leones alados y magros, estilizados sujetos con caras de perro.

Descalzo y sonriente, mal envuelto en un manto roto, repitiendo sus parábolas, como un propagandista electoral o un juglar de plazas y caminos, se distinguía el dulce judío Jesús, a quien —entre el zumboneo de una nube de moscas— seguía una turba de mugrientos y desarrapados discípulos.

Luego Mahoma, el árabe, ostentaba su Corán sagrado y algunas interesantes huríes, que en el afán de cubrirse el rostro hasta la altura de los bellos ojos, dejaban más tentadores encantos a la vista.

Apretábase luego una muchedumbre de dioses menores —algo así como la calderilla divina— entre los cuales distinguíanse el bello Apolo y la sabia Minerva, el laborioso Vulcano y la florida y seductora Venus, el rudo y musculoso Hércules y el compañero Pan, sonriente, peludo y simpático, con sus patas hendidas, su barba de macho cabrío, en punta, y su lírica flauta de siete agujeros.

Más atrás, como carne de cañón y a paso de ganso, se confundían innumerables personajes sobrenaturales: semidioses, magos, santones, brujos, papas, cardenales — indios, amarillos, aceitunados, negros, blancos — posiblemente la nobleza menor y los altos dignatarios de las dinastías celestiales, cuyos súbditos poblaban los cuatro puntos cardinales de la tierra.

No sabíamos si llegaban o si se iban.

¿Podríamos verlos con calma y detención? ¿Nos sería posible hablarlos, oírlos, tocarlos!?

¿Aquellos seres eran existentes o consistían en imponderables entelequias o fabulosas visiones?

No debíamos olvidarnos que estábamos en el cielo, en un misterioso, inexplorado, desconocido mundo.

Se imponía prevenirse de las alucinaciones.

Busqué con los ojos a mi subordinado:

—Che, Martínez!, y le extendí la mano.

Este, al estrechármela, sorprendido, me preguntó:

—¡Cómo! ¿Qué sucede? ¿Se va, jefe? ¿Me deja solo?

—No. No te separes mucho. Y me embrollé un tanto, intentando darle explicaciones, ocultándole mis metafísicos temores.

Pensaba que era preciso tomar algunas precauciones, cuando una extraña voz me reclamó:

—Inspector. Señor Inspector. ¡Adelante!

Y a continuación me sentí empujado, arrastrado y, imprevistamente, me encontré en un amplio y claro salón construido de cielo y de nubes de los más bellos colores, con luminarias de astros resplandecientes y en su centro, en un trono de luz, como sobre un invisible helicóptero de motor silencioso, suspendido en el aire, Dios.

¡Dios!

El Señor Dios.

Por más ateo que uno sea, cuando se halla frente al hombre no se puede evitar cierta cohibición, cierta emoción, cierta inhibición.

Experimenté un vago escalofrío; una disnea de altura me entrecortó la respiración; tragué saliva; me acometió un hipo incómodo y me costó cierto esfuerzo producir una sonrisita atenta, que me pareció oportuna y de buen tono.

No digo que sintiera miedo, porque no es tan fiero el león como lo pintan, pero confieso que en tales instantes conocí algo como un nervioso suspenso.

Piénsese lo que se piense, al fin y al cabo estaba en presencia de Dios.

Hice de tripas corazón. ¡Qué diablos! Crié coraje y me dije criollamente: En la cancha se ven los gallos! Hay que sobreponerse al vicio congénito del tal “temor de Dios” y de la sumisión y del prejuicio.

—Al fin y al cabo yo no era un cualquiera y estaba investido de una excepcional autoridad.

Mi cargo, la importancia de mi misión, me daban un rango y una jerarquía de poder codearme y considerarme a la misma altura de quien fuese.

Además me asistía un derecho y contaba con una prerrogativa a la que nadie podía negar respeto y acatamiento.

Ya lo estaba probando ese recibírseme como cuadraba a mi calidad.

Con todo, como persona bien nacida y mejor educada —que lo cortés no quita lo valiente— descubriéndome, sombrero en mano, saludé:

—¡Hola, amigo! ¿Qué tal? ¿Cómo va eso?

El se puso a tono con mi don de mundo, con mi cordialidad y mi desenvoltura y me contestó campechantemente:

—Chau, viejo! Macanudo.

Y ganándome de mano, me preguntó por la distinguida familia.

Luego se levantó de su cabeza de vaca, —sobre lo que estaba sentado,— y, como para dar muestra de su vigor y su prestancia, con gran agilidad, se me acercó a palmearme.

Me llamó la atención que vistiera chiripá, pañuelo tendido, bota de potro y tirador con rastra de plata y oro, el cual sostenía un facón de mango de asta y S pronunciada.

Ese atuendo debía lucirlo en mi homenaje.

Era una señaladísima distinción.

Con ella pensaría conquistarme de entrada, “ganarme el lau de las casas”, como podrían decir Fernán o Javier de Viana o el Viejo Pancho.

Me referí a la misma para agradecerse la.

—Son mis “pilchas” habituales, me informó. No conozco nada más cómodo para andar a caballo. Con él recorro los campos de la patria.

—¡Gaucho lindo!, comenté, entusiasmado.

Y ya el hombre me empezó a prosear y a ofrecérseme.

Que de aquí y que de allá y que tal y que se yo y un curioso y un pregunterío del tiempo que se pidiese:

—¿Cómo va la cosa? ¿Qué tal anda aquello? ¿Esos blancos y esos colorados siempre tirando parejos? ¿Y mis muchachos, nadando y cuidándose la ropa? Y, entre paréntesis, —yo no sé si me estoy quedando un poco sordo, pero me está pareciendo que me mostró los naipes, diciéndome: “entre parientes”:

¿A qué se debe el gustazo de la visita?...

Y si se me ocurría algo; si deseaba que me aumentaran el sueldo o algún ascenso; si necesitaba alguna tarjetita de recomendación, para amigo o correligionario; si quería sacar a alguno de la cárcel o que me levantaran alguna multa...

Yo lo dejaba no más que se desfogase, que se gastara, que hiciera su juego.

—¡Me iba a madrugar si era brujo!

Como notó que lo aguaitaba y lo estaba sobrando —el viejito no es ni medio zonzo— cambió de táctica.

Me engolosinó:

—Se me queda unos días en casa, eh? No como huésped de honor, sino como amigo viejo... ¿Con qué lo puedo obsequiar? No haga cumplimientos. No le voy a decir que aquí hay de todo, pero un “alguito” no?, no falta. ¿Toma un matecito amargo? ¿Qué le parece si churrasqueamos? Sin cortedad: ¿no le agradaría “pegarle un beso” a una cañita de mi flor, de La Habana, legítima? ¿O quiere descansar, echarse una siestita, que viene de tan lejos... ¿O le gusta el baile?

Convencido que no me seducían “programas” ni ofrecimientos, bajó la voz y haciendo un lento movimiento de fricción con las yemas de los dedos pulgar e índice de la mano izquierda y entrecerrando picarescamente un ojo, me insinuó, celestino:

—Con confianza, eh. No se pare en cifras. ¿Cuánto?

Evidente, flagrante, inequívoco propósito de comprarme.

Con la consiguiente indignación, fulminándolo con los ojos, con la voz grave y dramática que se avenía a las circunstancias, constaté con indecible asombro:

—¡Conato de soborno!

Le impuse silencio.

Rezongué, como para mí mismo, tratando de no abochornarlo demasiado:

—¡Por quién me ha tomado!

Y no sin violencia, en respeto a sus barbas, en gesto de ofendida delicadeza, que debe haberlo avergonzado hasta la coronilla pelada, exclamé:

—¡Hemos terminado nuestras relaciones amistosas!

Me costó un grande esfuerzo y repercutió en mi corazón la desolada tristeza de mis palabras.

El no volvía de su desconcertada sorpresa —¡qué mal psicólogo el tipo!,— cuando mi destemplada y estentórea voz reclamaba a mi secretario con una orden terminante:

—Fichámelo, Martínez.

El auxiliar preparó la máquina de escribir, portátil, acomodó en el rodillo el formulario de práctica e inquirió, seco, solemne y autoritario:

—¿Nombre y apellido, caballero?

El, —adaptándose a las circunstancias,— sin una objeción, como si tal cosa, informó sencillamente:

—Dios.

—¿Dios qué...?

—Dios a secas. No tengo apellido.

—Es indispensable. Hay que evitar confusiones.

Como él titubeaba, yo intervine:

—Mirá, Martínez, fajale Dios Todopoderoso.

El dactilógrafo, —un dedo en el aire,— se dirigió al interrogado:

—¿Está conforme? ¿Es justo el apelativo?

—Sí.

—¿Padres?

Tras otro momento de hesitación, cual si se propusiese celar un importantísimo secreto, se confió:

—Padres, en realidad...

Con evidente desconsiderada grosería, el secretario, como si la indecisión divina pudiese derivar de la suposición de una pluralidad de genitores, le puntualizó:

—Compañero, no es que tenga muchos papás. Se entiende que la pregunta significa padre y madre.

—Sí, sí, es que...

—Diga: ¿es del Asilo usted? ¿Y entonces?

—No. No es eso. Es que existen grandes e insolubles dudas científicas y filosóficas al respecto. Además a mí me corresponden las generales de la Ley.

—Esto no es una clase de metafísica, señor, intervine yo.

Martínez, un tanto embrollado, trataba de aclarar:

—Pero su mamá tendría que saber.

El interesado, con dolorosa ingenuidad sentimental, se dolió:

—¡No conocí a mi madre!

Mi auxiliar, que es muy emotivo, suspiró:

—¡Desventurado! Se le ha muerto en el parto!

Optamos por ponerle padres desconocidos.

—Adelante, urgí.

—¿Profesión? ¿Profesión u oficio?

—Realmente.

—¿En qué se gana la vida?

—Realmente... Usted comprenderá... Natural, uno hace lo que puede... De todo un poco, sabe...

—Nó; yo no sé, rechazó mi dactilógrafo... A menos que sea "siete oficios".

Yo le dí una manita al atribulado personaje:

—Deje a un lado la modestia; no se achique, don.

El sonreía con humildad de can que quiere hacerse perdonar algún desliz y llenaba sus ojos con esa tristeza humillada de los menesterosos tímidos que se resuelven a pedir fiado.

Alzando los hombros, balbuceó:

—A momentos me parece que no soy ni media cuchara.

Comprendí que el tipo sufría un complejo de inferioridad y procuré, piadosamente, sacarlo del atolladero:

—Mirá, Martínez, ponele fabricante de mundos.

—¿De mundos? ¿Baulero? ¿Construye esos baúles que se denominan así?

—No, hombre. ¡No seas bárbaro! De cosmos, de universos, de globos.

Mi secretario masculló:

—¡Qué líos! ¿De globos? Yo cada vez entiendo menos. Este viejo barbudo nos va a meter en unos berenginales tremendos. Si yo firmo esta ficha me echan del empleo.

Para evitar que las demasías de expresión de mi subordinado tomaran proyecciones inconvenientes, me reservé de hacerle, a solas, las pertinentes observaciones y censuras sobre su irrespetuosidad.

El prosiguió con sus interrogaciones:

—¿Estado?

El Altísimo se observó, avanzó el tórax, compuso el pecho, iluminó su mirada:

—Bastante buen estado.

—¿No es chiste, nó?, lo agredió el interlocutor y, ante el pasmo del personaje, aclaró:

—Le pregunto si es célibe, casado, viudo o divorciado, señor mío.

—Póngale solterón.

—¿Tiene hijos naturales?

Fué preciso que yo volviera a intervenir:

—Más discreción, secretario... Esas intimidades quedan libradas a la iniciativa de los interesados.

—Está bien, jefe. Pero "fiate en Dios y no corras".

—Continúe. Pase al otro dato.

—Edad?

—69 años.

Fastidiado, en explicable reacción, salté como un resorte:

—¡Apareció aquello! Martínez, basta! ¡No pongas nada! Si es estúpida la manía de la gente de quitarse los años, es indigno el deliberado propósito del engaño.

Al comentar irónicamente la actitud del informante, no pude evitar un tono de reproche:

—El amigo tiene una fragilísima memoria.

El se ensismismó y, con fingida seriedad, barajó fechas, enumeró recuerdos y, como un chiquilín de escuela, empezó a contar con los dedos:

—66, 67, 68... Sí 68. Todavía me había equivocado en contra mío. 68. Exacto. Cuento con 68 años.

Aun contra mi natural conciliable y pacífico, rezongué alterado:

—¡Inaudito! ¡Inconcebible! ¡Desconcertante! ¡Caramba, dígame Dios, a su edad: ¡Se olvida hasta de los mandamientos! ¡Pero cómo nos va a estar engañando! ¿Pero en la escuela no le han enseñado a usted que el mentir es un feísimo vicio? ¡Una persona que hasta parece seria y respetable! ¡Pero qué va a decir el mundo!

El bajó los ojos, ruborizado.

En silencio, parece que medía la enormidad de su falta. Trasuntaba arrepentimiento.

Hice un tremendo esfuerzo para contener mis buenos y piadosos sentimientos.

Me hice duro y severo:

—Usted ha incurrido en la admisión pecaminosa de la socorrida y deshonesto frase: hecha la ley, hecha la trampa. Con frío y alevoso cinismo aventuró ese burdo embuste. Conoce nuestro propósito y pretende eludirlo. Como no le podemos negar ni criterio, ni responsabilidad, ni inteligencia, tenemos que atribuirle intención dolosa. Pero yo no salgo de mi asombro de que se haya atrevido a engañarnos!

—.....

—Por lo menos, constato que se lo propuso.

El guardaba un elocuente silencio.

Yo —en el estricto cumplimiento de mi deber— insistía admonitivo:

—Pero, señor, a usted todos lo conocen. Sobran los antecedentes. No sólo orales, sino escritos. Anda usted por los versos, por las fábulas, por la literatura, por la música, por el arte... Bien sabe usted que es una persona muy discutida, muy conversada, muy llevada y traída! ¡Y nos va a salir con ese cuento! ¡Se nos va a descolgar con 68 años!

—Pero yo me siento joven.

Cambié mi adustez en sonrisa:

—¡Lugares comunes nó, m'hijo! Eso, desde hace siglos, lo repiten con ridícula monotonía, todas las personas de "cierta edad".

—¡Soy un potrillo!

—Tan gaucha la expresión, como inadecuada.

—Estoy fuerte, sano, robusto, vigoroso, eufórico.

—Ilusiones.

—Me siento optimista. Con el cerebro fértil de proyectos y el corazón rebosante de esperanzas!

—Es tarde. Se hubiera acordado antes, compañero.

—“Nunca es tarde cuando la dicha es buena”.

—No, señor. Usted ya ha cumplido su función en la vida.

—Aún me queda mucho por hacer.

—“Peor es meneallo”.

—Ahora que repite la frase del Quijote, piense que Cervantes trabajó siempre.

—En su época no se era tan previsor.

—El, como yo, no se hubiera jubilado.

—Fuerza es someterse, amigo. Es una tasativa disposición de la ley. Usted, que según algunos, es el primer legislador, no puede rebelarse contra la Ley.

Entonces, en los que parecían mortecinos ojos del anciano, brilló una lucecita de picardía. Se le había ocurrido una artimaña leguleya.

—Ustedes no llenaron una exigencia fundamental.

—¿Cuál?

—La relacionada con mi nacionalidad. Yo soy extranjero. A mí no me hicieron en estos lares.

—Otra inexactitud. ¿Y ese traje?

—Lo adquirí en un cambalache. Es un disfraz de carnaval. Yo no siento esto. Lo uso mientras actúo y trabajo entre ustedes. Lo llevo para darles confianza, por adaptarme al medio.

—Ahí está la confesión. (Levantá un acta, Martínez). Usted trabaja, desarrolla su actividad, ejerce su profesión u oficio en el Uruguay. Lo jubilamos en el U-ru-guay. En el U-ru-guay, me entiende!

El porfió, emperrado:

—¡Nó! ¡Nó! ¡Nó! ¡Y nó!

—Recurriremos a la fuerza de la Ley y a la ley de la Fuerza. Lo vamos a declarar jubilado de oficio.

—Pero yo continuaré ejerciendo mi autoridad, mi influencia, mi rectoría.

—Veremos.

—Voy a seguir actuando en las preces, en los anhelos, en los saludos, en los exorcismos, en las maldiciones, en las candorosas creencias de los pobres de espíritu.

—Usted cesa.

—Mis bendiciones, mis pestes, mis guerras.

—¡Basta!

—Pero no puede ser. El mundo no puede dejar de ser mundo. El universo no puede vivir sin Dios. Yo no puedo ni debo abandonar mi cargo.

—No se preocupe. Por lo que va a durar vacante. No tema la acefalía. El cargo se llenará de inmediato. El punto está contemplado en el Estatuto del Funcionario. Aunque alguno, con mejor derecho, solicitará el ascenso, estoy seguro que al día siguiente de aparecer la noticia de su retiro, cada Ministro y cada Legislador —aparte de los del Presidente de la República— van a tener una chorrera de candidatos para el empleo. Eso sin perjuicio que los partidarios del colegiado quieran imponerse o que el Superior Gobierno resuelva transformarlo en un Ente Autónomo.

—Y eso qué es?

—Una especie de Dios con siete cabezas.

—¿Siete?

—¿Qué? ¿Le parecen pocas?

—Yo tuve la iniciativa de hacer un comando de unas quinientas y pico, con esos colegas que se marchaban cuando ustedes llegaron.

—¡Ah! Con esos señores que se iban...?

—Habían sido convocados por mí para hacer un frente

único y oponernos a los manoseos positivistas que habían de culminar precisamente en esto de las jubilaciones generales.

—¿Y?

—Conseguí un rotundo fracaso. ¡La vanidad ha perdido a los Dioses! No me quisieron acompañar en la Santa Cruzada. No hay espíritu de clase. No existe solidaridad en las alturas.

Con qué desolación más conmovedora terminó mi informante.

Con el revés de una mano, intentaba secarse las lágrimas que rodaban por sus mejillas pálidas y se iban a perder entre los hilos de plata de su venerable barba.

Cuando consiguió dominar su emoción, continuó:

—Ya no hay dioses decentes. El oficio está perdido. No son capaces de un invento, de una iniciativa, de una originalidad. En relación con lo de antes, no se hace nada. Ni siquiera un milagrito de malamuerte.

—Acordes. Las semanas son hechas de siete domingos. No hay un diluvio ni para muestra ni una resurrección ni una lluviecita de maná ni una ascensión al cielo en cuerpo y alma.

—Efectivamente. No en balde le hice cantar a Jorge Manrique:

Todo tiempo pasado fué mejor.

—¡Ay!, con decirle que ni el Diablo quiso tomar mi defensa. Pretextó ocupaciones. Adujo que no había terminado la carrera de abogado. Y terminó, el muy desfachatado, por ofrecerme un proyecto de audaces reformas del cielo y del infierno.

—Una especie de desautorización.

—Es claro, es claro! Era una manera de tratarme de anticuado, de vejistorio, de pasado de moda.

—¡Qué atrevido!

—Y pensar que ese cornudo me lo debe todo a mí. ¡Hasta el empleo que tiene!

—¡Qué desagradecido!

—¡Y tanto! ¡Es una filcha!

—¡Una porquería!, como decimos nosotros. Y, a propósito del Diablo, ese mozo no debe ser de los que se cuecen al primer hervor. Dígame, Dios, no estará también maduro para retirarlo de la actividad?

—Es ancianito... Sus años, sus buenos años los tiene. Y no es por venganza, sabe, pero como a él también le cae el sayo, no me desagradaría que le pararan los pies.

—¿Baila?

—Sí; sobre las almas de los miseros humanos.

—¡Qué rivalidades! ¡Qué celos!, cismé yo. No me vienen mal estas desavenencias. Y tomé mis medidas:

—A ver, Martínez, búscame en la guía la dirección del Diablo.

—Apellido?

—Mirá, usa varios. No es como este otro. Parece un príncipe de casa real. Anotá: Lucifer, Satanás, Demonio, Barrabás, Mandinga...

Y restregándome las manos de gusto, engolosiné a mi subordinado:

—Esto lo vamos a festejar con una cena. Un record. Vamos a matar dos pájaros de un mismo tiro.

—¡Altro che!, rió a mandíbula batiente el aludido y remató la noticia con una burlona expresión popular:

—¡Altro che! ¡Dos pajarones!

Y creo que sin despedirnos de Dios, nos fuimos en procura del otro personaje.

Antes que llegáramos a su domicilio, como corresponde a un finísimo y cumplido caballero, salió a nuestro encuentro.

Como es además un tipo afectivo y sentimental, nos confesó que trataba de evitar que su señora esposa —a quien adora— se fuera a enterar de alguna noticia desagradable que pudiera afectarle el hígado o el corazón.

Su saludo fué cordialísimo:

—¡Hola! Bien venidos, camaradas.

Es muy campechano:

—Están en su casa.

Le estrechamos la diestra.

—Encantados.

—Imagino que pasarán unos días en mi residencia. Se van a encontrar bien. Compañía excelente. Les presentaré a mi familia y a gente “muy pierna” y muy entretenida.

—Gracias, gracias... Reconocidísimos... Pero usted comprenderá andamos en gira estrictamente funcional, cumpliendo exigencias de nuestro importante cargo.

—No se van a ir sin prometerme pasar aquí unas vacaciones, que les aseguro serán deliciosas.

Martínez ponía los ojos en blanco.

Yo estaba tentadísimo.

Ambos veíamos visiones.

Me sobrepuse a lo que quizás sea una congénita debilidad y le planteé, con toda precisión y franqueza nuestros propósitos:

—Venimos a delimitar, definir y aclarar su situación con respecto a la Institución que representamos.

Sonrió amabilísimo:

—Ah, sí. Tengo referencias. Más bien dicho, conozco. Un país muy bien: liberal, progresista, libre.

—Una dependencia del mismo, el Instituto Nacional de Jubilaciones y Pensiones.

Hizo una gentil reverencia:

—Muy bien. Perfecto. Impecable.

—Me felicito de encontrar una persona tan comprensible y razonable.

—Los hombres hablando se entienden.

—¿De manera que entonces Usted admite su retiro?

—¡Mi retiro! Nó. Lejos de eso. A menos que me lo manden e impongan, lo que, con el debido respeto a la opinión ajena, no califico de arbitrario, pero sí señalo como el colmo de la imprevisión y la equivocación.

—¡Cómo! Si cae dentro de la órbita legal.

—No le voy a sostener, mi querido Inspector General, que la ley no me alcance. La admito y la respeto democráticamente, dado que, si alguien no hace distinguos entre los seres, ese soy yo.

“Desde la princesa altiva
a la que pesca en ruín barca”...

Todos para mi son iguales. Luego saltando del clásico ibero al criollo:

“Todo bicho que camina
va a parar al asador”.

Al respecto, le daré a usted un ejemplo esclarecedor: crea el legislador un justo y equitativo impuesto a los industriales que producen luz, sea por medio de la energía eléctrica o similares. Bien. Pero no le puede cobrar una patente al sol. Mi caso es semejante. Quien me utiliza podría estar tarifado. Yo no. No se nos puede medir a todos con la misma vara. Paradojalmente la excepción crea la regla. Y, natural, a esta hay que administrarla con inteligencia y con tacto. No sé si me tocará algún día, pero le aseguro que aún no me ha llegado la hora. Cuando los hombres no me ne-

cesiten más, —¿podrán algún momento prescindir de mí? (por ahora soy insustituible),— le prometo, solemnemente, palabra de Diablo, que me acogeré a los beneficios de la jubilación.

Si no convencido, su dialéctica me tenía entenebrecido el seso.

Me defendí, atacando:

—Hablemos, señor mío, del límite de edad.

—Para mí no hay topes. Ustedes dirán. Si se tienen los años que se representan, supongo que no me atribuirán más de seis o siete lustros. Además, sin que yo me lo proponga, Cronos no me arrastra en su torbellino. No envejezco. Y esto no es pose ni literatura. Eso queda para Dios, que realiza algo —se dice que perfecto— y descansa. El dispone de los domingos y de las fiestas de “guardar”. Yo, en esos días, quizás hago mis mejores negocitos. El es un tradicionalista. Un rutinario. Tanto como él encarna un académico, yo amamanto un revolucionario. El contempla lo que ha hecho. Se mira el ombligo y sestea. Yo hago, rehago, invento, sueño! No me conformo nunca. Soy la inquietud. El desasosiego. La inconformidad. El ansia de otra cosa. Soy el más allá! ¡Soy lo imprevisto! ¡La cabeza a pájaros! ¡El amor! ¡La inconstancia! ¡La juventud! ¡La vida!

Jubilarme sería un contrasentido.

Un despropósito.

Un garrafal error.

Una aberración.

No sucede lo mismo con Dios.

El ya tiene una apacible, candorosa y conformista alma de jubilado.

Nació con ese sino.

Los conservadores por excelencia se autojubilán.

Si las sardinas tuviesen ese instinto, marcharían solitas a sus latas, a ponerse en conserva.

—Sin embargo Dios nos insinuó...

—¡Ah, picarón! No quería revelar mi desconfianza. No me atrevía a pensar que descendiese a tanto. Con que era él el de la soplonería! ¡Alcahuetecillo!

Satanás usó el despectivo, casi infamante adjetivo, con una complacencia juguetona, casi al desgaire, con una tolerancia de gran señor.

Nos hizo una guiñada:

—Celos. Una “pontinha” de envidia. Lo descontaba. Es que él no me olvida y es también eso una forma de amor. No puede vivir sin mí. En el fondo eso es un acto afectivo. Recalco: no puede vivir sin mí. Me quiere mucho. Además me necesita.

Y como el distinguido caballero se oye gustosísimo —dado que tiene la humana vanidad de considerarse un brillante y excelente conversador— continuó:

—Dios, les repito, es la vejez eterna. Siempre se le ha conocido sentado, envuelto en una blanca sábana, de pliegues clásicos; calvo, con las caudalosas nevadas barbas, helándole hasta el corazón...

El, jubilado, está bien.

Es más, considero que se debió haber tenido la previsión de declararlo fuera de concurso antes de llevar a cabo lo que tan mal realizó... Eso que me ha dado tanto trabajo en arreglar, rectificar, corregir y refaccionar. Algunos remiendos le quedan muy mal. Pero, no hay más remedio, pues, en realidad —y tendremos que abocarnos a eso algún día— habría que hacerlo todo de nuevo.

Para tal obra —naturalmente— yo me pinto solo.

El lo sabe.

Y tanto confía en mi práctica y mi idoneidad y mi

maestría, que me solicitó mis servicios. Sabrán que pretendió que lo rejuveneciera, como lo hice con el Doctor Fausto, aquel tudesco de infeliz memoria.

Por piedad, le hice comprender el ridículo.

Ustedes comprenderán que si lo hubiese atendido, si hubiese accedido a sus requerimientos, hubiera sido preciso cambiarle la personalidad, transformarlo, desfigurarle.

Se exponía a que lo desdiosase.

Y yo me colocaba en la disyuntiva, poco seria y muy peligrosa, de la farsa, del grotesco o de la catástrofe.

Cualquiera de las dos soluciones hubiera resultado una broma pesada para los hombres.

Se imaginan a Dios, barbilindo, mozo y enamorado, tañendo la mandolina y haciéndoles versos a las Margaritas.

Un ataque de risa nos confundió en una jubilosa hermandad.

El Demonio, vuelto a su aparente gravedad, sentenció:

—Haber eludido esa tentación es uno de mis galardones, de mis méritos. Yo, señores —y nuestro huésped llenaba de énfasis su voz y se llevaba una mano al pecho— yo, señores, he impedido que Dios deje de ser una cosa seria!

Opté por aconsejarlo:

—Jubílate. Es preferible una honrosa retirada antes que perder la línea.

¡El prestigio ante todo!

¡Bien o mal ganados, él tenía que cuidar el lustre de sus laureles!

Que uno —me refiero a mí mismo— cometa alguna travesura, algún desaguisado; que realice algún “embroglio”; que se permita el desliz de una diablura... vaya y pase... Al fin y al cabo uno es el Diablo.

Pero Dios, nó.

¡Dios es Dios!

El no puede comprometer la importancia y la seriedad de la firma.

No faltará, —como ustedes me han informado y afirman,— quien ocupe su puesto.

Confidencialmente les confío, que no vayan a creer que es un oficio tan difícil.

Entretanto, si se considera imprescindible, si necesitan que alguien lo sustituya interinamente, dispongan, cuenten conmigo, aquí estoy yo.

Estoy dispuesto a sacrificarme.

Qué diablos, uno tiene que jugarse por los amigos.

Naturalmente que no es a mí a quien corresponde hablar de mis condiciones y de mis cualidades.

Ustedes pueden informarse, tomar referencias.

Me aventuro a confiar en que tan mal no van a salir las cosas. Por lo menos, el mundo no va a marchar peor de lo que anda.

Además tengo mis antecedentes.

Recuerden que antes fuí ángel.

—El señor tiene razón que le sobra, me sopló Martínez. Pero ese expediente tiene que correr por cuerda separada. Ahora lo que nos convendría es aprovechar la oportunidad para ficharlo.

—Tenés razón. Después éste no nos va a dar trabajo.

—Preparo el formulario.

—Bien.

Pero como me preocupaba el aspecto técnico del nuevo aspirante, consulté con mi subalterno:

—En qué ramo y en qué Caja lo calificamos?

—A mí me parece que le corresponde Servicios Públicos.

Y oficio?

—Y si lo jubilamos al otro, hasta para darle una probabilidad a este tipo, que me parece muy gaucho, le podemos poner aprendiz de Dios.

MUERTE Y TRANSFIGURACION DE DON MANUELITO EL PAJARERO

Como para ciertos pintores una mujer, una colina, una nube o una tortuga no representan sino formas y colores, para mí la mañana, el humo del fogón, el eucalipto, el rancho y don Manuelito el pajarero, no eran sino elementos plásticos, líricos y subjetivos, con los cuales gozaba un espectáculo, traducía sensaciones y realizaba una página literaria.

La estática existencia del árbol, la dorada fugacidad de la mañana, el humo inconsútil que ascendía al cielo, me ignoraban quizás con divina indiferencia, pero el hombre no. El ser humano que apesé en mi observación, y, analizándolo, estudiándolo, recreándolo, intenté fijar con la incisiva precisión de una realidad artística, no podía admitir que yo me volviese eco y espejo de su figura derrotada y de su acento, en el cual había una angustia, una tristeza y un dolor dignos de respeto.

Como escritor yo me atribuía un privilegio al cual él se resistía y se rebelaba. Reflejado en mi interior, en mi pensamiento y en mi concepto poético, moral y filosófico, vuelto criatura de mi entraña sensible, perdía ya su albedrío y su libertad, para transformarse en una figura fija e inmutable, petrificada en un montón de gestos, en una cantidad de líneas y en una serie de actitudes psicológicas, que más que mis observaciones, me dictaba mi fantasía.

Pequeño como un duende, inestable como una vara en el viento, desarrapado, con su sombrero informe, sus panta-

lones acordeonados y sus sacos de largas mangas que le devoraban las manos, apretadas sobre una botella sospechosa, yo lo ataba prolijamente entre letras y renglones.

Abriendo sus brazos de espantapájaros; negra araña componiendo su red; tomando su amargo mate matinal, entre el idilio florecido de trinos y perfumes del alba recién nacida, yo lo metía en un canto, como a un insecto o a un pájaro, a quienes disecca el poeta naturalista.

Y por eso él, desde la sombra de los boliches del barrio, desde los alledaños de su enano ranchito de latas herrumbrosas, vino hacia mí, imprecante y violento, vociferándome su protesta airada, porque yo lo estaba embalsamando en vida.

El bebía, él escandalizaba, él asesinaba las encantadoras existencias de los pájaros.

Todo podía ser.

Lo admitía.

Pero yo no me podía erigir en un mojón y un límite.

Yo no podía cortarle su vida ni cercenarle su libertad.

A eso se enderezaba la cristalización de mi "fotografía".

Eso realizaba mi libro, impidiéndole toda posibilidad de ser otro.

De ahí su resistencia y su rebelión a soportar la inmovilidad de tal condena.

Porque él rebasaba esa cárcel.

Era mucho más que un ebrio, y un ínfimo desheredado, y un cazador de inocentes avecillas.

Era un hombre.

Un contemplativo.

Y un poeta.

Había leído; había sufrido; había vivido.

Conocía a Gorki, a Víctor Hugo, a Tolstoi y a Zola. Tal vez a Budha, a Confucio, a Cristo.

Y era educado y ceremonioso, hasta el punto de haberme apostrofado con finos, hábiles y elegantes eufemismos, aquella vez que yo debí darle cuenta de sus denuestos, que él profería tras un seto cual si ignorase que lo escuchaba el interesado:

—¡A ese cachivache de porquería, yo lo envío al país de los caracoles!

No tradujo la despectiva e hiriente locución.

A su espíritu eglógico y armonioso le repugnaba la grosería.

No en balde vivía recoleto, en silencio, entre árboles y flores, mariposas y aves.

No era un bichicome ni pedía limosnas.

Trabajaba.

Lo decía su alias.

Era pajarero.

Yo lo imaginaba lamentando la despiadada crudeza de su oficio.

Lo suponía altivo y orgulloso.

Y cuando me negó el saludo, subrayó su superioridad y su desprecio.

Quizás exageraba lo primero, pero no tenía la seguridad de que no mereciese lo último.

Lo disculpaba, aduciendo que él no me entendía.

Imaginativamente me echaba con tenacidad tras sus pasos en una ahincada y amorosa persecución:

En nuestros coloquios junto a los mostradores de los almacenes de bebida, mientras tomábamos unas cañas; sentados junto a su banquito, en tanto mateábamos; echados en la arena o entre los chuzos de los "uncos", en las proxi-

midades de la red traicionera, que aguardaba con sus innumerables dedos de hilo la incauta bandada de pajaritos, yo intentaba convencerlo de la pureza de mis intenciones.

Me rechazaba.

Tal vez, hasta tuvo la intención de darme una puñalada.

Sus veladas amenazas —en mi ausencia— lo hacían suponer.

En otros momentos planeó vengarse con mis mismas armas.

Era entonces, cuando, agresiva y enconadamente, me definía:

—Si fueras un poeta, serías una inmundicia. No pasas de un asaltante emboscado en la sombra cómplice. Igual a un cuervo, te lanzas sobre el dolor ajeno y lo estrujas y lo revuelves sin piedad. Cuando hallas un sufrimiento lo explotas como un usurero. Te aprovechas de los vencidos y los hieres a mansalva, héroe de encrucijadas.

—Discúlpame, Manuelito. Y si te dijera que el arte es eso?

—¡El Arte!, y escupía con desprecio. —Ese arte tuyo de porquería, que me veta la posibilidad de regenerarme, porque ahí, en tus páginas, siempre seré un borracho, un asesino de pájaros, un desgraciado, un risible mamarracho.

—¿Y qué quieres? ¿Pretendías que te prestase sensiblerías y romanticismos color de rosa?

—No. Yo no admito nada tuyo. Anhele ser lo que soy, con la posibilidad de ser diferente! ¡Tú me has lapidado!

—No! Además yo no te he sermonado para obtener un cambio. Yo no he formulado críticas. Yo no soy un moralista. Me tienen sin cuidado los arrepentimientos ejemplarizantes. ¡Sigue chupando, matando pájaros, viviendo, en fin!

—¡Ah, nó! Ahora, como me has dado la oportunidad de descubrir otra existencia, otra probable existencia, seré otro!

—Entonces seré yo quien no te saludará. Cuando seas un dechado de perfecciones, cuando seas “San Manuelito el pajarero”, salute!, no querré saber nada más contigo.

Ahora, todo blanco, con un resplandor sobre su desgredada cabeza y un halo de avejillas alegres, que agitan las alas y cantan aleluyas celestes, pasa en una nube.

Me dice:

—Chau...

Y yo me hago el desentendido.

Cuando supongo que ya no me ve, me encamino hacia casa.

Entro, revuelvo la biblioteca, termino por descubrir la novela de la cual él es el protagonista.

Ahí está don Manuelito, preciso, rotundo, definitivo, incambiable.

Pero el crítico, por arriba de mi hombro, mira lo que estoy leyendo y con las frases de Marco Aurelio, al asestar-me un diestro mandoble, sonrío:

—Diez años, cincuenta años, cien años... Recuérdelo tu vanidad. ¡Ni eso! Quizás no consiga hacer huesos tan duros. Pasajero, indeciso, deleznable, tu personaje casi no existe. Su única consistencia y realidad derivarían de que renaciera en tus páginas y se alimentara con la leche de tu ficción. Sólo así su entidad ficticia echaría carnes y estas se endurecerían en el aire de la vida.

Pero se ha muerto.

Y se ha redimido.

Vivo y en rebelión, es más él.

Ahora la entelequia de tu libro se irá gastando como su recuerdo y por más que tu cincel ahondó fatigosamente la dura piedra, esta sufrirá el proceso de esos mármoles turbales que, a la entrada de la nave central de algunas antiguas iglesias italianas, con el roce —durante décadas— de los rudos zapatones de los feligreses, se han desgastado.

No contestándole el saludo pretendes no reconocerle la nueva ciudadanía.

Pero no has tenido el tacto y la delicadeza suficiente para no rozar su susceptibilidad.

Lo has herido.

Lo has lastimado.

Lo has ofendido.

Lo has humillado.

Y su sufrimiento le ha lavado las culpas de hombre turbulento, disipado, asesino de pájaros.

Y me fuí al cielo.

Llamé.

Me anuncié.

Lo informé a Tata-Dios de mis buenos propósitos de solucionar diferencias, de rectificarme, de darle —en humilde retractación— todas las explicaciones que él exigiera.

El Todopoderoso ordenó:

—Hagan comparecer a San Manuelito el pajarero.

Como de la nada, surgió mi personaje.

“Mi personaje”.

Venía con la conocida y vieja indumentaria. Era la réplica de un espantapájaros. Astroso, el sombrero abollado; sobre un hombro caído, en un palo, sostenía la red de atra-

par las avecillas. En la otra mano apretaba una lustrosa botella, en la cual un alcohol purísimo brillaba como oro.

Se rehabilitaba en su propio concepto. Pero volvía a ser él. Me daba la razón, y, en paradójal coincidencia, triunfaban la Literatura y la Vida.

Como al cabo de la comedia, Dios sonreía y sonreían los santos y él, cuando, alargando hacia mis plantas, botella y palo y red y sombrero y ropa, me informó:

—Es lo tuyo. Lo único que viste y comprendiste. Te lo devuelvo. Gracias.

Y se volvió todo claro, como hecho de una leve substancia luminosa, como esas apariciones de gases con que los tramoyistas intentan —en las representaciones teatrales o cinematográficas— darnos la sensación de las existencias ultraterrenas.

Entonces fuí yo quien saludó:

—Chau, Manuelito.

Pero se dijera que él ya no me sentía ni me veía.

Y comprendí que el que ya no existía era yo!

SAN MONTIEL

Cuando, frente a la puerta del cielo, me nombré:

—Montiel...

...tuve la sensación de que allí ya se me conocía.

—Tanto gusto. Pase adelante, me invitó el conserje.

La guardia de ángeles presentó armas.

Un clarín desenredó su clamor sonoro.

Y un edecán rollizo, sonrosado, con doble papada y azules, candorosos ojos infantiles, arrojó —discreto— un chicle que estaba masticando, y voló hasta el local de la mayoría a informarlo a San Pedro.

El clima era cálido y sea debido a la elevada temperatura o a la emoción que me embargaba en tal solemne circunstancia, transpiraba copiosamente. Quizás contribuía a ello el soportar mis dos grandes valijas, cuyas correas de refuerzo estaban a punto de reventar, no pudiendo contener más, en continente tan reducido, la respetable suma de mis pecados.

Pretendí hacerme conducir el pesado equipaje por alguna agencia adecuada, pero en la aduana del cielo, unos empleados con cara de pocos amigos, me informaron que era obligatorio e imprescindible no desprenderse de ninguna de las cosas que se traían de la tierra.

Indagué:

—¿No hay changadores aquí?

—Existen para otros menesteres. En cuanto a los pecados hay que llevarlos todos a cuesta.

Mis brazos no daban más ni mis energías.



Me abandoné al destino.

Dejé caer mis maletas, lo que produjo un tremendo estrépito.

Y sucedió lo que me temía: estallaron sus involucros!
¡Una catástrofe!

—¡Estoy irremisiblemente perdido!, reflexioné para mi colete.

Las valijas despanzurradas continuaron abriéndose y empezaron a desparramarse toda clase de chucherías: la seda, el encaje y la gasa de elegantes prendas íntimas de vestir, femeninas; llaves, direcciones, cuentas de hotel, de florerías, de taxis; retratos con dedicatorias apasionadas, recuerdos y billetes y cartas de amor de todo formato y colores.

¡Cómo metía yo aquella avalancha, montaña y al mismo tiempo diluvio de intimidaciones, en mis maletas rotas!

Conmovido y reverente, me incliné sobre aquel vivo hervor de memorias de mi agitada, revuelta y turbulenta existencia. Ya encantadores, deliciosos, inolvidables recuerdos, comenzaban a deslumbrarme con su seducción, a fascinarme con su poesía, a embriagarme con sus perfumes, haciéndome olvidar el inminente peligro que me acechaba, cuando, con el son de una argentina campanilla, llegó a mis oídos un armonioso coro de celestiales risas.

¡Qué música maravillosa!

Me ganaba un éxtasis arrobador, cuando una enérgica voz de mando se sobrepuso a la melodía arrulladora:

—¡Paso libre! ¡Despejen! ¡Abran cancha!

Y un apuesto y viril jinete, caballero en un magnífico pingo, esgrimiendo una puntiaguda y reluciente lanza, abría el camino a una ingente procesión femenina.

—Yo conozco a este tipo, me dije.

Agucé la memoria.

Estaba cansado de ver su efigie en las tapas de las latas de te.

Sí, era San Jorge.

Ante tal espectáculo se comprenderá que me olvidé de mis tribulaciones.

Interrogué a un sujeto, que boquiabierto contemplaba el desfile y me informó:

—¡Lindo, eh! Es la hora del recreo de las Once Mil Virgenes.

Otro individuo, con agrio semblante de jubilado con poco estipendio y sobrado aburrimiento, comentó:

—Las sacan a ventilar, pero con escolta. Más fácil y más cómodo sería tenerlas en naftalina.

Embebido en la deslumbradora contemplación, aprobé:

—¡Macanudo! ¡Son una preciosura!

Pero, evidentemente, lo que resultó en realidad macanudo fué el feliz e imprevisto suceso que inmediatamente se desarrolló.

Las púdicas y cándidas doncellas —algunas eran bastante maduras, lo que no obsta para que conservaran un fresco corazón romántico— tropezaron con mis valijas destrozadas, con sus entrañas de afuera y, cuando yo supuse que pasarían indiferentes sobre su equívoco contenido o que sospechando su grave peligrosidad, la denunciasen, ví que, con loable discreción y con disimulo auténticamente femenino, obedeciendo a su innata curiosidad, cada una se inclinaba, recogía rápidamente del suelo alguna de aquellas emocionadas, sentimentales y líricas reliquias y la escondía hábilmente en su seno.

—¡Benditas sean!, exclamé desahogándome de mi angustia.

En un instante, como en un milagro, cual si pasaran una esponja húmeda sobre el negro pizarrón de mis faltas,

acabaron con todos mis pecados, no dejando de ellos ni el más mínimo rastro. Lo único que lamento es que algunas de ellas hayan quedado sin sus respectivas reliquias, que supongo se disponían a usar como propicios amuletos.

Desaparecieron hasta los fragmentos de cuero de las valijas y cuando terminó de pasar la procesión virginal, muchedumbre de ángeles del Servicio de Limpieza Pública, procedió a hacer funcionar las barredoras automáticas, mientras decoradores celestes comenzaron a traer alfombras, tapices, macetas con palmas y otras plantas de ornato, flores y estatuas.

En un patrullero policial, seguido de cuarenta camiones remolque, llegó San José apuradísimo y, en compañía de dos mil carpinteros, que descendieron de los vehículos, comenzó a tomar medidas y a dar órdenes.

Arribaban cargamentos de maderas y estofas.

Hormigueaba la multitud atareada y laboriosa.

Entre ese maremagnum me sentí desconcertado y perdido.

No sabía qué hacer, dónde sentarme, a qué sitio o a quién dirigirme.

Se habían despreocupado completamente de mí.

Me tenían abandonado.

—¡Pucha qué falta de organización!, critiqué.

Y ya me tapaba la boca indiscreta, pensando que si alguien me oía, me prolongarían la probable estada en las ollas de aceite hirviendo, en las parrillas de fuego lento o en los baños de plomo derretido, cuando alguien me tocó amablemente en el hombro:

—Tengo el honor de presentarle mi bienvenida, Santidad.

Un respetable señor, que no terminaba de hacerme reverencias y me daba la impresión de que ni el saludo ni

el un tanto exagerado tratamiento eran cosa en broma, me sonreía.

Supuse:

—No será uno de la Policía de Investigaciones...

Le retribuí el saludo:

—Gracias. Yo soy el honrado, caballero.

Me rectificó:

—Eminencia.

Lo observé a fondo: robusto, alto, barbudo, con un negro hábito talar, que sólo alteraba una ancha cinta de seda violeta que le ceñía el vientre aventajado y una gruesa cadena de oro que cayéndole del cuello terminaba en una cruz que relucía sobre su pecho.

Concluí:

—Yo he visto en algún lado a este tío.

Confirmé mi condición de fisonomista al ver en su blanca y regordeta mano, junto a un anillo que ostentaba una amatista episcopal, otro más pequeño con una insignia, que lucía esta sigla: ALU. (Academia de Letras del Uruguay).

Zás:

—¿Usted es S. E. Reverendísima Doctor Don Antonio María Barbieri, Arzobispo de Montevideo?

—El mismo.

—¡Caramba! ¿Y qué anda haciendo por aquí?

—Y... se puede decir que estoy en mi casa. Me trasladaron, sabe. Ahora estoy de Inspector de Guardas de Aduana del Cielo.

—Muy bien. Lo felicito. ¿Alto cargo, eh? ¿Y debe ser bien rentado, no?

—¿Y usted?

Qué ganas tenía de echarle una mentirita. Pero el tipo, por el libro de entradas ya estaría enterado de mi presencia en sus dominios.

Largué prenda:

—Aquí andamos... Me alegro de haberlo encontrado. Al fin somos medio colegas.

—Sí, usted escribe; hace periodismo.

—Por pasar el tiempo, sabe. Soy aficionado.

—Hum...

—Hum...

—¿Y anda así, a cuerpo gentil?

—Exacto. Gentilísimo.

—¿Y no trajo nada con Usted?

—No, nada. Ni un cobre. Usted sabe, Señor Arzobispo, los que no somos muy cotizados, ni ilustres, ni académicos, sólo vemos los pesos en las vidrieras de los cambios.

—Pero yo tenía entendido que Usted había llegado con equipaje.

—¡Nó! ¡Qué voy a traer! Limpio. Limpio. Sin carga alguna.

Al hombre le costaba un esfuerzo enorme el convenirse, pero como la evidencia le rompía los ojos e ignoraba el feliz incidente que me había acontecido, me volvió a contemplar un breve instante y, con cierta familiaridad no exenta de respeto —¡no era para menos!— exclamó:

—Hum... La sorpresa que nos reservaba, amigo. ¡Pícaro! ¡Cómo lo tenía oculto! ¡Cómo lo disimulaba! ¡Quién lo iba a suponer! Esa discreción y esa humildad hablan mucho en su favor. Algo de piadoso y de tiernamente cristiano yo entreveía en sus lucubraciones, aparentemente iconoclastas e irreverentes, pero saturadas de sublimes aspiraciones.

—Debe ser así, Monseñor. Si Usted lo dice. (No sabía si tratarlo de Usía).

Yo me hacía el chiquito.

Las papas quemaban.

Su voz era conmovida. Le brillaban los ojos como a un iluminado:

—De esa madera de grandes pecadores se hacen los arquetipos sagrados.

De pronto, con incontenible impulso me abrió los brazos y yo me arrojé como un toro contra su pecho.

Me estrechó cordialmente, afirmando:

—¡Usted es un Santo! ¡Usted es un Santo! Hasta su misma venida de incógnito lo certifica. Nadie lo sabía. Nadie lo esperaba. Y a eso tiene que atribuir que no se le haya tributado el recibimiento que se merece. Disculpe, Santidad. Disimúlelo. Actualmente —como Usted lo ha visto— estamos tratando de corregir esa imprevisión y ese descuido, atribuible más que a nosotros, a nuestros agentes terrenos que no sabemos, cómo se les pasó por alto la respectiva información. San Pedro se ha tomado un grandísimo disgusto. No es para menos. El no puede admitir esto. Ya ha ordenado que se haga una investigación y se inicie el respectivo sumario. Un acontecimiento de esta naturaleza es absolutamente excepcional. Las personas como Usted son escasas, rarísimas, son cada vez menos. Y cuando viene una, Usted comprenderá, hay que celebrarlo, hay que señalarlo, hay que festejarlo, hay que echar la casa por la ventana!

Yo no sabía qué responder, cómo agradecer y cómo evitar alguna consecuencia, por supuesto peligrosa.

Trataba de defenderme.

Naturalmente me tomaba algunas libertades y me concedía cierta confianza, a medida de la importancia que se me estaba dando:

—Mire, che Arzobispo, por mí no se molesten. No se incomoden por una visitita así, de un amigo, de un camarada. Casi le digo de un compinche. Yo soy una persona

muy sencilla, muy campechana, muy a "lo que te criaste".
Medio gaucho además. Por eso que:

"Para mí la cola es pecho
y el espinazo cadera.
Cuando no tengo cuchara
como con la espumadera".

—Muy agudo y oportuno y folklórico.

—Regular.

—Luego, Usted, lo está poniendo en evidencia, es sumamente modesto.

—Bah, yo no he hecho nada... Cuatro libritos de malamuerte...

—¡Alto ahí! Su fatiga es nobilísima. "A tout seigneur tout honneur".

Para demostrar que también conocía, aunque fuera de refilón el francés, le deslicé mi frasecita:

—Pas de tout, monsieur... Mire, Arzobispo...

Me interrumpió, afectuoso, amabilísimo:

—Con confianza, dígame Barbieri no más.

—Mirá, che Barbieri, conmigo no tienen que usar demasiado ceremonias. Te lo digo sin protocolos —al fin con vos ya somos como chanchos—: con dos o tres procesiones de muchachas como la de esta mañana, algún bailecito y algún bar donde a uno le fíen, yo me conformo.

—Hijo, adaptándome a tus expresiones, te diré que eso no es más que el aperitivo.

—A propósito, Barbieri, sed no me falta. ¿No habría por aquí un sitio para tomar un copetín?

—Con el entusiasmo de la conversación, me había olvidado de mi descortesía. Mire que tenerlo aquí parado. Vamos al cuerpo de guardia a tomar algún refrigerio, mien-

tras esperamos. Una copita de vino con el que se celebra la santa misa, no le sentará mal.

—¡Una! Mi acendrada devoción es mucho más sedienta.

—¡Qué bien!

Y el barbudo, —¡tan caballero!, —dale a darme charla para entretenerme.

—Dado, que usted, Montiel, ya es de los nuestros, quiero demostrarle todo mi aprecio, haciéndole una confianza, casi como si me confesara.

—Soy todo oídos y atención.

—Me perdona por adelantado lo que no ha sido nada más que una errónea suposición y una explicable, aunque ahora descubro que disparatada desconfianza.

—Largá, Barbieri.

—Sinceramente, tengo que manifestarle que, antes de ahora, no tenía una muy famosa impresión de Usted. Luego los informes que nos llegaban no le hacían ningún favor.

—Calumnias de la oposición.

—Pero ahora que ha engrosado la cofradía.

—¿Bien dice el refrán, eh? No hay matrero que no caiga.

—Me rectifico y me congratulo y yo también recurro al refranero: no hay mal que por bien no venga. Usted nos viene de perilla. Nos viene de perlas.

—¿Yo? ¡No diga!

—Sí. Imagínese. Ahora hay mucho estudio indigenista; mucha investigación sobre el folklore; mucha tendencia patriótica y nacionalista y es oportunísima, cuanto convenientísima, su presencia en el cielo. Imagínese que vamos a tener un santo gaucho. Porque Usted es de pura cepa. Era lo que nos faltaba. Hasta ahora habíamos estado trabajando sólo con gringos...

—¿Y el Negrito del Pastoreo?

—Eso es un santito de morondanga. Sin categoría. Un chusmita. Usted es otra cosa. Es como si pudiéramos santificar a Silva Valdés, a Paquito Espínola, al mismo Morosoli, por ejemplo.

—¡Ah! ¡Ustedes entienden la cartilla!

—Piense que va a quedar "regio" de chiripá, de golilla y de bota de potro.

—¿Pero eso para más adelante, nó? Porque ahora no traje ropa apropiada.

—Sí. Por ahora se vestirá de santo corriente. Pero, como un adelanto de futuro, entre los números del programa de festejos, contamos con un desfile de caballería gaucha.

—¡De rechupete! ¿Y con las chinas en el anca de' caballo?

—Ve como se completan las ideas. Eso no lo habíamos pensado. Va a quedar muy lindo. Voy a hablar por teléfono, recomendándolo.

—Yo le puedo dar algunas direcciones.

—Bien. Además San Pedro tiene un gran proyecto para las recepciones solemnes, como la que le pensamos dedicar a Usted. El tiene el propósito de erigir un bello y magnífico Arco de Triunfo de plata y oro, para cuando recibamos a personajes de su jerarquía. No se ha querido meter en gastos por la escasez de santos que hay ahora. Vienen muy pocos. Además si no se sucede otra guerra que haga producir los capitales, el Vaticano tiene que pensar dos veces cuando va a realizar algún gastito.

En ese momento nos sorprendieron unas extrañas detonaciones.

—¡Paf! ¡Paf! ¡Paf!

Eran, sencillamente, los escapes, por cierto ruidosos, de una poderosa motocicleta.

Una mensajera divina, realmente "divina", sin exagera-

ción. Una rubiecita integral, bellísima, encantadora desde la punta de los pies hasta la punta de los pelos, de unos veinte años, toda amabilidad y sonrisas, preguntaba por mí.

Me adelanté con un ímpetu superior al que podían autorizarme mis años.

—Servidor. Estoy a su entera disposición. Disponga no más.

La chica me observó con curiosidad, pero se dirigió a mi compañero:

—Sírvase.

Le entregó un paquete embalado "para regalo", como dicen las señoritas de los comercios cuando envuelven algún obsequio galante y con él alcanzó un sobre de oficio a Antonio María.

—Está bien. No tiene contestación, informó el barbudo, despachando con vulgar descomedimiento a la preciosa mensajera, a quien yo hubiera querido, por lo menos darle una buena propina.

Acto seguido, Barbieri miró la hora en su reloj pulsera y me enteró:

—Me comunican que el acto será para las nueve. Con los demás conjuntos que integrarán el cortejo, esto es, los Apóstoles, el batallón de los Arcángeles, la Agrupación Santos Unidos, los Papas, los Cardenales, la clerigalla menuda y los reclutas, contribuirán a dar brillo al acto las chicas que tanto lo impresionaron esta mañana. Por sobre el desfile, como formando un delicado y candoroso palio, volarán desplegados en correctas legiones angelitos de ambos sexos.

—¡Ah, muy requetebién! Aquí se saben hacer las cosas como corresponde. La nota colorida y graciosa de las muchachas va a dar mucho lucimiento a la revista. Pero en puridad de verdad, mi querido Antonio María, opino que

se están excediendo. Me abruman con esos innmerecidos homenajes.

—Usted se los ha conquistado en buena ley.

—No apoyado. Ustedes exageran. ¡Si sabré yo lo que digo!

Prosiguió dándome detalles.

—Se ha telegrafiado a todos los mártires, beatos, iluminados, anacoretas y legisladores cívicos. Jonás —a quien amanto León Felipe— vendrá con la ballena. Paul Claudel con la paloma de la Anunciación a María. Y va a quedar muy lindo Lázaro, sobre un catafalco que representa la tumba, resucitando cada cinco minutos. En fin, no puedo entrar en muchos detalles. Sería el cuento de nunca acabar y le haría a Usted el encanto y la emoción de la sorpresa. Usted disculpará que algunos invitados no concurren. O viven muy lejos o sus ocupaciones, por ejemplo la de Noé, —que regentea una "boite" y tiene que trasnochar y a esa hora está rendido,— no se lo permiten. Luego como nadie sospechaba que Usted pudiera llegar por estas alturas.

—Caí como peludo de regalo.

—¡Qué ocurrencial!

—Les dí la gran sorpresa.

—Más que una sorpresa ha sido un asombro. Hasta el punto —y esto va a modo de confidencia por la simpatía con que nos ha conquistado— hasta el punto digo, que algunos funcionarios, poniendo de manifiesto una condenable desconfianza, dudando de que realmente Usted fuese quien es, por teléfono pidieron informes reservados, a la Sección Estadística de la Sagrada Guía Azul.

—¡Qué atolondrados! ¿Y qué preguntaron?

—Sencillamente: "Busquen en la M., a ver si hay un santo Montiel.

—¿Y!

—Contestaron: sí. Iban a entrar en detalles, pero como había tanto apuro, los averiguadores, satisfechos, colgaron el tubo.

—¡Menos mal!, suspiré; respiré.

El barbudo me acompañó hasta una habitación y mientras me entregaba el paquete del cual fuera portadora la mensajera que conocemos, me informó:

—Aquí está su traje. Pase, puede vestirse ahí cómodamente. Si precisa algo, no tiene más que tocar el timbre. Por ahora hay que ajustarse al uso corriente de las habituales ceremonias. En cuanto a su indumentaria gauchesca, queda para más adelante. Ya lo iremos pensando.

Desaté el lío, descubriendo una amplia hopalanda blanca, sin más adornos que sus propios pliegues y una cruz y un cinturón de oro, de lo que eran también unas elegantes sandalias que acompañaban el conjunto.

Como yo sufro de frío y no sé en realidad las costumbres de los frailes y anexos, sotanas abajo, le pregunté al Monseñor:

—¿Diga, me puedo dejar la camiseta y los calzoncillos?

—Sí, Santidad.

Me probé el vestido y los zapatos.

Todo me quedaba muy lindo.

Estaba monísimo.

Pero cuando narcisamente me deleitaba en mi contemplación, el espejo me reveló una tan tremenda como peligrosísima novedad.

Algo importantísimo y no sólo necesario, sino imprescindible, de lo cual no podía en absoluto carecer, me faltaba.

Ni en el paquete ni en la percha colocada en la pared ni en los bolsillos de mi hermoso batón ni en ningún lado estaba.

¡Era gravísimo!

¡Era mi tarjeta de presentación, mi verdadero carnet de identidad, el documento comprobatorio de mi jerarquía!

¡Me faltaba la divina marca de fábrica de mi estado!

No contaba con el halo de la santidad, carecía de esa aureola luminosa que, boyando en el aire, resplandece sobre la cabeza de los personajes sobrenaturales, como un maravilloso y milagroso anillo de luz!

Barbieri descubrió en mi demudado semblante mi preocupación y mi angustia.

Siguiendo el revolverse de mis ojos inquietos, corrió la vista por el suelo, por los rincones, por abajo de los muebles.

—¿Qué le sucede, Santidad?

Mientras me palpaba de nuevo, disimulé:

—Se me saltó un botón...

Me volvió a observar:

—Parece que le faltara algo.

Tuve que confesárselo, pero queriendo quitarle importancia al asunto, sonreí:

—Me fuí a poner un poquito inclinado sobre la oreja —de compadre no más— el sombrerito ese que se lleva en el aire, y no sé, si se me cayó, si se me voló, si lo perdí.

El Arzobispo inquirió:

—¿Usted, naturalmente, lo tenía? ¿Se lo vió?

—Sí, me lo ví. Me lo quería arreglar. Me quedaba un poco grande, sabe.

El, con un tono donde se entreveía el nacer de una sospecha, insistió:

—¿Usted tenía su aureola?

Yo le afirmé rotundamente:

—¡Pero se comprende, compañero! ¡Para eso soy lo que soy! Puede ser que en un movimiento imprevisto; que me haya rascado la cabeza; qué sé yo...

—¡Caramba! ¿Será posible?, masculló Antonio María, midiendo su enorme responsabilidad.

A mí se me derrumbaba el lindo castillo de naipes que ellos, ellos mismos, me habían ayudado a construir.

¡En qué berengenal me había metido!

Estaba frito.

Todo había marchado tan bien hasta entonces.

Pero yo no me iba a entregar en las primeras escaramuzas.

Lo esencial era tratar de ganar tiempo, defenderme hasta lo último y, si no encontraba otra solución, poner los pies en polvorosa.

El barbudo salió escudriñando el suelo, preocupadísimo, y cuando creyó que yo no lo veía, apresuró el paso y llamó un taxi, en el cual subió, haciendo señas de que lo llevaran con prisa.

Este iba a dar cuenta.

La cosa ardía.

Se acercaba la hora nueve y ya se sentían disparos de cañón, músicas, cohetes y bombas, rumor de pasos de multitudes, roncar de vehículos mecánicos y zumbar de motores de aviones en el cielo purísimo de la mañana.

No hallando otra solución, salté por una ventana que había en la pieza en que me encontraba y me escabullí.

Sin un plano, sin una guía, sin un badaequer, expuesto a perderme, a puro instinto, rumbeé para los arrabales del cielo.

—¡Si te he visto no me acuerdo!, me apreté el gorro.

Lo que apuré el paso, me enredé en el maldito camión blanco.

Los calzales de oro, demasiado ajustados, me hacían doler los pies.

¡Qué lástima, no ser en realidad santo o aunque fuese angelito, para poder volar.

Volví a renegar contra el traje, que me delataba.
Con él me iban a descubrir.

¡Qué imprevisión!

No me lo iba a sacar.

No iba a andar en ropas menores.

Aquello no era una ciudad balnearia.

Al fin y al cabo estaba nada menos que en el cielo.

Pensando:

—Lo que sea sonará, —traté de caminar al desgaire, como un vecino celeste cualquiera, adoptando la actitud más inocente del mundo.

Pero no pude conservar el incógnito.

¡Lo que es la notoriedad!

No digo que todos me señalasen con el dedo, pero había infinidad de personas que me conocían.

Mucha gente me saludaba.

Algunos con demasiado confianza y familiaridad.

—Chau, Montiel.

—¿Hola, qué tal?

—Salute, viejo.

—¡Vos por aquí! ¿Te colaste? ¡Cómo te dejaron entrar?

Comprendí que no podía escaparme, pero dado que no llevaba ningún pecado a cuestas, tenía la esperanza de que no me fuera del todo mal.

Luego no se me podía atribuir el invento de la superchería.

Yo me dejé arrastrar por el pequeño error.

Cómo me iban a hacer responsable de la confusión producida.

En mí no había habido complicidad, sino despreocupación.

Sin perjuicio de que, a los efectos de atenuar mi cul-

pa —si tal se consideraba— comencé a organizar mi defensa...

El mejor recurso era el de la amnesia.

Sí, yo no recordaría nada del pasado.

Tendría —cuando mucho— una vaga idea de trapisondas, picardías y diabluras, de las cuales había oído hacer mención y que se me atribuían quizás por malquerencia... Las admitiría si me trajesen pruebas... Ahí me afirmarían... Y que se echaran a buscar mis valijas...

Iba preocupado en el ordenamiento de mi alegato defensivo, cuando... (¿Quién lo podría predecir?) tuve el más increíble, inaudito y despampanante de los encuentros! Constaté, al mismo tiempo, que es una solemne calumnia la socorrida frase de que los parientes son los peores.

Imagínense, que ahí, delante mío, por el medio de la calle, paseando, montado en un petizo pangaré, venía nada menos que el tata de mi papi, don Avelino Montiel Bustamante y Calderón, en cuerpo y alma.

—¡¡Abuelito!!

—¡Mi nietito!

Y lo abracé, con caballo y todo.

Abuelo, boquiabierto, ponía de manifiesto una sorpresa inenarrable.

Yo lloraba de emoción, y de contento y no me cansaba de mirarlo y de estrecharlo entre mis brazos.

El, con descomunal asombro, como si se resistiese a dar crédito a sus ojos, inquiría:

—¿¡Tú por acá!? ¡¡En el cielo!! ¡¡Tú!! ¡¡Nada menos que tú!! ¡¡Verdaderamente tú!!

—¿Y abuelito, qué quiere? ¡Cosas de la vida! ¡Alguna vez había de ser! ¡No siempre la taba nos va a caer de... espaldas!

El insistía con cierta impertinente desconfianza:

—¿Tomaste un tren equivocado? ¿Llegaste por casualidad? ¿Saltaste el cerco?

Iba a contestarle que todo había sido correcto y lícito, cuando en la gran catedral del cielo, el reloj del tiempo empezó a sonar la hora nueve.

Caí de rodillas.

Levanté los ojos, o, mejor dicho, la mirada:

—¡Abuelito!

En ese instante, ¡oh, asombrosa y promisoría constatación!, descubro que sobre su venerable pelada, mi abuelo ostentaba el famoso halo.

Ni lo felicité por el privilegio ni lo felicité por su posesión, me reduje a puntualizarle en tono patético:

—¡Abuelito!, en tus manos, o, para ser más preciso, en tu amada cabeza está mi salvación!

—¿Qué te pasa, nieto? ¿Corres algún peligro?

—No hay un minuto que perder.

—¿Pero, qué te sucede?

—Ya te lo explicaré con todo detalle. Por ahora, por lo que más quieras, préstame el coso ése!

Y le señalaba el redondelito luminoso que bailaba sobre su cabeza.

Y mi bienaventurado y bondadoso papá viejo, que jamás me había podido negar nada, igualito que cuando manteníamos nuestras tiernas relaciones en la tierra, y aunque aquello podía significarle su perdición eterna, se sacó gentilmente su anillo de luz y me lo colocó sobre mi calva.

Debíamos tener el mismo número de sombrero.

Me vino lo más bien.

Creo que hasta olvidándome de darle las gracias, me dí vuelta a la disparada para llegar a tiempo a la fiesta.

Salté como un bólido por la ventana, llevándome por delante al Arzobispo, que con tres o cuatro detectives, lu-

pa en mano andaban estudiando mis pisadas y buscando por muebles y puertas mis impresiones digitales.

Disimularon como pudieron y el compañero Antonio María, se extrañó:

—¿Pero dónde se había metido, che?

—Me sofocaba aquí. Había ido a tomar aire por las afueras del pueblo. ¿Está todo pronto?

—Sí. Lo esperábamos. Ahí está el auto ya.

Me cepillé un poco, me arreglé los pliegues del camión, me vigilé el halo de santidad y marchamos.

¡Qué lindo estaba todo!

¡Qué haber de gente!

¡Parecía carnava!

Músicas, bombas, cohetes, disparos, descargas.

¡Y cómo me festejaban y homenajeban!

—¡Viva San Montiel! ¡Hurra! ¡Rra-rrá-rrrááá!

Comenzaron las presentaciones.

San Pedro me dió un apretado abrazo; lo disculpó a Dios, —el pobre viejito no estaba para esos trotes,— y me espetó un discurso ditirámico, pomposo, retórico, muy preocupado de diferenciar la s de la c y de la z y recalcando las elles, que entreveraba con las i latinas, como los exquisitos locutores de la Radio Oficial.

Me hicieron un sitio de honor en el palco de las autoridades y me tenían loco a cumplimientos.

No terminaba nunca el cortejo con sus clarines, sus banderas y sus oriflamas.

Ya venían las Once Mil Vírgenes. Parecía que todas me conocían. ¡Qué bonitas! ¡Qué atrayentes! ¡Qué ganas de seguir las! Todas me sonreían y se llevaban la mano al pecho, donde escondían cartitas de amor, rizos, flores secas, fechas, sueños!

San Pedro, anegado de gozo, comentaba:

—¡Qué edificante! ¡Se ve que te quieren! ¡Así vale la pena! ¡Qué pericones nos vamos a bailar cuando te vengas vestido de gaucho!

—¿Ah, ya le contaron?

—Sí, me habló algo este muchacho Barbieri. Me parece muy buena la idea.

Y como está tan viejito, tan corto de vista y tan desmemoriado, luego de contemplarme largo rato, me preguntó:

—Che, Montiel, decime, vos no estuviste ya una vez por aquí.

Yo lo halagué:

—¡Qué fisonomista que es Usted, San Pedro!

A él lo satisfizo mi comentario y siguió proseando:

—Déjame hacer memoria, m'hijo... ¿Vos te llamás Avelino?

—Eso es.

—¡Cómo te conservás! Te encuentro más joven. ¿Te sienta el cielo, eh?

JUICIO FINAL

Haadalchi ketuma extor szhequi...

Nabucodonosor IIº

Pregunté al encapuchado:

—¿A quién llevan a enterrar?

Al estudiante endiablado

don Félix de Montemar.

Espronceda.

Constatando la dualidad y posible separación del cuerpo y el alma, —principio a cuya admisión tanto me he resistido—, yo estaba muerto y, sin embargo, iba en el cortejo de mi entierro.

En un desdoblamiento, a cuya evidencia era forzoso rendirse, experimentaba la material incomodidad de la estrecha cárcel de las cuatro duras tablas del ataúd, en el que el traqueteo del coche fúnebre me zangoloteaba, mientras —con la consiguiente curiosidad— leve, como un fluido inconsútil, me sentía circular entre la muchedumbre de los concurrentes a mi sepelio.

No poseo información de si a todos los que nos morimos nos sucede tal fenómeno o si esa excepción se me concedía como gracia especial o en razón de permitirme engrosar el escaso número de quienes se molestaban en acompañarme en el último viaje.

Presidiendo el duelo —honor altísimo—, iban, compungidos y graves, imbuídos de su seria misión, sendos porteros representantes del Ministerio de Instrucción Pública, del

Ateneo, de la Academia y de la Biblioteca Nacional. Con ellos se entreveraban, pidiendo disculpas, algunos parientes. Engrosaban el contingente contados amigos, menos colegas y unas decenas de anónimos hombres de la calle, que integran el raleado batalloncito de nuestros auténticos admiradores.

Por mi expresa disposición, el carro de tercera clase que me arrastraba no lucía cruz ni coronas ni flores.

La discreta compostura que observaban las primeras filas, perdía coherencia en la retaguardia, donde no se escatimaban chistes y frases de ingenio a mis costas.

Se lamentaba la tardía decisión de mi deceso, cuando ya llevaba sobre mi conciencia excesivos pecados líricos.

Juan apoyaba la oportunidad del óbito; Pedro sostenía que para hacer lo que tan mal hice, no valía la pena haber dispuesto de tanto rollo; Diego discordaba:

—Fué un esforzado burro de la cultura. Trabajó como un enano.

Otro objetó en términos no muy académicos:

—La cosa no es laburarla; lo que importa es el rinde.

A lo que un buen corazón, en posición de defensa de mi acervo literario, adujo:

—No hay que despojarlo de sus méritos. Realizó alguna bobadita pasable. Tiene un título de cuento excelente. Y si a su última novela le hubiera cambiado el protagonista y el final y no fuera tan extensa, en una de esas nos deja una obra maestra.

Esa voz encontró un eco generoso:

—No faltará un necróforo desaprensivo que lo acueste en uno de los panteones de su antología.

Sordo debía ser el que terció, preguntando:

—¿Lo va a despedir Casal?

—Nó. El dice que no puede, que lo quería mucho, que

hasta tenía algo escrito. Cumplirá pidiéndole a Dora Isella, que escriba algo para "Alfar".

—Oradores van a haber "en pila", conforma a todos uno que está muy enterado. El tipo fué muy previsor. Se había conseguido eminentes cargos de vocal en siete instituciones. Paulina lo sepultará por "A.U.D.E."; Eduardo J. Couture se referirá a su pera en el tiempo y en el espacio; el doctor Dardo Regules, exaltará sus sentimientos religiosos; un delegado de la Sociedad Protectora de Animales le agradecerá los servicios prestados a la causa, contándose además con el aporte de algunos aficionados.

El programa iba a ser tan nutrido como variado.

Constituiría un precioso espectáculo.

Descubrí algunos fotógrafos, de esos que pasan la cuenta y hasta uno de esa generosa revista nacional, que con sus \$ 8.00 por cuento, contribuyó a ser sostén de mi afortunada existencia.

La justicia, aunque tarde y rengueando, aún llegaba a tiempo.

La satisfacción me descoyuntó las quijadas en una espantosa sonrisa que hubiera querido repartir entre la concurrencia que me acompañaba con tanto gusto.

En obediencia a mi expresa solicitud, me colocaban en el suelo, en el fango, porque hacía dos días que había llovido copiosamente.

¡El barro al barro!, se regodeaba mi alma, jubilosa de sentirse liberada de la carga de sesenta años de acompañar aquella carroña infecta, que, —¡por fin!—, abandonaba dentro del ataúd.

Los sepultureros, con sentido práctico y muy buen gusto, resolvieron abreviar la grosera faena.

Como quien maneja un fardo, me bajaron a la fosa por medio de unas cuerdas.

Y ya empezaron a echarme arriba sucesivas paladas de lodo.

Piadosos amigos de ambos sexos los ayudaron de muy buena gana. De todo corazón contribuyeron a hundirme en la tierra.

¡Cuán agradecido les estoy!

Les hubiera prestado —decididamente— mi contribución, si no me hubiese reclamado otro aspecto de la ceremonia.

Empezaba la oratoria fúnebre.

Para atender a estos otros, me desentendí de los primeros entusiastas enterradores.

Confieso que sentía una vivísima curiosidad por saber como se despacharían los discursadores.

Sufrió una desilusión.

Se dijera que para exagerar a mi favor, disminuían la estatura de los demás.

Me decepcionaron cumplidamente.

Ni después de muerto, nadie me decía la verdad.

Fué una especie de elegante y encarnizada contienda a quien se descolgaba con mayores despropósitos.

Uno deshojó rosas de negros pétalos sobre la desolada melancolía de las Letras Nacionales. Para otro yo fui un heroico y estoico abanderado de la cultura. El de más allá hizo sollozar a la Patria y ponerse de rodillas a la Gloria y a la Inmortalidad. Y agréguese a esto un poema, aligero y cartilaginoso, de un bardo de la nueva sensibilidad, que sospecho se había venido a vengar de mi incomprensión y que la muchedumbre recibió con gestos de total aprobación, aunque nadie entendió nada de lo oído. Otros me tra-

taron de cristiano. Uno ya se me subió a las barbas, calificándome de “rapsoda étnico”...

A esta altura yo empecé a dudar seriamente si aquellos distinguidos caballeros no se habrían equivocado de tumba.

Realmente yo no me conocía y lo lamentaba, pues imagínense la importancia que me hubiese dado, a saberlo antes.

Me decidí a interrumpir al orador, al dirigirme a la concurrencia.

—¿Me permiten, señoras y señores? Me temo que ustedes estén incurriendo en un lamentable error.

Se levantó una ola de protestas:

—¡Que se calle! ¡Abajo la envidial! ¡Ese debe ser un rival resentido! ¡Reivindicamos el ilustre cadáver! ¡Hay que llamar a la policía!

Yo me impuse, vociferando:

—¿A qué exequias están asistiendo ustedes? ¿A quién entregan al olvido?

—A nuestro gran poeta. A Calcedonio. Al eximio Calcedonio.

—Pues pequeño chasco se llevan. Calcedonio soy yo. ¡Calcedonio no se puede morir!

¡¡¡Usted!!!

Resonó estentóreo un explicable grito de asombro, porque la gente no está habituada a mirarle el rostro al alma.

Como empezaron a agredirme con invectivas de impostor y mistificador y comediante, resolví, en acto de defensa propia, exhibir mi prontuario, consistente en mi producción artística. Desenfundé de mis faltriqueras mis libros, todos mis libros, que ellos no conocían y que no frecuentan ni mis parientes, que no lee ni mi familia y haciendo mención de alargárselos, de ofrecérselos, puse en vergonzosa derrota a la revuelta chusma, que en un segundo

me dejó sólo. Solo como de costumbre. Solo, como lo he estado toda la vida.

¡Solo! ¡Solo! ¡Solo!

Solo e irresoluto.

Había hecho un solemne disparate.

Todo estaba tan bien dispuesto, tan lindo, tan arregladito.

Genio y figura hasta la sepultura, con mis agachadas, con mis inconveniencias y mis "metidas de pata".

Comprendí que no me iba a corregir nunca; ni después de muerto.

Como me sucede a menudo ignoraba que resolución debía tomar.

¿Me metería en la descangallada carcasa que yacía en el ataúd o me volvería al valle de lágrimas, a holgarme con las musas y seguir molestando a la gente?

Tremendo dilema.

Se deshacía la tarde como una torre de ceniza.

El frío afilaba sus aceros.

El cielo sucio se llenaba de barro como la tierra.

Estalló rotunda y seca una maldición:

—¡Morralla! ¡Hubieras reventau antes! ¡Mi pucho valía más que vos!

Un drama.

El piropo estaba dirigido al de la fosa, a mí.

Al protestador se le había caído una colilla de cigarro en el lodo que me cubría.

Era uno de los sepultureros.

Lo interrogué:

—Diga, compañero, usted que será ducho en estas pellejías de cementerios adentro, podrá informarme al respecto?

—¿Lo qué?

—Usted que estará acostumbrado a estos trances...

—¿Quiere saber el número del difunto?

—No. Deseo conocer la actitud que se debe adoptar.

—¿Qué pasa? ¿Quién es usted? ¿Es un deudo? Si es un deudo, rece.

—No sé rezar.

—¡Qué educación! ¡Y hay quien dice que hay educación!

—¿Y entonces?

—Entonces, llore un poco. Eso desahoga; tranquiliza, conforma. Y después, si no vive muy lejos, no?, tráigase una florcita de cuando en cuando y está cumplido.

—No. Yo no soy un pariente del muerto y menos un amigo, porque lo conocía demasiado.

—¿Y qué diablos está haciendo aquí entonces?

—Es que yo soy él. El mismo.

—¿El mismo qué?

—El cadáver; el difunto; el fallecido.

El sujeto, que no se puso a temblar porque estaba encallecido en su perro oficio, me miró, escrutador y riéndose entre sus bigotes espesos y cerdosos, comentó:

—¡Pucha que había sido jorobón el amigo!

Después como defendiéndose de lo que le parecía un absurdo, llevándose primero un dedo a la sien y luego moviendo el pulgar frente a la boca como si empinara una botella, concluyó:

—O le anda gente en el altillo o le ha metido sin asco a la cañiflautis con michiribis.

Fastidiado por cualquiera de las groseras suposiciones, expresé, serio y resuelto y hasta prosopopéyico:

—Sepa usted, para su gobierno, que yo soy el alma. ¡El alma! ¡Nada menos que el alma!

Con su mano sucia, el hombre se rascó insistentemen-

te la cabeza, me miró de reojo y dándome a entender que sabía de sobra lo que se traía entre manos, me contestó:

—¡Mire, viejo, a mí no me venga con chinchibirres! ¡El alma! Lo saben hasta los chiquilines de la escuela. El alma se va para el cielo. Vuela al cielo y asunto arreglado.

Y, cortando despectivamente el diálogo, se echó al hombro su pala y se marchó, tan tranquilo.

El tipo tenía razón hasta para fiar.

¡Distraído de mí! ¡Mire que no haberlo pensado! Eso era lo habitual, lo justo, lo correcto, lo que todo el mundo hacía. Lo rutinario. ¿Acaso yo no era uno de tantos? ¿Qué tenía que andar con pretensiones, novedades e innovaciones? Como lo había hecho durante toda mi existencia, debía continuar dando vueltas de mula de noria. Con los ojos vendados o poco menos. A buena hora iba a salir con una revolución.

Resolví llamar a mi informante, mientras metí la mano en el bolsillo para darle una propina. Encontré unos cuantos sueños olvidados, que no le iban a servir para nada, como me había sucedido a mí y resolví tirarlos al mismo barro donde me habían enterrado.

Curioso, cuando arrojé el último sueño, como si fuese un tremendo lastre que me atara con sus raíces al suelo, me sentí leve, ingrávito y experimenté la sensación de que ascendía por los aires.

Subí, subí, subí...

No es que volara, sino que iba instalado en un vehículo transparente en el cual viajaban, haciéndome compañía una cantidad de personas.

De pronto sentí que batían palmas y anunciaban:

—Empíreo. Piso séptimo.

Descendí.

Conmigo se volcó la muchedumbre que traía ese destino.

Estábamos en una gran ciudad clara, limpia y silenciosa.

Todo parecía de mármol o de cristal o de nácar. Seres azules, árboles de plata, vehículos de nubes.

Pero un movimiento y un tránsito febril e incesante.

Un guardiacivil, solemne, majestuoso, abriendo los brazos como un espantapájaros y llevándose un vistoso pito a los labios, encauzaba hábilmente el río espeso y traslúcido de aquel maremagnum.

Intenté hablar a gente que me daba la sensación de que no entendía mi idioma y de que no me veían o me evitaban, ondulando y deslizándose como si volaran.

Decidí dirigirme al policía.

Me le aproximé.

Lo identifiqué de inmediato.

¡Qué suerte encontrar conocidos!

Era Dios.

—¡Hola, qué tal! ¿Tú por acá?

Apurado, como a escondidas, como si tuviese temor de que lo vieran, me dió la mano de refilón y me recomendó:

—Viejo, no me distraigas. Estoy de servicio. Esto es una cosa seria. Los diablos están de huelga y el paro ha coincidido con las vacaciones anuales de los ángeles. ¡Un lío! Estoy recargadísimo.

—Pero, che, para algo son los amigos. No conozco a nadie. Estoy perdido. Sin plata.

—¡Qué extraño, eh!

Me dió unos reales y me informó:

—Largo a las doce. Espérame en el boliche de la esquina.

Husmeé el aire y me orienté sin titubeos hacia el bar de la referencia.

El local hervía de parroquianos.

Toda gente conocida.

Aquello era una peña de artistas.

Algo así como el Polo Bamba de la Eternidad.

Cuando me descubrieron me rodearon.

—Chau...

—¿Qué tal?

—¿Cuándo llegaste?

—¿Trajiste contrabando?

—¿Cómo va aquello?

—¿Qué noticias frescas traes?

Yo repartí abrazos, apretones, sonrisas, besos, golpecitos en la espalda y cordiales manotones.

Contestaba a todos satisfactoriamente. Algo había aprendido en el reciente torneo oratorio de mi entierro.

—Bien. Muy bien. Requetebién. Siempre igual. Al mismo tranco. La exposición de pintura anual. El concurso literario. El SODRE. La comedia nacional. Los cuadros se cotizan a precios cada vez más elevados. Se agotan las ediciones. Los libros nos los arrebatan de las manos. No damos abasto con los pedidos de material artístico. Los poetas viven como pachás. Los pintores y escultores atan los perros con longanizas. Los músicos tienen automóviles último modelo y chalet en Punta del Este. Una Jauja el Uruguay. Con decirles que yo estoy arrepentido de haberme muerto.

—¿Se acuerdan de nosotros? ¿Nos rinden los honores correspondientes?

—¡Sí! ¡Pero sí! ¡Pero como nó! ¡No faltaba más! Academias, monumentos, calles, plazas, caballos, rrorros con sus nombres. Declaraciones de feriados en homenaje a sus nacimientos. Publicación de obras completas. Pensiones para las viudas. Emplazamientos de las estatuas que queda-

ron empañadas. Copias de los cuadros en las carteleras de avisos. Días en los cuales la gente habla en verso. Etc. etc. etc.

—¡Extraordinario!

—¡Estupendo!

—¡Magnífico!

—¡Así da gusto morirse!

Fué un pleno júbilo, una euforia, una alegría ilimitada y colectiva.

Ese hormiguero de colegas alentaba en la esperanza de tal perduración y en esos instantes, precisamente, estaba reunido porque aguardaba la resolución definitiva de lo que puede calificarse la sentencia de sus realizaciones.

Todos sus expedientes habían pasado en última instancia a la Alta Corte de la Posteridad.

Por momentos se esperaba el fallo.

Mis cofrades, —en un ambiente helado por el frío del mármol y el bronce inmortales y percibiendo sobre las cabezas predestinadas, el vuelo silencioso de las clásicas coronas de laurel dorado—, aguardaban los pasajes para regresar transitoriamente al planeta para asistir a la gran prueba.

Me invitaron a engrosar la comitiva.

—¿Vienes con nosotros?

—No sé si debo.

—Che, no te hagas el chiquito. Acaso no sabemos lo que se dijo cuando tu fallecimiento!

Yo que me había enojado oyendo la retahila de exageraciones hipócritas proferidas en mi tumba, tuve la sensación de que se me atenuaba tal estado de ánimo. Pensé que, en realidad, algo no estaba tan mal. Había tipos peores que yo. Al fin, alguna cosita. Uno también puede acertar. Sí, natural, aunque fuese por carambola...

¡Infelice de mí!, experimenté la equívoca voluptuosi-

dad de la contradicción. Empecé a sentirme débil, condescendiente, vagamente vanidoso. ¿Sería el ambiente? Me sentí madurar como una fruta. Todavía, en un tímido conato de resistencia, le dí un acento de protesta a mi frase:

—Es que... es que... es que...

Me taparon la boca.

No me dejaron terminar.

—¡Che, nól! ¡No hay derecho! ¡Eres el gran Fulanól! ¡Siete premios del Ministerio de Instrucción Pública. Medalla de Oro. Candidato a unas cuantas cosas! Te han traducido, te han publicado, te han retratado, te han remontado por las nubes cuando tu óbito.

Los pasajes oficiales alcanzaron hasta para mí.

En el viaje, que fué bastante rápido, se habló con todo detalle del cambio de régimen de las consagraciones.

Estaban tan de moda las revoluciones que hasta Dios se había contagiado.

Bueno, se hablaba muy mal de él. Se afirmó que intentaba dar un golpe de fuerza para readquirir su perdido prestigio.

El viejo había pensado mucho en sus errores y en sus equivocaciones.

Confesaba que se había engañado al confiar demasiado en los hombres.

Estos habían hecho un uso desastroso de su inteligencia o la habían dejado de lado, como en otro tiempo lo habían hecho con el corazón y los sentimientos.

El raciocinio se había perdido.

¡Qué!, si los tipos no tenían ni siquiera sentido común.

Cuando mucho les quedaba un reducido lote de ingenio, el cual habían distraído en tonterías, en juegos, en pantomimas de faldas y alcobas.

Ahora quería enmendar sus yerros.

Las cosas iban a cambiar.

La autocracia del totalitarismo era inconveniente y peligrosa en quienes podían abusar del poder. No en sus divinas manos, que lo utilizarían como un precioso instrumento ponderado, exacto e infalible.

El dirigismo, manejado a conciencia daría sus impecables resultados.

Teniendo en cuenta la trascendente importancia de la obra de los artistas, se haría con estos una excepción, juzgándoseles con los antiguos cartabones.

Después de ese último dictamen desaparecería hasta el recuerdo de los jurados, no sometiéndose nada ni nadie a examen desde que cada uno sería lo que debía ser: la ortiga, ortiga; el asno, asno; el poeta, poeta.

Se llegaría a la definitiva conclusión del todo o nada. Las realizaciones serían perfectas, completas, totales.

Las cucarachas, los ratones, las polillas de la crítica morirían de inanición porque no tendrían más nada qué morder y roer.

Se había comprobado el descomunal e inútil esfuerzo que significaba eso de cancelar, borrar, corregir y rectificar lo malo, lo torpe, lo estúpido, lo inferior, lo ordinario.

Se derrumbarían las mediocridades, las aproximaciones y el quiero y no puedo.

Ni imitaciones ni calcos.

Se acabarían las influencias y los "a manera de...".

Ser o no ser.

(Menos mal que a nosotros nos tendrían una consideración).

.....
Entre el fragoroso vocerío de las polémicas y discusiones que se suscitaban respecto a la ubicación que se nos daría, el convoy de aviones —con corredores de comunica-

ción— dió un barquinazo y el temor de un accidente nos volvió a la realidad.

Estábamos en la tierra.

Eramos como cincuenta mil.

¡Si habría poetas, aspirantes y ramas afines!

Afortunadamente ocupábamos escasísimo espacio, pues siendo constituídos por espíritu, gozábamos de una fluidez y elasticidad extraordinarias.

Ni nos podíamos dar codazos ni oliamos mal ni moríamos.

¡Una suerte!

Sin la grosera molestia de la carroña física, de la sucia materia, asistiríamos a nuestras respectivas consagraciones o a nuestros descalabrantes derrumbes, sin que hiciese una arruga la elegancia de nuestras almas de elegidos.

¡Qué bien!

Dios estaba demostrando su clase.

Nos convencía de su comprensión de la sublime substancia que manejaba.

Si lo encontraba lo iba a felicitar y a decirle, como a solas, nos repite Casal:

—¡Es que vos sos un poeta!

Vanidad aparte, era justo aquel tratamiento. Correspondía se nos compensara; se nos diera tal satisfacción.

¡Habíamos trabajado y penado tanto cada uno!—

Aquí: un cerro de dramas. Allí: veinte volúmenes. Allí: diecisiete novelas. X.: treinta obras surtidas. Z.: cuarenta y nueve estatuas y otros fragmentos. M.: tres kilómetros de pintura. R.: trece sonatas, con acoplados. T.: seiscientos tangos, algunos hasta con letra sacada de su cabeza. W.: un río de sonetos, silvas, romances y otra menudencias.

Un océano, una cordillera, un cosmos de papel, tinta,

pintura, mármol, ritmos, hipos, bronce, gritos, sollozos, himnos, cantos!

.....
Avenida Zutano.

Plaza Mengano.

Teatro Perengano.

Escuela Ciruelano.

Por aquí, por allá; arriba, abajo: Ticio, Cayo, Sempronio.

“Como quien no quiere la cosa, como quien no dice nada”, humanos, vermes de la tierra, egoístas al fin, cada cual nos escabullimos por nuestro lado, con el propósito de gozar a solas —lo más dilatadamente posible— nuestros ambicionados y por fin conseguidos, legítimos triunfos.

Nos hartaríamos de gloria.

La devoraríamos a dos carrillos.

Aunque se nos indigestase.

.....
Cuando enfrenté al magnífico bulevar al que habían bautizado con mi nombre ilustre, descubrí las chapas de la nomenclatura vírgenes de leyenda.

Detuve a un transeúnte y lo interrogué:

—¿Cómo se denomina esta vía de tránsito?

—¿Cómo se llama? ¿Esta calle? Bulevar.

—¡Pero no se llama Poeta Calcedonio?

Silabeó con evidente asombro:

—¿Cal... ce... do... ño?

Estallé, indignado:

—¡Pero usted nunca lo ha oído nombrar?

El aludido, entendiendo aquello como una injusta acusación, me retrucó con cierta agresividad muy criolla:

—¡Nó!

Giré en redondo, encaminádome a la Biblioteca Nacional.

—¿Señorita, puede usted facilitarme la obra completa del Poeta Calcedonio?

—Si está, sí, me contestó y averiguó:

—¿Indígena o extranjero? ¿Con C. o con K.?

—¡Con C. señorita! ¡Oriental, señorita! ¡Conocidísimo, señorita!

—Bueno, no se irrite, caballero. Como nadie nos pide ese autor.

Después de firmar unos formularios y aguardar unos interminables treinta minutos, me trajeron mi "Opera Omnia".

La colección estaba intonsa, flamante y polvorienta.

Abrí un libro. Abrí otro. Abrí otro.

Me los acerqué a los ojos, me los alejé.

Me puse y me quité los lentes.

Los observé con una lupa.

Tuve que rendirme a la realidad.

¡Estaban todos en blanco!

¡!

Yo creo que no me desmayé porque las almas no deben sufrir esos inconvenientes.

Devolví los volúmenes sin comentario.

Me arrojé a la calle, como quien se tira al mar.

Caí en los brazos de Bronzoli, el escultor.

—¡Hermano! ¿Qué te pasa, te veo demudado, pálido?

—Las emociones. Vengo de mi consagración. La gloria emborracha.

—A propósito, estamos a un paso. Vamos hasta la Plazuela Saroldi, quiero que también constates mis éxitos. Ahí está mi monumento a los Campeones Olímpicos.

—Encantado.

Fuimos. Encontramos el pedestal chorreado de bronce derretido.

Callamos.

Sonreímos.

Llegaba Batuttini.

—Queridos, tengo un palco para el Sodre. La orquesta sinfónica ejecuta hoy mi "Sonata en fa para armónicas y cajas".

Nos encaminamos al ex-Urquiza.

Cien profesores atacaron la música de nuestro amigo.

No se oía nada.

Quedamos en ayunas.

Aplaudimos igual, con apasionado entusiasmo, secundando el furor huracanado de un público entendidísimo.

A la salida del concierto, Grisoni, el pintor, nos atajó y arreó con nosotros hacia el Salón Nacional de Bellas Artes.

Se hacía una exposición retrospectiva de su obra total.

Justiciero homenaje.

Con nosotros concurrieron las altas autoridades, artistas, público calificado, hasta hubo discursos.

Ahorcados en las paredes, contamos trescientos ochenta y siete cuadros, elegantemente enmarcados, con las telas limpiatas, como si les hubiesen pasado removedor.

Novedad auspiciosa, el público aplaudió.

Nosotros también.

En el teatro Solís la Comedia Nacional llevaba a escena una pieza de Comiconi. El telón se alzó sobre un escenario lleno de actores paralíticos y mudos.

Las recitadoras se dormían primero que el público.

Las estatuas se disgregaban en las plazas.

Los canillitas vendían diarios sin títulos ni impresiones ni retratos de caballos, divos de cine ni futbolers.

Los conferencistas, hasta los más gárrulos, apretaban la boca, guardando un discreto y reparador silencio.

Los frailes, apenas alcanzaban a beberse el vino, sin impartir la misa.

Y el agente policial que dirigía el tránsito soplaba inútilmente en un pito afónico y como era manco de ambos brazos, le volaban, como alas sin dominio, las mangas vacías de su chapona de reglamento.

Me le aproximé.

Era Dios.

—¿Hola, cómo te va?

No me contestó.

—¡Che, te me vas a hacer el desconocido!

Silencio.

Entonces, preso de una angustia y una desesperación indecible, vociferé:

—¿Por Dios, che, qué pasa?

Ante mi espanto y mi violencia se conmovió, se inclinó sobre mí y me susurró al oído:

—Discúlpame, no pude salvarte. Era un mal precedente. Resolví borrar y empezar de nuevo. Y en serio. Sin perder tiempo. Ahora sólo lo bueno va a echar raíz. Lo demás va a ser firmar en el agua. Ni el bronce ni el papel ni el sonido ni el gesto ni el mármol ni la palabra ni el color van a ser cosa muerta. A todo hay que darle alma.

Lo falso, lo mentido, lo artificioso, va a morir.

Los simulacros, las hipocresías, las mentiras, se resquebrajarán, se desharán, se desmoronarán solos.

Cuando la voz o la canción encierren un embuste, una mistificación o un engaño, no sonarán, no vivirán, serán mudas.

No lo oírás ningún oído.

No lo modulará ninguna lengua.

.....
Reflexioné:

—Tal vez haya que empezar de nuevo. Mis libros va-

cíos. Las hermosas cosas que dijeron cuando mi muerte. Mi fatiga y mi fervor. Mi canto. ¡Y la esperanza!

Me enojé con Dios.

No lo saludo más.

El tiene la culpa, ¿para que nos dió la ilusión, si nos la iba a quitar un día?

La ilusión que ayuda a vivir y que él se ha acaparado con su quimérico proyecto de hacer las cosas bien, para lo cual sopla órdenes en un pito que no suena.

EL NEGRITO DEL PASTOREO

A raíz de la competencia que le habían entablado a los Estados Unidos del Cielo, estos iniciaron una política de buena vecindad, pese a que no falta quien asegura que esa actitud derivó, simplemente, de la generosidad y el buen corazón que caracterizaba a los ciudadanos que los integraban.

No lo discutamos.

Pero pongamos de relieve la proliferación de las empresas o sucursales celestes que, bajo diversos, atrayentes y modernos títulos, han comenzado a abrir sus establecimientos en nuestro medio.

Véase sino la nutrida y pintoresca lista: Templo Anabaptista, Centro Evangélico, Iglesia Adventista, Secta Raumsólica, Agrupación del Cristo Científico, Protestantes Unidos, Estudios Arcangélicos, Ejército de Salvación, etc., etc.

Cada una de estas entidades, indiscutiblemente poseedoras de sendas verdades y que han resuelto trabajar por su cuenta, no sólo chocan irremediabilmente entre ellas, lo que significaría el menor mal, sino que, en su natural expansión, tratan de excluir y conspiran contra nuestras sacrosantas tradiciones gauchas.

Se explica que exclamásemos:

—¡Carachol!, esto no puede continuar así! ¡No podemos permanecer impasibles ante esta invasión gringa contra el acervo autóctono, equivalente al ataque de los gorriónes carcamanes contra nuestro amado chingolito indio. Y resolvimos colocarnos a la defensiva!

En primer término era preciso crearnos una institución religiosa nacional. Poseer una iglesia para nuestro uso y necesidades. Tener un templo, consistente en un rancho grande, de paredes de barro y techo de paja brava, que entre ombúes, talas y espinillos, instalaríamos en la manzana que da a las ancas del pingo del monumento al Gaucho. A su alrededor se alzarían enramadas para tener a la sombra la caballada de los paisanos y en una, más resguardada, se distribuirían los fogones, en cuyos encendidos trafogueros siempre se estarían asando un costillar de vaquillona, algún cordero y chinchulines y otras achuras gordas y elegidas.

Y por ellí, entreverado entre el chinerío y el paisanaje, nuestro grande y auténtico santo gaucho, el Negrito del Pastoreo.

No parado y duro en un altar.

No, señor.

Yendo de acá para allá entre la gente; proseando; tomando mate; dándole un tajo al asado, deteniéndose a oír las guitarreadas, las payadas y los compuestos; fumando tabaco negro —de naco— y pegándole algún beso a la botella de caña, ya que el frasco de sisnape o el porrón de ginebra de nuestros abuelos están bastante dejados de mano.

Bien.

Esos son los proyectos y las intenciones.

Pero refirámonos a los hechos, a la historia.

Como a nosotros no se nos considera o coloca entre los últimos y un alquilo representamos en cuanto a personas adelantadas, los Estados Unidos del Cielo, como lo hace con tanto maturrango, nos formularon una invitación para que visitáramos sus dominios.

Tenían el propósito de que constatásemos que no eran tan zonzos como algunos los suponen, y certificásemos que

no es exacto que se quieran acaparar todas las almas del mundo, esto es, que no hacen imperialismo de tejas arriba. Preguntamos cuánto nos saldría la excursión y si la podríamos abonar por mensualidades.

—Todo será gratis, —nos contestaron—, y de primera.

Nos han agarrado con cara de portugueses, pensamos... Nos consideran de la cofradía de esos "aliviados" que se cuelan en los teatros, como perro en carnicería...

Bueno, si ellos insistían habría de ser porque les sobraría la platita o les habíamos caído en gracia, y aceptamos.

Nos consultaron si preferíamos ir arrastrados, por agua o por aire.

—De a caballo, respondimos.

—¡Es lejazol, nos informaron.

—¡Bah!, con buenos matungos somos capaces de dar la vuelta al mundo.

Pusieron una tropilla gorda y pareja a nuestra disposición, nos dieron un salvoconducto y cartas de recomendación y una madrugada fresquita salimos con la caballada por delante.

¡Fué un viaje que ni mandado hacer!

Pingos superiores, buen andar, tiempo flor, mejores caminos y fondas muy bien atendidas, con muchachas serviciales para lo que uno gustara mandar y ni un vintén de gasto.

Ni la propina nos querían agarrar.

¡Un paraíso!

Bueno, es que allí mismamente estábamos.

Si lindo pintan el cielo, más superior lo encontrábamos nosotros.

Campos empastados, con sus alambrados de ley, bien poblados, sin recargo. Novilladas gordas; majadas limpias

de sarna. Plantíos cuidados, aguadas frescas, montes artificiales y pajaritos cantores de la clase que pidiesen.

Encontrábamos infinidad de gente.

Todos marchaban para adelante.

Nadie volvía.

¡Allí debían tratar a cuerpo de rey!

El paisanaje debía sentirse a gusto y a sus anchas.

Como poco conocedores del pago, nos embrollamos en un enredo de sendas, que había que ver.

Pero donde indagábamos nos repetían que íbamos bien rumbo, que por todos los caminos se llega a Roma.

Por lo general se encontraban establecimientos muy buenos, con ganados de alta mestización o puros.

Pero la gente tenía pinta de carcamana.

¡Muy agringado aquello!

Parecía que no fuera para nosotros.

Allí íbamos a terminar por sentirnos en casa ajena, como sapos de otro pozo.

Eso nos amargaba el gusto, nos aguaba un tanto la fiesta y empezamos a extrañar y a perderle la afición al paseío... Pero, al repechar una lomita, nos enfrentamos con una estanzuela que nos pareció conocer.

Estaba enclavada en unos campos medio tristes, con pedregales grisáceos, grotas con apretados montecitos oscuros, tunales y chilcas e hilitos de agua lerdos hasta formar cañaditas escasas.

Unos maizalcitos; las hojas grandotas de los zapallos; apretados surcos de boneatos.

Un rancho petizo de cuando en vez.

Un gurí acarreando agua en un barril de rastra.

La comisaría de tabla, con los milicos dormidos entre el mosquerío.

Y desamparada, entre unos árboles que levantaban la

oración de sus brazos de ramas secas al cielo, una escuelita mísera.

—¡Pucha, si eso no es Mataojo de Mataperros le pasa raspando!, gritamos.

Tal cual.

¡No podíamos errar!

Ahora sí que estábamos en lo nuestro.

Cerramos piernas, espuelemos.

Frente a una portera a la antigua, de esas de varas de correr por el ojal de los troncos, pegamos un bufido, seguros que iba a aparecer algún "patricio".

—¡Oh, de casa!

Y salió, nada menos que el patrón del establecimiento.

—¡Pase pra delante; apeiel, nos invitó muy cumplido.

—¡Usted por acá!, exclamé con la sorpresa que es de imaginarse, y ya me tiré de mi cabalgadura y nos confundimos en un estrecho y fuerte abrazo con el hombre.

¡Era nada menos que el Santo de nuestra devoción!

—¡El Negrito del Pastoreo!

—Pero, amigo, mire si no me da por llegar! Calcule que casi paso de largo para esos famosos Estados Unidos del Cielo.

—Y, si te aquerenciabas pu allá, si t'he visto no mi acuerdo!

—¿Y cómo es eso q'está tan escondido? He visto sinfinitud de letreros y flechas indicadoras por todos lados y de su casa no dicen nada.

—¿Y qué querés? (El me tutea; yo lo trato de usted por el consabido respeto: es Santo!) Menos mal que los "cenógrafos" del cielo, que vienen a ser pintores, no?, por mandato de Dios, me pintaron y arreglaron un pago igualito al nuestro, pa que no extrañase y no echase de menos aquel en que solíamos vernos.

—¡Ajah!

—Pero nada di otro aviso, porque dicen que si lo anuncio, me v-i-acáparar todos los pajueranos que caigan por estos laus. Ellos se dejan decir que no es por mal, si no porque mi propiedad es chica y no v-i-a tener p'alojarlos y mantenerlos.

—¿Y cómo es eso que usted no está en el cielo? ¿No es el cielo, por si acaso, el lugar natural de todos los santos?

—¿Y, cosas, no?

—¿Cosas de qué?

—Parece que de la política.

—¡Un santo nuestro, criollo hasta los caracuses, persona de bien—sin despreciar a los presentes—modesto, desinteresado, con milagros a porrete, cómo se le va a dejar del lado de afuera del corral del cielo!

El, cauto, me tapó la boca:

—¡No grites que te pueden oír! ¡Mirá que aquí no andan con chicas!

—Es que yo tengo que arreglar esto.

—Moderate, Nicasio, me aconsejó, prudente, y me informó en un cuchicheo: —Aquí, a la vista, todo marcha muy lindo, pero cuant'uno se refala no mezquinan palos y hasta t'encajan en el cepo o te estaquean, si te descuidás.

Como yo no soy ni medio zonzo, también bajé la voz:

—Largue el rollo. Cuénteme. ¿Cómo es el asunto? ¿Usted me endilgó que Dios está enterado?

—Sí. El sabe. El lo sabe todo. El es güeno el viejito, pero me lo tienen engatuzau y dominau.

—¡No me diga!

—El servicio 'e prensa es medio quintacolumna.

—¿Y eso qué es?

—Carculo que será la peonada, que ha de rascarse p'adentro, como los chanchos.

—Y lo deben estar tirando al medio.

—Creo que es esa la verdá verdadera. El me recibió muy bien. Estuvo muy cariñoso y muy educado. Sin fin de rendivuses. Me obsequió con mate y me invitó:

—Hacete cama por ahí, m'hijo. Estás en tu casa. Nu hagás cumplimiento...

A esa altura se metieron loj otro santos, capataces y mayordomos y se hizo una discusión y una alegación bárbara! Y q'esto y qui aquello y que yu era de color y q'era un santo hecho a dedo, que no sabía lo q'era una iglesia y qui andaba pichuliando cabitos 'e vela; y que me conformaba con cualquier cosa.

Otro gritaba:

—El tal endevido, más que santo, es un gauchito zaparrastroso que ni nombre y apelativo tiene y hasta es anti gamatrical, porque no se sabe ni adónde encajarle la mayúscula... Cosas' que deben ser en inglés, porque también dijieron esto:

—Cómo se las v'arreglar el muscinga bagual p'hablar con la gente, si no conoce ni la o por redonda.

Y que sé yo y que sé cuando... Y dale con q'era negro y dale con que no tenía donde cairme muerto!

—¡Qué desalmados y anticristianos!

—Y le llevaron un denunceio a Dios, levantándome falsos y a mí me pusieron de patitas en el callejón.

—¿Por la violencia?

—Nó. A pechadas y a rempujones.

—Desalojo por la fuerza.

—Así ha de ser, Nicasio. Pero la cosa ha tenido su compostura. Me pusieron a la intemperie, pero, cuantito lo supo el viejito, se apotró y consiguió que no me espantasen del todo y se portó como la gente. Me mandó dar dos suer-

tes de campo, como ves, bien cerquita del cielo, igual que si hubiese ganau l'aproximación de la lotería.

—No es suficiente. Yo voy a hablar con el hombre.

—No te metás, Nicasio. Los di arriba, los mayordomos, los comisarios y los capataces, tienen el sartén por el mango. Con esto yo me remedeo. Dispués hay una alcagüetería bárbara! En los Estados Unidos del Cielo ya sabe todo el mundo que vos estás acá. En los diarios salió hasta tu retrato. Ya te han filiau. Y la vas a vértelas peliaguda si te propasás o te andás encocorando.

—¿Pero y no dice que todos somos iguales? ¿Y que quieren el respeto de todos? ¿Y que reconocerán los derechos de que uno elija el santo de su devoción? ¿Y que cada cual puede abrir su boliche?

—Mirá, Nicasio, ahura que —como vos sabés— les están haciendo tanta competencia, se acuerdan de Santa Bárbara, como se acordaron de vos pa invitarte a pasear. Puede que les sirvás de algo y te usan. A mí también me facilitaron un poco, como pa engolosinarme. Y ya ves ahura... Yo estoy muy desengañau del cielo... Aquí he encontrau sólo un amigo y debe ser porque es moreno como yo, es San Roque...

El, de escondido, se vino una noche y me aconsejó:

—Mirá, yimbo, no te hagás el santo. No vas a tener dentrada porque han declarau cerrada la lista. Escribite en un clú como ciudadano simple no-más. Que no te dé por trabajar por cuenta propia, que van a terminar hasta por echar-te de tu campito!

Yo me llamé a sosiego.

—¿Es que a usted se le había ocurrido poner un cieli-to aparte?

—Tuve idea... Yo me conformo con poco en todo. Dispués con precios rebajaus hubiera hecho algo.

—¿Y?

—Primero, cuando supieron mis intenciones, nadie me quería alquilar local. Dispués me acusaron de que yo no quería la unidá y que era quintacolumna y que me iban a romper el alma! Y ya me desageraron tamién: que yu era negro y que nu era santo y que no sabía el oficio y que de chapucero no-más no había hecho bien ningún milagro como la gente y que pa semejante candil más valía dormir a oscuras y hasta mi achacaron que era un vagamundo haragán y quería vivir de arriba.

—¿Y usted?

—Y yo me quedé quieto. Metí violín en bolsa. Estuve cismando. Terminé por comprender. Toy bien con Dios. ¿Lo demás que m'importa, no? De balde no me v-i-a poner a peligrar el cuero.

—Ah, nó!, protesté yo. Yo no puedo tolerar esa ni ninguna injusticia. A usted lo han amenazado. Coartan su libertad. Yo voy a arreglar esto. Usted es Santo aquí y a donde quiera! ¡No faltaba más!

Interrumpo el viaje.

No llego al cielo.

Me vuelvo desde aquí y, desde mañana, revelo la existencia de esta conspiración fascista, que atenta contra nuestros sagrados derechos.

Iniciaré una campaña en defensa de nuestros principios conculcados.

¡No faltaba más!

Estamos tirando a mimeógrafo las circulares para los amigos y correligionarios, criollos, nativistas, folklóricos y gauchos crudos y los avisos para los diarios, cuando la secretaria me alcanza un telegrama del Negrito del Pastoreo.

Lo transcribo:

“¡Impongo mi desantización inmediata! ¡Desautorizo todo movimiento canonizante! ¡Diríjome Alta Corte Justicia, Jefe Policía, denunciando conspiración! Obro visto-bueno Dios.” Firmado: “Negro Pastoreo”.

El telegrama no es de puño y letra de mi amigo.

Lo sé seguro, porque, como él lo expresa y me consta es “juanalfabeto”.

Pero, por “amor das dudivas”, —como soy hombre “alvertido”, me abstengo.

Y continuamos lo mismo.

Los criollos orientales no tenemos a quién encomendarnos.

No tenemos cónsul.

No disponemos de un santo de malamuerte.

¡Ni siquiera del Negrito del Pastoreo!

EL ESLABON PERDIDO

Es verdad que yo estaba conceptuado como un convencido y decidido darwinista y sin ser un sabio ni mucho menos, basado en mis estudios y mis investigaciones, había probado por a más b que la teoría evolucionista era incontrovertible.

También era fácil comprobar que había conseguido cierta notoriedad, la que me trajo por consecuencia ser objeto de encarnizadas ofensivas y despiadados ataques por parte de quienes se consideraban creacionistas y espiritualistas.

Siendo además incuestionable, que no se me podía atribuir la paternidad de la criatura que nos hacía descender de los grandes platirrinos, tanto como era injusto el estimarme ateo o anticlerical de boliche.

Por tales circunstancias reivindicaba mi exclusión de esa cáfila de crasos materialistas, que no ven más allá de su nariz y practican, con pésimo gusto, la esgrima de burlarse con groseras chanzas de quienes, por sobre la gravidez de lo físico, levantamos las consoladoras hipótesis de una inefable vida ultraterrena.

Yo creía en Dios —como continúo creyendo— y si tenía algunas discrepancias con mis casi correligionarios, era en problemas de detalle, en menudencias obvias y en cierto innato respeto por la naturaleza seleccionadora, la lógica y la inmanencia del transformismo.

No transigía con milagros ni con supercherías mágicas y, con mi característica vehemencia, rechazaba indignado

cualquier conato de mistificación. Que me dejaran de multiplicación de peces, de anuncios o virginidades de María, de resurrecciones y de diluvios universales, con Arcas de Noé y secuela consiguiente, que no era para mí el comulgar con ruedas de molino.

Confieso que sufría cierta alergia bíblica, atreviéndome a calificar el libro de los libros como un amasijo de leyendas, fábulas y composiciones literarias, que van de lo ameno y pintoresco a lo pesado e intransitable, con claros guiones de poesía, sabias sentencias filosóficas y didascalia equívoca y patrañas burdas y desconcertantes.

Por tal prevención crítica me retiraban la fe —o lo pretendían— al excomulgarme, teniendo la habilidad de herirme muy adentro, infiriéndome una cruel y sutil ofensa al negarme sensibilidad y acusarme de que carecía de esa fina y delicada emoción poética que distinguimos con la denominación de religiosidad.

Ahí me dolía.

Si aquello fuera un asalto de florete, tendría que confesar: "¡TOCCATO!"

Sí, y ahí también —en otros aspectos— es que ellos se consideraban afectados y disminuídos y obligados a reaccionar, porque, en ese plano y en igualdad de posiciones discriminatorias, yo les venía a desconocer idénticos atributos superiores.

Compruebo que en este maldito defecto o vicio vanidoso que nos caracteriza, descalificándonos, a los seres humanos, incurro en el mal gusto de continuar ocupándome de mí, creyéndome, subconscientemente, el ombligo del mundo.

En realidad lo que procuro es explicar y esclarecer mi situación con respecto al relato que me propongo hacer, el cual me impone estas indispensables puntualizaciones.

Con lo precedentemente informado —como se repite en los expedientes administrativos— entiendo que no se me podía ni se me debía atribuir el procerato y la genuina, exclusiva y nata representación de los ortodoxos de la teoría del sabio inglés.

Sin embargo cuando Angélico Serafini se coló en mi residencia como Perico por su casa y agitado, tembloroso, con emocionado tono de voz, exclamó:

—Señor Capertoni, supongo que no me rechazará; confío me declarará bajo su protección, le solicité explicaciones:

—¿Qué le sucede, caballero?

—Invoco el derecho de asilo, al cual, si Usted no se opone, tengo el honor de acogerme.

—Usted confunde. Esto no es un Refugio de Huérfanos.

—Soy un perseguido filosófico.

—Hombre! ¿En qué mundo estamos?

—En el que vivimos reina la más despiadada intolerancia.

—Pero la Constitución de la República...

—Sí; prevé la libertad de conciencia, de pensamiento, de cultos, pero a mí me viene pisando los talones una turba enardecida, fanatizada e incontenible.

—Pero a usted no le asiste razón alguna para compliarme en esos cominos.

—Su domicilio es la natural residencia de lo que podríamos llamar la suma evolucionista racionalista.

—Si Usted no define ese galimatías continuaré en ayunas.

—Pues, el tiempo apremia y nunca mejor señalados serán estos muros acogedores si no los consagramos como una embajada darwiniana con su consecuente derecho de extra-territorialidad.

—Honra Usted a mi casa y a mí mismo, pero exagera,

señor Angélico. Yo no soy más que el último y el más obscuro de los discípulos del sabio de Shrewsbury.

—Islote hospitalario en el hostil y revuelto mar de los fanatismos obtusos e indiscriminantes.

(Las expresiones de mi joven amigo son ligeramente exaltadas, enfáticas y barrocas.)

Por no dar la sensación de una sistemática resistencia, admití:

—Simbólicamente.

—No, no, no. En efectiva concreción.

—¿Pero de qué se propone Usted convencerme?

—De que me conceda su protección.

—¿Acaso lo amenaza algún peligro?

Formular mi interrogación y sentir un clamoroso griterío que venía de la calle fué todo uno.

Luego sentí el impacto de sendas piedras que se estrellaban contra la pared y, lo peor, contra las ventanas del frente de mi domicilio, cuyos cristales caían con estrépito, mientras la invisible turba arreciaba en sus vociferaciones.

Temí por los míos y por mí y hasta por aquel amedrentado prójimo, en cuyos ojos tan llenos de miedo como de animal inocencia, entreví la más primordial y auténtica pureza, mientras transparentaba la más desesperada de las súplicas.

Pero, recordando que en veces las apariencias engañan, porque los rasgos fisonómicos de mi huésped acusaban ciertos indicios y caracteres sospechosos, me impuse cierta línea de conducta preventiva, severa y fría.

¿Por qué huía este camarada? ¿De qué se le acusaba? ¿Cuál era su falta, su delito, su crimen?

Como soy hombre de orden, se me ocurrió avisar a las autoridades de pública seguridad.

Con el tubo del teléfono en la sinestra y un dedo de la mano diestra en el disco numerado, lo informé:

—Doy cuenta a la policía.

Recuperada su normalidad, aprobó:

—Me parece acertado. Es una medida previsora, aunque creo que respetarán su casa.

—Es que, además, si se ha recomendado su captura, yo no puedo ni debo ser sospechado de encubridor.

—El problema está mal planteado, maestro.

—¡Cómo!

—No he incurrido en delito punible por la justicia.

—¿Y entonces? ¿Cuál es su transgresión?

—Ser quien soy.

—¡Quién es! Pero, fuera de la persona de mi conocimiento, quién es Usted?

El aludido me miró suplicante, preso de una irresoluta angustia inhibitoria y tartamudeó:

—Yo...yo...yo...yo soy... Yo soy...el...el...primo.

—¡El primo! ¿El primo de quién?

—El primo del hombre.

—¿De qué hombre? ¡Hombre, por Dios!

—Del hombre genéricamente hablando.

Y con una visible desesperación, percibiéndose en su exclamación emocionada la nota oprimente y conmovedora del sollozo, me confió su desgarrador secreto:

—¡Qué culpa tengo yo de ser el eslabón perdido!

Perplejo, turulato, desconcertado, permanecí un dilatado espacio como si una potentísima, deslumbradora luz me hubiera herido la retina y cual si un poderoso mazazo se hubiese descargado sobre mi cráneo.

Por fin pude ponerme a pensar.

—Serafini!... ¡Angélico!... ¿Qué has dicho? ¿Quieres

repetirme tus frases? ¿Quieres hacerme el obsequio de concretar tu... tu... tu... confesión, información o declaración?

El, con cierto embarazo, hasta con marcada timidez, como con una tremenda desolación fatídica, que parece lo avergonzara, silabeó con voz apenas perceptible:

—¡Qué le voy a hacer! ¡Yo soy el eslabón perdido!

Angélico Serafini era uno de mis discípulos predilectos. Aventajado, serio, inteligente, correcto.

Especializado —por vocación— en paleontología; autor de un vago ensayito sobre religiones; curioso coleccionista de libros de ciencia de otras épocas, de magia, de ocultismo, de astrología...

¿Se habría estudiado a sí mismo?

Lo observé.

Singularísimo.

Nunca me había detenido a examinarlo.

La color, —café con leche con mucho café,— era un tanto oscurita.

Muy peloso.

Debía afeitarse y depilarse, frente y mejillas, cotidiana y despiadadamente.

Ostentaba un cráneo braquicéfalo y desde la mandíbula poderosa, el acusado prognatismo, al frontal breve y al arco superciliar avanzado sobre las órbitas hundidas, se notaba la osatura recia, como de una pieza.

Tengo que informar que conspira contra mi objetividad cierta propensión imaginativa. Es ella la que me toma las riendas cuando, en un retrospectivo galope de siglos, quise ambientar a mi joven amigo: —Bajo el profundo, eterno cielo azul mediterráneo, me encontré en el período paleolítico, en un desolado paisaje de escasas cavernas y rudimentarias construcciones de troncos y ramas, sintiendo los guturales gritos de los hijos de nuestros ancestros de Gri-

maldi y de Cro-magnón, quienes, abriendo sus rudas piernas en el flamante equilibrio de su verticalidad, iban y venían, dejando caer sin gracia los desmesurados brazos y las oscuras manos a lo largo del recio cuerpo peludo.

Uno de ellos, como mugiendo de gozo, llegaba corriendo a grandes zancadas, trayendo cargada sobre un hombro a una doncella cuya desnudez se disimulaba en su pelambre espesa y su crinada cabellera enmarañada.

Tuve la intuición del crimen de Angélico.

—¿Entonces la raptaste?

—No. La muchacha se vino sola, espontáneamente, me explicó él. No ha sido eso. Es un fenómeno más sencillo. Usted sabe, profesor, que yo me sentí molestado por unos tos pertinaz y un intenso frío en los huesos y por tales dolencias fui a la clínica del doctor Clair a hacerme una radiografía. Mi contextura ósea, puesta concretamente de relieve en la placa, le dió a él la pista de mis antecedentes.

El doctor Clair, que es también de los nuestros, por vicio proselitista ha tenido la indiscreción de propalar el descubrimiento y de anunciar una conferencia en el anfiteatro de la Facultad de Medicina.

De ahí el revuelo.

Y me alcanzó la fotografía.

Era una prueba irrefragable y evidente.

No había lugar a dudas.

El esqueleto de Angélico Serafini era indiscutiblemente el puente entre los primates, —que según Ovidio aun no habían descubierto los astros,— y el hombre.

Mi dichosa satisfacción intelectual me daba casi una voluptuosidad física, que me animaba y me reconfortaba.

¡Qué triunfo!

Ahora sí íbamos a ganar definitivamente la batalla. Lo fui a hacer a Serafini partícipe de mi confianza,

quien, con la cabeza gacha, ofrecía la sensación de una ajada tristeza indecible.

Me pareció de un color más acentuado que de costumbre.

Ya pasaba de castaño oscuro.

Respiraba con movimientos regulares, precisos y enérgicos, cual si su peludo pecho fuera un recio fuelle.

Por eso noté un detalle curioso.

Como siguiendo una coquetona y exquisita moda, muy difundida, mi discípulo usaba una fina cadenita de oro al cuello, de la cual pendía la imagen de Nuestra Señora. Era curioso ver la medallita en un vaivén de gracioso hama-carse entre el bosque de vello enrulado.

Le sonreí señalándosela:

—La Santa Virgen...

Una mística emoción le lustró las pupilas y no pudo contener un sollozo.

Era el primo del hombre, pero era un civilizado.

Reaccionó de manera incomprensible.

Rodaron dos lágrimas de sus hondos ojos oscuros y con un imprevisto, impulsivo ademán ferino, se arrancó el delicado adorno del cuello y lo arrojó con rabia y desprecio.

Pero continuó llorando.

Naturalmente que mi protegido permanecía en casa mientras su caso se dilucidaba ante el Alto y Honorable Concilio de los Sabios, ante el cual se había elevado.

La intimidad que deriva del continuo trato en el cotidiano vivir en el mismo hogar nos da una mutua confianza que nos desnuda interiormente.

A mí me devora la explicable curiosidad profesional —

absolutamente idealista y desinteresada— del fenómeno Serafini y con discreción y cautela me voy interiorizando de sus fascinantes, importantísimos antecedentes.

Ansío saber como, a partir del siglo VII. A. C., su tribu se aisló y se incontaminó de influencias, mezclas e híbridos, que le permitió eludir la lenta, insidiosa y fatal corriente de la evolución.

Los serafinís se detuvieron.

Se estancaron.

Metafóricamente se podría afirmar que se cristalizaron.

Dijeron: No va más!, y se plantaron en el tiempo, convencidos que desaparecidas las vértebras del apéndice caudal y puestos de pie —para esta gran penitencia de los hombres— ya lo tenían todo resuelto.

Gente modesta, eh?

¡Qué extraordinarios serían sus procesos mentales!

Me tiré a fondo en mi averiguación.

—¿Las creencias? ¡Vamos a ver las creencias! ¿Los rudimentarios conceptos religiosos?

—¡Ah! Sí, sí... —se explaya Angélico, que, como lo indiqué, es inteligentísimo. Los seráficos no somos una excepción. No nos hemos detenido ni nos hemos apartado del mundo ni de la civilización. La integramos. Además somos innumerables los eslabones perdidos. Yo dije que era "El". Infortunadamente para la humanidad, soy uno de tantos.

Usted, profesor Capertoni, no tiene más que ver cómo piensa la gente, cómo siente, cómo vive!

Por adentro hay infinidad de prójimos que son absolutamente lo mismo, cuando no peor, que lo que eran hace cien millones de siglos.

La engañosa apariencia del uso de materiales: hierro,

cemento, cristales, etc.; la espaciosidad y la altura de los edificios, dan idea de otra cosa.

Pero no hemos salido de la época de las cavernas.

Entre su sombra perduran las supersticiones.

Los hombres —garrote en mano— adoran la fuerza.

El dominio de los semejantes y la esclavitud bajo nuevas formas, continúa.

El error, el gran error, el único error, es el creer que hemos cambiado, que hemos avanzado, que hemos evolucionado.

Lo único diverso es lo exterior, la epidermis, la forma.

Serafini me estaba destrozando, pulverizando, anonadando con sus conclusiones.

¿A dónde iba a llegar?

.....

Por suerte en ese preciso instante se reanudó la ofensiva callejera. Las vociferaciones estentóreas hirieron el aire de la tarde; las amenazas estallaban como petardos; piedras, más contundentes, repitieron la rotura de los cristales.

En un raro momento de silencio, sentí que un alma franciscana, dulce y tolerante, clamaba:

—¡Viva Cristo Rey!

Entonces sí, me decidí a llamar a la policía.

DEMOCRACIA EN EL CIELO

Cuando en las últimas elecciones le solicitaron el voto para los que defendían los espirituales intereses de la Santa Madre Iglesia y Familia, él, tartamudeando y embrollándose, sacándole el cuerpo al compromiso, repitió algunos conceptos oídos a los oradores callejeros de tendencias sociales avanzadas.

Naturalmente que se los refutaron con innegable éxito, informándole:

—La verdadera democracia, la justicia social, está en el cielo. Allí sí que todos son iguales.

El bromeó, bonachón:

—Negocio redondo, eh? Cobrar los intereses cuando ya no se tiene necesidad ni de alpargatas ni de puchero ni de pagar el alquiler ni de levantarse temprano para ir al trabajo obligatorio.

—Nadie se lo impone.

—¿Y con qué se para la olla?

—No sólo de pan vive el hombre. Hay que pensar en el alma, en el más allá.

—No crea; yo a veces cismo mientras estoy doblando el lomo.

—Esto es pasajero. La vida del paraíso, porque es mejor, es diferente de la terrena. Sus fatigas, sus penurias, sus dificultades, serán compensadas.

—Es un alivio.

—Los seres buenos, laboriosos y honestos como usted se sentarán a la diestra del Señor.

—¡El Señor! ¡Siempre los señores, no?

—No hay que confundir. El Señor es la justicia divina.

—Y la justicia, cómo reparte el trabajo allá? ¿Quiénes barren las calles y lavan los platos y “cinchan”, como hacemos los proletarios aquí abajo?

—Los malos.

—Ah, entonces nos vengamos, eh?

—Es el equilibrio sublime.

—¿Entonces los que ahora aquí se pasan la gran vida y no hacen nada, después?...

El propagandista sonrió.

También sonrió nuestro amigo, pensando:

—¡La que te espera!

Y le dió el voto.

Al individuo —que no dejaba de ser algo subversivo— aquello lo reconcilió con la vida y con el mundo.

Esa promesa era un consuelo para su existencia dura y atribulada.

No confiaba en aquella solución como una venganza, pero le satisfacía esa ley emparejadora, que, a muchos que se la pasaban de “florcita”, les iba a mostrar que la medalla tenía un reverso.

No deseaba que la lección durara mucho.

Pero convenía que la recibieran y la sintieran.

Esa equidad superior lo reconciliaba con la faz grñona de la existencia y en especial porque se le arraigó la convicción de otra realidad, simpática y amable.

Aunque la recompensa llegara un poco tarde, la cuestión es que le tocara.

Eso le aplacó las veleidades revoltosas. Soportó entonces mejor las dificultades, las peripecias, los sinsabores y

fué fácilmente explotable y resignadamente servicial y sacrificado.

Era lo que se dice un prójimo de buena pasta y esto le atenuaba cierta propensión irónica con la que observaba a sus semejantes. La misma lástima que le naciera cuando aquella inicial discusión, se le volvía piadosa compasión al considerar a los sujetos, inflados de vanidad y orgullo, altivos y soberbios por la detentación de todos los privilegios, todas las ventajas, todos los goces y todas las prebendas.

—Pobres!, pensaba. Ignoran sus consecuencias.

Entre sus bigotes, mascullaba:

—Al freír será el reír.

A conocerla, hubiera repetido la tremenda y conminatoria frase bíblica:

—¡Entonces será el chirriar de dientes!

Quizás como desheredado, humilde e ignaro, no poseía una fe de primera, pero se iba remediando con la suya, se comportaba correctamente, era manso, generoso y humano, por lo que bien se le podría perdonar que se hiciese algunas modestas ilusiones de futuro:

—¡Algún día ha de ser verano! Y churrasquearemos gordo y echados panza arriba, sestaremos sin apuro.

El imprevisto traspiés que le ocasionó el accidente lo tomó —como es de comprenderse— tan de sorpresa, que le fué inevitable presentarse en el cielo con la cabeza rota, la cara y las manos sucias de sangre y tierra y la ropa de trabajo a la miseria.

Si el hecho acaece un domingo, hubiera sido muy otra cosa.

Y si hubiese sucedido en el buen tiempo, mejor todavía.

En uno de esos días de sol, en que todo está alegre, vuelan las golondrinas en el cielo azul y los chiquilines, en medio de risas y gritos, juegan en la calle. Cuando las señoras distinguidas del barrio, delante y algunas mujeres del pueblo y él —él también, naturalmente— iban a la misa “de once”.

Entonces gastaba otra indumentaria.

Lucía el traje “de bautizar” y la camisa limpia; los viejos zapatos de charol, —que conservaba desde el casamiento—, y no las alpargatas de la lidia.

Pero ahora, ya veían...

Aunque no se podía echar en cara esa involuntaria despreocupación de comparecer tan desgalichado, se avergonzaba un tanto.

Por suerte allá arriba comprenderían; además como las cosas tendrían que estar bien arregladitas.

No podía esperarse menos.

Lo constató cuando al acercarse a las puertas del cielo y ver entrar por ellas a damas y damiselas distinguidas y caballeros elegantes, importantes, imponentes, que ni siquiera detenían sus automóviles, cuando un portero galoneado, los saludaba con una reverencia, se quitaba su gorro de visera y sonreía, como diciendo:

—Pasen no más. Los estábamos aguardando.

A él le había hecho una seña para que esperase.

En una pausa del arribo de clientes de categoría, con sólo mirarlo —un tanto despectivamente—, le resolvió el problema.

—Por allí, lo mandó, indicándole una puerta excusada, una entrada de servicio, por donde entraban los domésticos, los proveedores y una muchedumbre de chamuchina de tan mala traza como la suya.

Todavía le pidieron los documentos personales y lo observaron con detenida y evidente desconfianza.

—Juan Calicanto, albañil, casado, distrito Uruguay.

Lo palparon de armas, como dicen los policías de la tierra; le tomaron la temperatura, le hicieron sacar la lengua y le efectuaron una sumaria cura, cuanto cuanto para sacarle la costra de tierra, polvo de ladrillos y cal, ennegrecida con su sangre reseca. Le dieron un número y un traje gris, tejido de niebla bastante fría y lo entregaron a cuatro ángeles, armados de espadas flamígeras, que lo condujeron a un remoto campo de concentración.

Como allí todos eran almas y podían volar a discreción, transitando por el aire en todas direcciones, las alambradas de púa de su cárcel, se entretejían a los costados y hacia la altura, formando una especie de inmensa pajarera.

Menudeaban en ella los letreros indicadores, hechos de relámpagos auténticos, informando que los alambres estaban electrizados a alta tensión; que se penaría con Infierno perpetuo a los que intentasen huir y especificaban todo lo que estaba prohibido hacer.

No se puede hacer esto, aquello y lo de más allá.

No se podía hacer nada, ni siquiera solicitar una entrevista con el Ser Supremo, quien había suspendido las audiencias por tiempo indeterminado.

Calicanto se entretuvo pasando revista a la novedad del ambiente y trató de dar con algún conocido o, por lo menos, con gente accesible con la cual entretenerse conversando o solicitándole informaciones.

Nadie lo atendía ni se preocupaba de él.

Las diversiones eran aburridas: misas de campaña; rosarios rezados en coro; desfiles monótonos; pesadas lecturas de la Biblia, transmitidas por radio y conciertos de música celestial con acordeones del Ejército de Salvación.

En cuanto a la comida todo resultaba inocuo è insípido y el vino estaba excluído de la lista, porque a unas almas italianas, un XX de setiembre, conmemorando la entrada de Porta Pía, después de vaciarse unos cuantos litros les había dado por cantar "Bandiera Rossa".

Calicanto trató de entablar relaciones, aunque fuera con los que parecían más desgraciados y menesterosos y no lo consiguió, pues todo el mundo se creía un privilegiado, un elegido, cultivaba su ambición, tenía su problema y no ocurría sino de sus exclusivos asuntos.

Igual que lo que sucedía en el valle de lágrimas.

Se dirigió a los guardianes.

Le contestaron:

—Se nos veda la relación con los asilados.

—Yo no soy un reo que cumple una condena.

—Nosotros tenemos nuestra consigna. Retírese.

—Yo ya cumplí mi cuarentena.

—Diríjase a los superiores.

Y le dieron permiso para ir a hablar con San Jorge, a quien por su aspecto marcial, su lanza y su caballería, le atribuyó jerarquía de jefe:

—Señor general, no sería posible que se me diesen algunas explicaciones.

—Despache pronto. ¿Qué se le ocurre?

—Pretendía saber si este confinamiento va a durar mucho.

—Lo que corresponde.

—Quisiera conocer mi destino.

—Su expediente sigue su trámite.

—¿Y aquí esas diligencias tardan mucho?

—El tiempo necesario, señor. Aquí todo marcha perfectamente.

—No lo pongo en duda.

—¿Usted en qué se ocupaba allá abajo?

—Era albañil.

—Hum... El Gran Arquitecto no necesita peones.

—¡Ah! También por acá se sufre desocupación. Los jornales estarán por el suelo. Habría que hacer una huelguita...

—¡Qué dice!

—Este... Es que uno no se puede olvidar de sus vicios... Luego yo pensé que aquí se descansaba.

—¿Descansar? Sí. Algunos descansan. Otros pasean. ¿Usted no tiene alguna relación por aquí?

—No, señor. Soy recién llegado. Allá sí. Allá estaba muy bien relacionado. Conozco al diputado que me pidió el voto; al cura de la parroquia; hasta al sacristán... Después trabajé con el empresario que no termina nunca con el frente de la Catedral... Cuando no le falta la torre, le falta la vereda...

—Morralla...

—¿Decía?

—Gentecilla de tres al cuatro, sin influencia. ¿Usted no tenía algún santo de su predilección?

—No, señor, yo no les daba preferencia. Para mí todos eran iguales. Soy muy equitativo. Repartía mis Aves y Padrenuestros con todos.

—Malo, malo... Si usted fuese partidario de alguno; si hubiese prestigiado su ascenso o le hubiese organizado algún banquete. Si engrosase su cortejo de adulones, saliendo a las calles del cielo cuando pasan...

—¿Y yo no podría pedir que me activasen el asunto?

—Si no tiene una tarjetita; uno que hable por teléfono; si no tiene padrinos, compañero.

—Padrino tengo, soy bautizado.

—No. No es eso. Eso no sirve para nada.

—¡Cómolo! ¿Y a usted le parece poco, señor San Jorge, que uno pueda morir infiel?

—Sí, ese es otro cantar... Yo hablo de las recomendaciones, entienda... Para la burocracia, entienda.

—¡Estoy entendiendo demasiado!, se amoscó nuestro alarife.

¡Ah!

—Y voy a elevar mi más enérgica protesta.

San Jorge lo interrumpió, realmente fastidiado:

—¡Ni una palabra más! ¡Se calla la boca! Y se retira inmediatamente. Al primer conato de desobediencia lo hago prontuariat como subversivo y va al calabozo a pan y agua por quince días!

Calicanto pálido, tembloroso, con su vieja y dulce humildad cristiana, suplicó:

—Perdón, señor...

Y se alejó, golpeándose el pecho.

Pero no se podía conformar con la injusticia y como para algo le iba a servir su oficio, en los ratos perdidos, —que eran todos—, empezó a cavar un túnel y un día, encontrándolo suficientemente ancho y cómodo, le dió una salida al exterior y por ella huyó del campo de concentración.

Anduvo a salto de mata, comiendo las clásicas langostas del desierto, de las cuales es fama que se alimentaba San Juan, devorando raíces y hierbas, durmiendo donde lo agarraba la noche, terminando en bichicome del cielo, que es algo así como un San Francisco de Asís celeste.

Y no sólo pudo comprobar que su expediente yacía bajo una enorme pila de otros, ya viejos y apolillados, sino, que, los que marchaban, eran los untados con lubricante

de dinero contante y sonante o los que pedían por teléfono los santos influyentes.

Constató como el señor Ricone, a quien todo el mundo conocía como agiotista de marca mayor, entró derecho a las localidades de lujo del Paraíso, con sólo mostrar los recibos de los miles de pesos que dió para la fachada —aun por hacer— de la capilla... Observó a aquella famosa vecina, doña Mariquita Cascoalegre, a la cual reverenciaban y bendecían filas de obispos, mientras angelitos guardiaciviles la escoltaban en su ascenso al séptimo cielo. Y descubrió otras innúmeras curiosidades, que si bien quizás expliquen los “Ministros que tiene la Santa Madre Iglesia”, no le aconsejaron esperar que le resolvieran su asunto.

Además a cada momento estaba expuesto a que lo descubrieran y lo atraparan, agravándose su situación de vago, sin oficio y domicilio conocido, de quien sospecharían el ilícito propósito de “colarse” de rondón en el cielo.

Si disfrutaba de escasas diversiones en el campo de concentración, de menos disponía ahora que, sin documentos y sin relaciones, tenía que terminar por aburrirse como un hongo.

Comprendió Calicanto que, para él, el cielo no era negocio.

Tan sencillo que hubiera sido presentarse a las autoridades y pedir el repatrio. Pero, seguro que iban a empezar otra vez con la papelería burocrática:

—Diríjase a la oficina respectiva. Presente un escrito en un “completo” de \$ 50.00... Y pase luego y pase mañana.

Si no se introducía como polizante en algún avión, se iba a podrir como una carroña en las alturas.

Había una enorme vigilancia en los aeródromos.

Los viajeros llegaban en auto, con equipajes de lujo, bien vestidos...

Si encontrase alguna escalera que hubiesen olvidado los obreros de la U.T.E. o del Municipio; alguna cuerda...

Recordó que tenía alas, pero no servían para bajar.

Buscó algún resquicio entre las nubes y por el primero que encontró, se arrojó de cabeza, yendo a estrellarse, brutal y terriblemente sobre la tierra, mientras una avalancha de madera, de hierro y de mampostería se desmoronaba sobre él, estrépitosamente.

Cuando desenterraron a Calicanto de entre los escombros y el médico de la Asistencia Pública lo reanimó con una inyección de aceite alcanforado, lo oyó decir:

—Pronto, doctor. Que me traigan el traje nuevo y una buena recomendación. Hay que gestionar que no me pongan el oficio en los documentos personales. También vendría que no se olviden de algún dinerito, que nunca está demás y no vendría mal, dado que allá demoran los expedientes "una cosa bárbara".

El doctor comentó con su ayudante:

—Es la fiebre. Desvaría.

Nosotros pensamos lo mismo, pero estamos haciendo nuestros ahorritos y ya solicitamos precios para conseguir morirnos "en la paz del Señor y con la bendición Papal", que, si eso no da una absoluta seguridad sobre el asunto, por lo menos, es algo.

EL MAGO DE ROCACAPILLA

Cosas que les acontecen a los aporreados seres humanos, un día me apareció un puntito rojo en un pie; otro día tuvo ese privilegio mi mano derecha.

Los tales puntitos comenzaron a picarme endiabladamente, ampliaron su zona de influencia y pronto se transformaron en dos magníficos eczemas, de esos que el Dr. Bezançon recomienda como dignos de que su víctima se congratule de poseerlos.

Siendo uno de los tales presentes perceptible a ojos vista, comprobé de inmediato la compasión, simpatía y solidaridad del prójimo, puesta de manifiesto en infinidad de recomendaciones curativas, que me llevaron desde la hidroterapia, pasando por la herboristería, a la pomada negra; del específico que pregonaba la radio, a la técnica empírica del santiguado; desde el vegetarianismo al quebrado de los agallones en ayunas. En ayunas la víctima, se entiende.

Y los eczemas tan campantes.

No significa esto que alguien no le quitara importancia al hecho ni que el de más allá me tranquilizara definitivamente con un comentario filosófico:

—Bah, no hagas caso. Yo también los uso. Por suerte eso no se cura nunca. No te aburrirás. Tendrás una consecuente compañía para toda la vida.

Precioso augurio.

Ante él recorrí, en la guía médica, la nómina de los especialistas de la piel.

¡Un éxito!

Me topé con una eminencia profesional, que empezó por no contestarme el saludo, me gruñó una dieta severa y me mandó aplicar los más inofensivos e inocuos de los menjerges.

Tuve que ver a otro sabio.

Idem de lienzo.

Los ajetreos de la vida me arrojaron a una ciudad andina.

Lindo ambiente, buen vino, mejor gente.

Entre lujuriosos viñedos, manzanares, higueras, sauces coposos y frescos y esbeltos álamos, sintiendo la riente, musical canción de las acequias, hubiera sentido plenamente la dicha de vivir, si no fuera por los benditos eczemas, que, tan floridos, prosperaban felices y continuaban picándome endemoniadamente.

Por esos parajes, donde también proliferan los aficionados a la medicina empírica, menudearon los consejos y las recetas.

El resultado siempre era idéntico.

Pero un amigo, ateo, librepensador, marxista dialéctico y fatalista, un día vió mis condecoraciones y me guiñó un ojo:

—¿Cree usted en las ciencias ocultas?

—Naturalmente. A pie juntillas. Soy cientifista, le afirmé, siguiéndole la broma.

—Está usted en el clima y la disposición favorable. Se curará. Mañana lo llevo a consultar al mago de Rocacapilla.

—Convenido.

Olvidé el diálogo, por lo que grande fué mi sorpresa, cuando mi conocido al día siguiente me vino a buscar.

Comprometida mi palabra no me eché atrás.

Por cierto que no dejaba de ser tentadora la oportunidad, no de curarme, que eso —en signo negativo— lo des-

contaba, sino de enfrentarme a un personaje que se me ocurrió sólo podía existir en la leyenda.

Comencé a imaginar lo extraordinario y lo fabuloso.

Desde Merlín, el de los cuentos infantiles, hasta Cagliostro, con su asombrosa vida, fértil de innumerables aventuras, enumeré los curiosos protagonistas de los prodigios y las maravillas más sobrenaturales y desconcertantes y me prometí una fecunda cosecha de novedades.

Lamentablemente no empezamos a redomonear una escoba como las brujas de las consejas ni nos hundimos en la tierra o nos remontamos por los aires.

Tomamos un modestísimo autobús polvoriento, cuyos boletos pagamos con estampillas de correo —faltaba el cambio menudo en la Argentina— como si fuéramos dos paquetes postales y rodamos bajo los bellos túneles de verde follaje de unas cuantas avenidas llenas de tierra.

Descendimos en un paraje pintoresco, pero no siniestro ni dramático ni teatral.

Frente a nosotros, en un terreno, de bajo nivel, junto al camino real, antes de llegar al descarnado esqueleto rojo de un templo en construcción, se repetían, en adecuadas esculturas rústicas, las patéticas escenas del Calvario.

El señor Jesús, cruz al hombro, erguido sobre repetidos postes, excitaba nuestra piedad, exhibiendo sus conmovedores martirios.

—Aquí, en Semana Santa, —me informaba mi cicerone—, esto es una romería. Se congregan fieles de los cuatro puntos cardinales. Graves, contritos, exaltados, fanáticos. Se arrodillan, se prosternan, hacen sus promesas. Traen sus cirios votivos y sus meriendas copiosas y sabrosas y una o algunas botellitas de vino. Se reza, se repiten oraciones en verso, se comen empanadas gruesas y rosca y riquísimos alfajores, con merengue y perfumada miel de la montaña.

Pregonan sus mercaderías los vendedores ambulantes. Y como el vino es excelente, la temperatura agradable, las muchachas lindas y la sangre ardiente, etc., etc., etc.

Seguro que mi amigo estaba exagerando.

Tenía la sensación de que desfiguraba un tanto lo edificante del sentimiento popular mendocino.

En fin, esa no era nuestra cuestión.

—¿Y el mago?

—Ya lo vamos a ver.

A unas cuabras, no en gruta ni en subterráneo ni en una tenebrosa espelunca de un cerro —como se lo representaba mi meridional imaginación— y sí, vulgarmente, en una botica, se alojaba nuestro hombre.

Mi Virgilio, corajudamente, se aventuró sólo en el antro.

Cuando regresó, radiante, con los ojos alegres, sostuvo:

—¡Usted se curará!

Percibí que delante mío ascendía una especie de nubecilla.

No se me ocurrió que fuera tierra, un poco del polvo de que todo estaba impregnado y que el movimiento del tránsito del carril desplazaba en el aire.

Me noté vacío de escepticismo.

Y me enfrenté al quiromante.

Era un señor que no difería de cualquier otro.

Gastaba anticuados espejuelos con armadura de oro y el largo guardapolvo blanco —amarillado por el uso— que caracteriza a sus colegas de oficio.

Sin mirarme, gruñó, quizás un saludo.

Manipulaba medicinas y mientras yo me ahogaba en la atmósfera pesada, densa de viejos olores a madera, a polvo, a ratones, a yuyos y a drogas, él iba y venía con una calma y una indiferencia olímpicas.

Me moví, estornudé, tosí, compuse el pecho.

Creo que dos o tres veces repetí:

—Siii seeñor... siii seeñor...

Hasta darme la sensación de que se movía, observé un Cristo negro y peludo, que en un oscuro grabado, servía de piadosa propaganda de la diócesis y de las atracciones del Calvario de Rocacapilla.

Continuando mi inspección alcé la vista a unos estantes donde se apretaba una fila de hermosos potes de porcelana blanca y azul, en cuyo centro una barroca decoración del ochocientos, en bonitas letras doradas, lucía nombres en latín.

Empecé a descifrarlos, sólo interrumpiendo mi inventario cuando, desde el despacho —nosotros estábamos en la rebotica— llegaba un reclamo:

—Don Almendrejos.

El llamado se ausentaba y de la habitación cercana nos llegaba un cuchicheo ininteligible.

Regresaba mi hombre; se volvía a ir.

Mi compañero, el marxista había desaparecido, y yo, de pie, sólo, que ya iba por la última parte de la cuarta fila de cacharros, seguía leyendo:

—*Aconitus officinalis*; *ruibarbus*; *camamelius*; *presemulus vulgaris*; *papaverus realis*; *licopodius*...

Me dolían las piernas y me sentía bastante mareado, cuando, con una repetida pregunta, don Almendrejos me llamó a la realidad:

—¿Qué le pasa? ¿Qué le pasa?

Lo observé:

De la boca empedrada con dientes discretamente amarillos y desparejos, apretada bajo un bigote hirsuto, espeso y descolorido, mientras sus agudos ojos burlones me escudriñaban por sobre los lentes, me apremiaba la insistente interrogación.

Estuve a punto de contestarle que estaba molido con esas dos largas horas de plantón a que me había sometido, pero sólo me atreví a alargarle la mano enferma.

Me la miró.

Indagó:

—¿Cuántos meses?

Como si mi mano estuviera “por salir de cuidado”.

Después rezongó:

—Hum... Bravo. Se cura.

Y me dió la espalda.

Lo empecé a hablar, dándole detalles.

El batía un entrevero de cosas en un morterito de mármol y no me hacía caso.

Mi perorata insistía sin éxito contra su indiferencia.

Tras media hora de ataque, conseguí que me dijera:

—Vuelva Usted el domingo. Y tuve la vaga impresión que se curvaba cortesmente, cuando, inclinándose sobre sus mixturas, murmuraba:

—Don Almendrejos... inglés puro... de oficio: mago... para servirlo...

... Como si recitara el rosario.

Como una liberación, salí a la avenida, oscura entre los árboles frondosos.

Huían los vehículos entre un rojo y amarillo relampaguear de focos y faros.

Oladas de polvo me embestían.

Perros vagabundos, hocico en tierra, husmeaban misteriosas rutas.

Un denso, dulzón y pegajoso relente de uva recién vendimiada me apretaba el estómago.

Malhumorado, pesimista y hambriento, me subió la rabia de punto al no encontrar a mi amigo el marxista.

Lo busqué por el suelo, temiendo que arrullado por

el lírico canto de la acequia se hubiese dormido en algún cordón de vereda.

Corrían, jugaban, gritaban algunos niños.

Entre las ramas de los árboles me espiaban, titilantes, lejanas estrellas.

Qué decepción y qué cansancio y qué tristeza.

Experimentaba la sensación de que don Almendrejos me había sometido a una dilatada y refinada burla socarrona.

¡Qué me iba a curar el carcamal aquell

No volvería más.

Estuve a punto de jurarlo con toda solemnidad.

El domingo —a primera hora— estaba otra vez en la botica.

Ahora sí que la cosa fué grave.

Ahora el señor boticario, que tenía el establecimiento cerrado, cuando luego de tocar el timbre de su casa hasta aburrirme, me descubrió desde el fondo de un largo corredor, me miró, por arriba y por abajo de sus espejuelos, como si no me conociera y se escurrió, desapareciendo.

Me pareció que se había escondido.

Pero yo no me dí por aludido.

No. No me iría.

Adoptaría su misma táctica y lucharía y vencería con ella.

Aguardaría hasta que él quisiera.

Como un imaginaria con inflexible consigna me eternizaría en mi puesto.

Me paraba sobre una pierna; me sostenía sobre la otra; me recostaba a la pared; me paseaba con la regularidad de un péndulo.

Miraba la carretera. Contaba los vehículos que pasaban.

Cerraba los ojos, jugando a adivinar si venía un camión, un carro tirado por caballos o un auto de paseo.

En fin, en fin...

Debo confesar que, —¡válgame Dios!, ¡qué intenciones!—, hasta pensé en la bomba atómica.

No sé después de cuanto tiempo —¡merecido premio a la constancia!—, don Almendrejos se asomó, me miró muy fijo, sostenidamente, retrajo la maraña hispida de sus bigotes como para enseñarme el amontonado desorden de sus dientes y me llamó con un casi imperceptible movimiento de un dedo de una mano.

Penetré en su antro.

El ambiente reducido parecía estar más atiborrado de cachivaches y tarros y potes y cajas y paquetes y frascos.

Me saltó a la garganta la garra asfixiante del conocido tufo.

El hombre, en una bien proporcionada combinación de aullido, ladrido y gruñido, refunfuñó:

—Ya está casi todo en su punto. Y como si desafiara mi desconfianza y mi escepticismo, siempre con su cabeza gacha, sostuvo, como si afirmase lo contrario:

—Se cu-ra-rá. In-dis-cu-ti-ble-men-te se cu-ra-rá...

Y en un tono de sordo recitado me empezó a condenar a la más austera y hética de las dietas:

—Nada de carne, nada de pan, nadá, de dulces, nadá de vino, nadá de repollo, nadá de arvejas, nadá de pescado, nadá...

—Nadá de nadá, rematé la retahila.

Irguió lentamente la cabeza y me sonrió de una manera tan graciosa, que me pareció que me iba a morder.

Reculé precavidamente.

El volvió a sus cominos.

Amasaba un unguento; mezclaba unos polvos; contaba unas gotas... y mascullaba:

—Pomada de los cuatro ladrones. Este bálsamo ya se lo quisiera Fierabrás. Estas cenizas de huesos de las viejas brujas sin calzones, sólo se comparan con estas píldoras explosivas y este emético del Rey que rabió...

Aquello se transformó en un enorme paquete y en una cuenta de ciento cincuenta y ocho pesos con trece centavos y en un envenenamiento que iba a empezar al otro día, en ayunas, e iba a durar todo el tiempo que lo soportase mi humana resistencia...

Entretanto, como la entrevista se dilataba demasiado y mi amigo el marxista sintió su responsabilidad dialéctica, dado que temió —por anticipado— por mi existencia, vino a golpear en la puerta de la botica, reclamándome.

Todavía salí con vida.

Y con el envoltorio de drogas.

Y acompañado por una sonrisita compasiva y socarrosa de don Almendrejos, que parece dijera:

—¡Fiáte de magos y no corras! Ve, ve, materialista, impío, renegado, anti-Cristo de trastienda. Ve con tus lacras extrañas, raras, que se curarán con medicinas y con exorcismos y con oraciones al revés y palabras misteriosas. Yo te he proporcionado remedios y fe; experiencia y favor divino, en la proporción que sólo sabemos los iniciados, los iluminados. ¡Por algo soy el mago de Rocacapilla!

Y te curarás. ¡Te curarás!

Y aunque continuo no creyendo en nada. Ni en la magia ni en la medicina ni en la divina providencia, me curé.

Me curé y hasta otra.

El cartero termina de entregarme una alegre carta del mago de Rocacapilla.

Me informa de que enterado —por una anunciación sobrenatural— de que se va a morir, quiere arreglar sus asuntos e irse al otro mundo con la conciencia tranquila.

Cuida su alma.

Se coloca por arriba de sus terrenos intereses.

Su confesor le ha prevenido que pueden hacerle serios y graves cargos por haber efectuado sus milagrosas curas a descreídos, masones, renegados, perros infieles, libre-pensadores y marxistas dialécticos y de los otros.

Y al adjuntarme el regalo bendito de una imagen del Cristo negro y peludo, que conozco —y descubro se parece extrañamente a él— me remite un giro por los \$ 158 con 13 centavos $\frac{m}{n}$. argentina, devolviéndome, al mismo tiempo, mis legítimos eczemas.

Cobro el giro, me río con todo el cuerpo y siento que, de nuevo, comienzan a irritarse y me empiezan a picar el pie y la mano.

UN VERANEO ENTRE LOS SANTOS

—¿Que por qué me descubro cuando paso frente a una iglesia? ¡Ay, señora!, no obedece el gesto a ningún propósito de exorcismo. No tengo temor alguno de que el demonio se poseione de mi alma.

—¿Y entonces?

—Es que esas sagradas mansiones están vinculadas a una de las más deliciosas, cuanto edificantes, épocas de mi amable no que turbulenta existencia.

—¿Es usted creyente?

—Delo por descontado. Creo en todo, señora. Hasta en el amor. O, mejor dicho, creo preferentemente en el amor.

—¿Se encendió acaso alguna vez en el amor místico?

—Integralmente. En el místico y en los otros. Hubo un momento en que, simultáneamente, participé de todos los amores. De “el amor de los amores”, como canta ese precioso literato en conserva que se llama don Ricardo León.

Yo, señora, veraneé una temporada entre los santos, las vírgenes y los angelitos.

—¡No me diga! ¿Y tuvo visiones?

—De todos colores. Sí. Veíamos visiones. Ella y yo.

—¡Ah! ¿Tenía una compañera?

—Exacto. Magnífica, encantadora, juvenil, candorosa, casta, devota y crédula. Todos los adjetivos ditirámicos son pocos para definirla. ¡Era una mosca blanca!

“Dulce y pura
como un lirio de los valles,

que recién abre su cáliz
a los besos de la luz!

—¿Se siente lírico?

—¡No lo hago por menos!

—Es poeta también. ¿Esos versos son suyos?

—También cuento con mis pecados. Pero esos no son míos. Son de Almafuerte, que a pesar de ser un primitivo cristiano irreprochable, no comulgaba con los católicos.

—Eso no me agrada.

—Disimule. Tenemos que perdonarlo. Hasta por esas rimas, que, a la complementaria del dúo, la pintan de cuerpo entero y con alma y todo.

—¿Y eso de su vida entre los santos, cómo fué?

—Le diré, señora. Yo soy un animal.

—Exagera.

—Nó. Soy—intrínsecamente hablando— un animal puro. Si le parece más correcto, un puro animal. Quiero decirle un organismo integral desde el punto de vista físico. Un ser completo, con sus cabales reacciones y necesidades sanas inherentes a mi condición. Intento expresarle que no padezco inhibiciones, delicuescencias ni dengues ni refinamientos ni complicaciones.

—Ama usted los detalles.

—Las partes forman el todo. Estas puntualizaciones minuciosas pueden resultar transcendentales. Por esa totalidad material—especie de sólida base o fundamento del alma—al igual quizás, que mis colegas de más baja posición jerárquica en la escala zoológica, experimento mis ciclos de actividad, de reposo, de amor—me parece grosero decir celo—y hasta de letargo.

A veces duermo días y días, como manifestaba le sucedía a don Bernard Shaw.

En otras oportunidades estoy demasiado despierto. Amo, por ejemplo, en el dulce tiempo de la primavera y el estío.

Sueño en otras ocasiones: evoco.

—¿Y después?

—Contemplo. Rumio los sentimientos y las sensaciones, las recuerdo, las saboreo gozosamente y—en una de esas es lo peor que hago— hasta las transformo en literatura.

—¿Y eso de los santos?

—Verá Usted. La conocí al azar. Se llamaba Mónica. Un bello nombre dulce, con algo de sagrado. No en balde, en italiano, significa o se aproxima a la denominación de esas abnegadas criaturas que se ponen humilde y apasionadamente al servicio de Dios. Era, como le adelanté, bella, católica y sensible. La noche que le declaré mi volcánico amor, quiso atenuármelo retirando uno de mis brazos de su cintura—los dos ya era mucho— e insinuándome bálsamos de disciplinas y sedantes de agua bendita.

Terminó por pedirme que me confesara.

Ruborizada me rogó que lo hiciera por los dos.

Yo no le podía negar nada.

Ferviente discípulo suyo, hasta le hice de personero.

Y tuve el cielo abierto y, especial y afortunadamente su casa, donde me familiaricé con los santos e intimé con los demás habitantes de la corte celestial y sus alrededores.

—No le entiendo.

—Me explicaré. Entraré en detalles. El primer beso, señora, se lo tuve que aplicar ante Nuestra Señora la Virgen María, porque ella lo volvió un voto a la Dolorosa. Y luego, aplicado alumno, los siguientes los ponía—por riguroso orden— a los pies o a la guarda de las demás criaturas sobrenaturales que poblaban su bendita casa.

Aquello era un santuario.

En la puerta de entrada, humillados ante nuestros pies, nos recibían una cruz y un Salve, ceremoniosos, y, cuando se levantaba la vista, un Nuestro Señor Jesucristo, de mirada lánguida, de ojos azules, de rubios rizos y de barba florida, abría los brazos y nos sonreía, como diciendo:

—Entra, hijo.

Y yo, yo no me hacía rogar, y entraba.

En la sala se aglomeraban Santa Clara de Siena, Santa Genoveva de París, San Luis Gonzaga, San Francisco de Sales, San Ignacio de Loyola, San Roque, San Juan, el Bautista y San Juan de las casas blancas, Santa Carmen, Santa Agata, la Magdalena y San Severín del Monte y ceso la enumeración porque, si me fuese a acordar de todos, tendría que repetir íntegra la Guía del Siglo del Cielo.

En su dormitorio, aparte del Corazón de Jesús, nos conmovía un descendimiento y un "Viaje a Egipto" y en el comedor, junto a un oportuno cuadro de la multiplicación de los peces, nos edificaban los patéticos pasos del Calvario.

No se podía girar la vista hacia un lado u otro, que no se topase uno con un Pobrecito de Asís, un San Antonio de Padua un San Lorenzo, asándose en la parrilla, una parábola bíblica o un pasaje del Antiguo Testamento.

Era una casa que resumía santidad hasta los cimientos.

Y nuestro idilio, a cada paso encontraba razones para purificarse más y más.

Cierta vez mi adorada me expresó un vago temor:

—Julito, se me ocurre que el furibundo Cristo que está echando a los mercaderes del templo nos observa con insistencia.

Yo la tranquilicé:

—Mi ricura, se explica, intenta tranquilizarnos mientras expulsa a esos tipos, para dejarnos solos.

.....
Entre caricia y caricia, en algunas oportunidades, me susurraba, preocupadísima:

—¿No incurriremos en pecado, aquí, frente a Jesús, verdad?

—Absolutamente.

—Sus ojos parecen humanos.

—Lo son.

—Parece que nos estuvieran mirando.

—Lo admito perfectamente. Pero todas esas celestes miradas y esos gestos clementes y tiernos se traducen en la misericordiosa y dulcísima frase cristiana:

—Amaos el uno con el otro.

Y obedecíamos.

Continuábamos amándonos.

¡Con toda el alma!

¡Encantados!

Tan fervorosa y respetuosa creyente como devota, tardes había en que la doncella pudorosa, sorprendíame con un voto:

—Hoy nos colocamos bajo la protección de San José Calazans.

Y arrastrábamos el sofá pullman bajo la paternal benevolencia del ejemplar señor.

Sin embargo no faltó noche en que ciertos tan extremos como sutiles escrúpulos, derivados de gratuitas interpretaciones de la Anunciación, la hicieron cubrirse el bellísimo rostro ante Jesús crucificado y repetir con sagrado temor:

—¡Y si se me aparece la Paloma!

La primera vez que le surgió tal ocurrencia, lejos de

su verdadera interpretación religiosa, confundí su sentido y excitadas mis ardientes aficiones cinegéticas, le contesté:

—Pues, hija, un buen tirito de escopeta y a la sartén el bicho.

Fué un lío.

Primero la niña amagó un desmayo.

Le hice fresco con su abanico.

La reanimé.

La conforté.

La tomé entre mis brazos.

Entonces Mónica, bañada en llanto, gimoteando, me reprochó que yo no tomaba nada en serio.

¡Decirme eso a mí, que ya hacía casi tres meses que la amaba!

Con lágrimas en los ojos ensayé una serie de juramentos, tomando por testigo a San Jorge, que allí estaba frente a nosotros, empuñando la lanza y mirándonos con pésimas intenciones.

Pero fueron más, muchos más, los felices y deliciosos momentos, que los borrascosos y por cierto que, con mi novia, —que, repito, me duró la entera temporada—, y la excelente compañía de los santos, gocé una de las más encantadoras e inolvidables vacaciones estivales.

—Veo que no la olvida ni a ella ni a la compañía.

—Sin duda alguna. Mi memoria es muy agradecida.

—¿La traicionó Usted? ¿Terminaron esos amores?

—No. Los amores son como los trajes, que a ustedes hacen tan atrayentes, elegantes y seductoras. Se estrenan, se llevan una vez, dos; nunca una temporada.

¿Se pone Usted, por ventura, los trajes viejos?

Eso no significa que se hayan muerto.

—¿Sufrió mucho la niña?

—No se puede sufrir cuando hay un tan inmenso acopio de agradables recuerdos.

—Son ustedes muy desaprensivos, suspira mi interlocutora, que agrega sentimentalmente:

—¿Quizás la desencantada, dada su íntima religiosidad, tomó los hábitos?

—Nó, señora, se casó... Casó con otro —como se decía antiguamente— y no debía tener una tan pésima impresión de aquellos maravillosos y deliciosos tiempos de dicha y de poesía, desde que, a su primer niño, evocando nuestros amores, ¡casi sagrados!, lo bautizó con el nombre de todos los santos.

—¡Cómo!

—Sí, el chico se llama Todos los Santos Pérez.

Y le ha quedado muy lindo el nombre al nene.

LA VOLATILIZACION

(Del cuentista italiano Concettino Caffuri.)

Dada mi conformación mental y congénita dificultad de comprensión para lo abstracto, la metafísica y las matemáticas puras, me considero el menos autorizado para transmitir las trascendentes revelaciones motivo de estas líneas.

Sin pretensión alguna y quizás por una mera coincidencia o por una inexplicable predestinación, es fuerza que hable, pues no creo que nadie, fuera de mí, haya sido elegido para ciertas confidencias misteriosas y para la comprobación de algunos hechos que llevaré al conocimiento público.

No lo realizo sin justificados escrúpulos.

Me temo la frustración de mi bien intencionado propósito.

Lamentaría que esto no excediera de un balbuceo y declaro que mi audacia se respalda exclusivamente en la comprobación de que todos los progresos, las renovaciones, los grandes descubrimientos, que impulsan fatídicamente la marcha de la humanidad, comienzan así.

Se sufre la desaprensiva propensión de sonreír ante los comienzos de un invento: de la locomotora, el avión, el séptimo arte.

El común de las gentes se burla de las máquinas rudimentarias, como asombra el enorme lapso de tiempo que necesitaron nuestros antecesores para encender el fuego o crear la rueda.

Muy cerca nuestro, en nosotros mismos, en el niño que fuimos hasta antiayer, está entre la niebla de su nebulosa de carne la primer mirada inteligente, la inicial sonrisa de satisfacción, el da-da de su conato de expresión, el torpe y gracioso paso incierto.

Ni científico ni filosófico, ni siquiera preocupado investigador del misterio de las cosas y de las almas, cuando mucho vulgar curioso, simple diletante, confieso una instintiva resistencia a lo esotérico y a las sutilezas dialécticas que comprueban lo inexistente o niegan, con rotunda seguridad, la evidencia de lo físico, de lo material, comprobable, visible y palpable.

Ante el Profesor Giovanni Gentile, filósofo de peso, que, —en una conferencia, mientras hundía las tablas del piso del escenario desde el cual peroraba y resollaba, enjugándose el copioso sudor que le brotaba de su hermoso cuello de paquidermo—, afirmando:

—Todo es sueño. No ser. Yo existo, pero no existo. Yo, ustedes, todo, es pura apariencia...

...Yo estaba completamente en ayunas.

Entendía los vocablos: sueño, existo, apariencia, pero no podía asir su esencia, su contenido.

Los razonamientos, de ese famoso discípulo de Hegel en vez de convencerme, me provocaban un galimatías embrolladísimo y me producían lo que él consideraba la más ajustada definición de las cosas: sueño.

No tengo empacho en agregar que de otras excursiones por los áridos y abstrusos campos de la filosofía, por lo general he regresado bostezando o luego de haberme dormido una siestita sobre las densas, profundas y eruditas páginas magistrales.

No era yo, pues, el más indicado para recibir la visita del señor Kamajasura Henddai Apheny, con su impresio-

nante vestimenta de paños blancos, el enorme merengue de su complicado turbante y sus flacos y negros dedos de araña, que me daban la sensación de que hablaban y agregaban algo a las sobrias frases que el exótico personaje me iba repitiendo, quedo, suavemente, aunque con una asombrosa eficacia de convencimiento.

Además, gran parte de la conversación del distinguido caballero hindú, con quien tuve la entrevista a que me refiero, se reducía a dulces miradas extrañas y a sonrisas desoladamente tiernas y tristes, que me producían un efecto sobrenatural, extraterreno, que denominaría angélico, si creyese en los jóvenes ángeles.

Cuando lo interrogué sobre el objeto intrínseco de su visita, el hombre, con neta precisión y meridiana claridad, me declaró que él era la luz y que venía a despertarnos.

Pensé en el amanecer, en un reloj que de pronto deja escapar el escándalo de su timbre de alarma o en el sereno particular, que llama con los nudillos en los cristales de la ventana, cuando tenemos que hacer un viaje.

Me sumergí en esa abstracción que me gana cuando oigo música; experimenté mi característica fiebre imaginativa y me sentí arrebatado por un torbellino de formas, de colores y de armonías, terminando por verme como una masa informe, como una opaca nebulosa, en cuyo fondo existía un oído sensible y delicadísimo, pero tan envuelto en nubes, amontonadas como capas geológicas, que me hacían temer que jamás sentiría el repiqueteo del despertador.

Mi huésped, —sacerdote, religioso, fakir, iniciado o Dios que lo creó,— continuaba disertando y se refería a lo único que, según su ciencia o su dogma contaba: el alma.

Como uno posee su vanidad y siempre presume de saber algo y siente el secreto halago de darse aunque sea una ínfima importancia, yo le agregué:

—No hay que olvidarse de la inteligencia.

El me completó el pensamiento, aclarando:

—La inteligencia es ambición, presunción y malicia. El alma es lo esencial. En su periferia está lo superfluo y lo vacío: adorno, arma, enfermedad, vicio.

Hombre de mi época, al fin, interrogué, desesperadamente angustiado:

—¿Y la ciencia y el progreso?

Mudo, con sus gestos lentos, extrajo de entre sus ropas una cajita dorada, una especie de cofrecito sin cerradura, aunque cerrado herméticamente y me lo alargó:

—La ciencia... lo contrahecho... la magia. Sí. Misterios que a veces el hombre, sin conocerlos y dominarlos, maneja como un juguete peligroso. Tanteos, interrogaciones. En este recipiente hay una respuesta. Hemos conseguido aislar y concentrar el éter volatilizante. Hemos encontrado el medio para restituir a su fin, al universo y en consecuencia, a la criatura humana. Hemos descubierto el sendero. Hemos vencido a la materia.

—¡Ah, muy bien!, aprobaba yo. Natural, había que hallar el sendero, pero juro por la sagrada ceniza de mis abuelos, que no entendía absolutamente nada.

El exótico personaje se curvó ante mí en una solemne reverencia. Sin darme la espalda, volviendo su sonrisa más cordial y su dulce mirada menos triste, se fué retirando, silencioso, dejándome la famosa cajita entre las manos.

Yo me quedé indeciso, desconcertado, desorientado, atolondrado.

Sentí una imperiosa necesidad de verme, de oírme, de comprobar que vivía y estaba despierto.

Hablé en voz alta, me contemplé al espejo, me puse de pie, caminé y terminé por llamar a gritos a mi esposa.

Cuando ésta estuvo en mi presencia, ansioso, angustiado, desesperadamente, la interrogué:

—¿Lo viste? ¿Lo viste, verdad?

—¡Sí! ¡Sí! Si yo lo hice entrar; y comentó, entre curiosa y tranquilizadora:

—¿Pertenece a algún cuadro filodramático?

Apretando entre mis dedos la cajita, sin responderle a mi mujer, exhalé un suspiro de alivio, convencido de que si no me libraba de la alucinante impresión que me oprimía, estaba seguro que me hubiese trastornado seriamente.

Me siento transfigurado.

Luego de la visita mis pensamientos y mis sensaciones poseen una inédita cualidad para la cual no encuentro sentido adecuado en el que se acomoden. Es algo así como una diafanidad mental y espiritual, que me descuaja interiormente y me hace flotar en un apacible río de sueño y de música.

Físicamente parezco ingravido. En lo espiritual, hiperestésicamente emocionable y tierno.

No he revelado a nadie el secreto ni enseñado la cajita, que, como es tan diminuta, la llevo siempre conmigo.

La he examinado y he meditado mucho sobre el suceso.

No me he atrevido a abrirla, pareciéndome, por otra parte imposible, en razón de que el adminículo no tiene ajuste, cerradura ni señales que den la probabilidad de su apertura.

Temo comenzar a manipularla en casa, pues desearía que nadie me sorprendiese en esa tarea.

La femenina curiosidad de mi mujer y hasta la probable, celosa sospecha de que pudiera ser el obsequio de alguna dama me tiene sobre ascuas.

Tendré que procurarme la seguridad de un sitio bien tranquilo y secreto para llevar a cabo tal propósito.

Tengo la singular ocurrencia de que el lugar más indicado es la Capilla Sixtina.

Generalmente, aquello está en una soledad absoluta.

Es muy poco concurrido.

Aparte de alguna inglesa loca y de esos tipos ridículos que se echan de espaldas en el suelo para mirar con sus prismáticos las rajaduras de la bóveda donde lucen las descoloridas pinturas de Miguel Angel, allí no hay nadie casi nunca.

No se encuentra ni siquiera el guardián, que, para respetar los avisos de "se prohíbe fumar", a menudo se escapa a chupar sus tagarninas por los rincones.

Luego del desayuno, a primera hora, me dirijo al Vaticano.

No me distrae la armoniosa columnata que adorna la plaza monumental ni la gracia de pluma de cristales de las fuentes gemelas ni los guardias suizos pintorescos, con sus chaponas y sus calzones azules y amarillos y sus lanzas inútiles, cuidando la entrada del Palacio Papal, allá a la derecha.

Pero, piadosamente, quiero visitar primero la Catedral. Sombrero en mano, entro en San Pedro.

Mis pasos retumban extraña y sonoramente en el templo vacío.

Por costumbre me inclino, respetuosamente ante el Apóstol; luego repito mi reverencia ante Jesús, Nuestro Señor, frente al cual extraigo de mi bolsillo la cajita.

Me he munido de un cortaplumas para tratar de descubrir lo que contiene en su interior.

No era allí donde me proponía efectuar la operación, pero mi impaciencia me fuerza a comenzar lo que me resulta inútil forcejeo.

Cristo, desde su cruz, me mira compasivo.

Se dijera que me alienta.

—Adelante, hermano.

—Así se empieza, reflexiono yo.

Luego me resuelvo a consultarlo:

—¿Cómo se abre esto? Tú, que todo lo puedes...

Estoy implorando una respuesta cuando, en la catedral irrumpe una tropilla de turistas norteamericanos, con su cicerone y correspondiente megáfono.

Huyo hacia la Capilla.

Está vacía.

Por suerte.

Infortunadamente descubro que nó.

Hay un tipo.

Pero es uno solo que, curvo, en el pavimento, al pie del altar, musitando latinajos, se agita apenas, en un estremecimiento de paños blancuzcos.

Debe ser un poseído —en el buen sentido de la expresión— un místico, uno de esos sujetos que se toman las cosas a pecho y que no despiertan de sus éxtasis aunque pase sobre ellos la avalancha de una manada de elefantes al galope.

Insisto en la apertura de mi caja.

Si no le hallo una tapa destacable, resolveré horadarla.

Sea como sea, terminaré por abrirla.

Absorbido por mi preocupación, cuando siento que me tocan un hombro, alzo la cabeza para rechazar a quien me molesta, pero descubro al guardián, que me observa con modales bastante groseros:

—¡Imbécil, cómo se ha metido usted aquí! ¡No sabe que no es hora de visita!— ¡Salga de inmediato, si no quiere pasarlo mal!

Y me agrega entre violento, solemne y espantado:

—¡A lo que se ha expuesto! ¡No sabe que este es el instante en que, a veces, El viene a orar!

—¡El! ¿Quién? ¿Quién es él?

—¡Su Santidad!

Escapo de estampía.

Escapo, obturando con un dedo el agujerito que había conseguido hacerle a la cajita de marras.

A la mañana siguiente, cuando abro mi diario, casi me desmayo frente a la sensacional noticia:

“¡Asombroso suceso! ¿Crimen o milagro? ¡Han desaparecido misteriosamente de la Capilla Sixtina y de la Iglesia de San Pedro: Cristo, el Papa, y un guardián! La cristiandad conmovida. La policía averigua”.

Luego de los llamativos titulares enormes, se tejía una complicadísima novela, en la que intervenía la religión, la masonería y la política internacional, formulándose consideraciones macarrónicas y disparatadas.

A mí no se me citaba.

Hacían alguna insinuación a los turistas yanques, cuyo equipaje recomendaban intervenir y revisar y se mencionaba la posibilidad de oscuras luchas entre imperialismos rivales.

Se tejían las más absurdas leyendas.

Y como en el caso de los platos voladores, no faltaba quien asegurase que había visto ascender al cielo tres bultos muy sospechosos.

En tanto la gran cruz de San Pedro, de la cual otrora colgaba, desgonzado, flácido y sangrante, el Rabí de Galilea, estaba huérfana de su divino cuerpo.

En el sitio donde se suponía estaba orando Su Santidad, restaban sus hábitos, su rosario, sus anillos, las hebillas de oro de sus zapatos, faltando la ropa interior. El cronista no podía imaginar la razón de la ausencia de las prendas íntimas. Para mí existía una clarísima explicación. El casto Vicario de Cristo en la tierra, por razones de pudor se habría resistido a presentarse en cueros ante la Corte Celestial.

Del guardián se halló toda la ropa, comprendido el uniforme reglamentario, un medio cigarro toscano, un cuernito de coral contra la “getta” y un carnet del Partido Comunista, lo que hizo entrar en profundas sospechas a las autoridades.

Yo tomé la cajita —cuyo agujero había tapado con masilla— de abajo de la almohada y llamé a mi señora:

—Cesira.

A pesar que estaría ahí, a cuatro pasos, la sentí venir como de una lejanía sin fondo. La sentí venir a través del espacio y de las paredes, con movimientos retardados y remotos, semejantes a los de esas películas cinematográficas, cuyo ritmo lentísimo, casi imperceptible, se dijera que está hecho de preámbulos. La iluminaba beatíficamente una sonrisa estereotipada, larga, dulce y triste.

No tuvo tiempo de interrogarme para qué la llamaba. Yo tampoco lo sabía.

De pronto al llegar a la mitad de la habitación, se deshizo —no se deshizo— cual si se gastara, como si fuera de niebla.

Con silenciosa gracia de espuma que se diluye, se acordearon, hasta desaparecer, sus femeninos vestidos.

No hizo ni humo.

No dijo ni ¡ay!

¡Voló al cielo!, como de algunos inocentes dicen ciertos religiosos en los avisos mortuorios.

¡Cesira era una santa!

Sin dejar de sentirla, —¡vaya si la sentí, profundamente, intensamente, como un marido que se respeta y sabe su oficio!,— fui al teléfono y llamé al doctor Scalígero, nuestro médico de familia.

—¿Qué sucede?

—Mi mujer.

—¿Qué pasa?

—No le pasa nada.

—¿Se siente mal?

—Ya no se siente más mal.

—¿Y entonces?

—Es que encontró el sendero. Se restituyó. Se volvió alma. Se volatilizó.

—¿Pero qué dice usted? No le entiendo. ¿Qué sarta de absurdos me está enhilando?

—Es que se esfumó, doctor.

El médico, recomendándome tranquilidad, me rogó que le concretase el caso, que le diese precisas explicaciones.

Yo le expuse mi punto de vista:

—Doctor Scalígero, quien tiene que resolver el caso es usted. El técnico es el natural administrador y clasificador de ese y de cualquier fenómeno que tenga que ver o se relacione con la cesación de la vida.

—¿En resumidas cuentas, falleció la señora Cesira?

—Es lo que yo me temo y, por las dudas, necesito urgentemente un certificado que lo atestigüe.

—Yo no puedo extender el documento sin saber de qué murió.

—Pues venga a investigarlo. Aquí está lo que resta de ella: el forro, el estuche, la crisálida.

El galeno llegó volando con su valijín, su termómetro y una extraña blusa de grueso género gris, sin mangas. Mientras me disparaba algunas preguntas inconexas, se acercó —con bastante temor— a tocarme la frente y a tomarme la temperatura.

—Yo estoy en perfecto estado de salud, doctor.

—La desgracia podría haberlo afectado.

—Lo único raro es... Y le hice, en secreto, algunas vagas confidencias sobre la cajita.

Palideció.

Se resistió a que se la enseñara.

Le informé que, aparte del agujerito, tapado con masilla, no tenía otro desperfecto.

No se mostró tranquilo.

Abundó en deducciones y explicaciones y trajo a colación la ósmosis y los flúidos y los humores simpáticos y como es un señor de ideas avanzadas, que cultiva relaciones ocultas con una poderosa potencia extranjera, luego de ensimismarse un momento y mirarme fijamente, como si me quisiera hipnotizar, me conminó:

—¡Caffuri! ¡Yo soy su amigo! ¡Pongamos las cartas sobre la mesa!

—Doctor, yo no tengo correspondencia con nadie.

—Nó, nó. Vamos a hablar claro: ¿cuánto quiere por el secreto?

—¿Por qué secreto? ¿Por la desaparición de mi señora esposa?

—Nó. Usted sabe a qué me refiero. A la revelación del hindú.

Y, con una vertiginosa verborrea, como si yo tuviera en el bolsillo la bomba de hidrógeno y los detalles de su

fabricación, comenzó a divagar y a formular hipótesis y a suponer fenómenos y a predecir extraordinarios acontecimientos.

—Volatilizados los aviadores. Esfumados los servidores de los puestos de comando automáticos. Desaparecidos los Estados Mayores. Evaporados los millones de soldados antes de disparar un solo tiro... Porque, de pronto, mi querido Caffuri, los cañones, las ametralladoras, los fusiles, las plataformas de los cohetes, los cascos de acero, los uniformes, los correajes, los zapatos, los vehículos!... De pronto —¡fippps!— se quedarán vacíos, solos, huérfanos, abandonados!

¡Pero usted calcula, comprende, se da cuenta, Caffuri!

El mundo es nuestro.

Tendremos el dominio total.

El imperio del universo.

E insistió:

—¿Me contesta?, y afirmó resuelto, enérgico, como si martillara las frases:

—¡Usted me tiene que contestar! ¡Y aceptar!

—¿Quiere ver la caja?, respondí echando mano a ella.

El doctor Scalígero dió un salto hacia atrás.

—De inmediato le envió el certificado de defunción.

Pero guárdelo y no revele a nadie lo que ha pasado.

Voy por la clave secreta a casa y telegrafía.

No se mueva de aquí hasta nueva orden.

Y echó a correr, desaforado, escaleras abajo.

Me dejó solo.

La sucesión de tremendas emociones me había hecho olvidar que esa mañana, recordando una fecha íntima, le había enviado un mensaje por avión atómico, a mi herma-

no, que está en Farrilandia, desempeñando una altísima misión en el ejército de ese país.

Mi radio automática que, como de costumbre se puso a transmitir por su cuenta, me guiñó su ojo mágico y empezó a chillar:

—América del Sur. América del Sur. Atención. Importante. Sensacional acontecimiento. Extraordinario fenómeno. En Murgópolis, capital de la República de Farrilandia, ha sucedido un hecho inaudito, un suceso realmente extraño, que tiene desconcertado, consternado y al mismo tiempo atemorizado profundamente a todo el pueblo.

Hoy, el Excelentísimo Señor Presidente de la República, antes de presidir su habitual reunión del Consejo de Ministros, quiso felicitar personalmente al soldado de cazadores del batallón Nº 1., que ayer realizó un acto heroico, salvando la vida del Primer Magistrado de la Nación.

Cuando el citado personaje se acercó al tropa y cordial y democráticamente le estrechó la mano con intención de espetarle un discurso, se le vió palidecer, ponerse rígido y luego desmoronarse, pese a los tan solícitos como inútiles auxilios de los circunstantes, entre los que se hallaban algunos médicos.

El Presidente se evaporó prácticamente hablando, mientras al soldado le acecía idéntico accidente.

Del primero sólo restó el oro del escudo bordado en su banda presidencial y dos dientes postizos.

De entre las ropas pintorescas, coloridas e históricas del infante se extrajo un papel, que resultó ser un aviograma proveniente de Roma, Italia, que decía:

“Auguri. Stop. Tante cose al Presidente. Stop. Concettino. Stop.

INCONVENIENTES DEL ALCOHOLISMO

Don Antonio Cobo era un hombre irreprochable. Serio. Correcto, Cumplidor. Y devoto.

No transgredía, conscientemente, ninguna ley ni divina ni humana, pero como nadie puede ser absolutamente perfecto bajo la faz del sol, él amaba y con reconcentrada vehemencia, rendirle culto a Baco, con la salva, cuanto menos, de media docena de cotidianos cañonazos dobles.

Los compañeros de oficina de nuestro dignísimo amigo habían perpetrado el fácil eufemismo, derivando la palabra cañonazo, de un arbitrario aumentativo de caña, glorioso y benemérito menjurge alcohólico, al cual si no se le ha erigido su merecido monumento nacional, por cierto que éste existe en el agradecido corazón de un millón de orientales de ambos sexos.

Ofrecía, pues, don Antonio, su punto flaco, que lo mantenía bastante gordo, y si bien al principio, en su inclinación bebestible, le surgieron algunos escrúpulos, que alimentaba y cultivaba su propio confesor, de la dilucidación del punto con este santo y erudito varón, desembocaron en una absoluta tranquilidad de conciencia con respecto al trasiego espiritoso.

Verdad era que entre los sagrados mandamientos se contaba aquel que condenaba la gula, pero de concierto y con recomendable criterio e inflexible lógica, concluyeron que el pecado consistía en el engullir y no en el ingurgitar.

La Santa Madre Iglesia no podía sutilizar al extremo de poner en tela de juicio dos o tres copejas de excelente

sangre de Cristo que los sacerdotes consagrados se echaban al colete durante el oficio de la Santa Misa.

No podía poner a la Biblia en el Index por las revelaciones de las actividades de Noé, del cual, los italianos, cuando —los sábados y domingos— van por el cuarto litro, que no es lo mismo que un cuarto de litro, informan:

“Viva la facia di Noé
al piantar la vigna!”

Revelan, pues, un acto que es el preámbulo de la elaboración y consumisión del mosto.

Además unos piadosos y purísimos hermanitos poseían viñedos y bodegas en opima producción en el Manga y en Colón, habiendo estos últimos bautizado sus productos con el apelativo casi sacro de “Vinos del Viejo Noé”. Y no hablemos del benemérito Padre Engelbert, que en Progreso, con vinos picados, que adquiere por una bicoca, es fama que compone los champañas más deliciosos que se beben en el país.

Luego no era el caso provocarle violencias al venerable Monseñor, jefe de la iglesia uruguaya que, en sus relaciones mundanas, se veía forzado a asistir a banquetes y cuchipandas aristocráticas, donde los distinguidos comensales derrotaban con singular denuedo ejércitos de botellas de whisky, de jerez, de champaña y otros sabrosos jugos.

No era elegante que interrumpiese una sonrisa amable o una fina frase ingeniosa, persignándose cada treinta segundos, porque una damisela o un tirifilo doblase el codo con el más correcto y pulcro de los gestos.

Se afirma que de todo ese pleito surgió un voluminoso expediente, con llamadas a versículos bíblicos, con citas de Omar Kayhan y frases en vetusto latín, cuya conclusión,

bastante inocua, fué que las cosas continuaran como de costumbre. Se admitió que la única copa a beberse en la sagrada misa podía tener mayor capacidad y que, en cuanto a lo demás, se recomendara parsimonia y moderación, respetándose la santa voluntad de cada uno.

Y así andamos...

Rectamente.

Salvo las curvas de algunas eses.

Don Antonio Cobo jamás se ha excedido hasta el escándalo.

Es como esos ingleses que se embriagan sólo entrecasa.

Además, él anota sus traspiés y se confiesa a posteriori.

Y continúa.

Su confesor, insistiendo en la clásica sentencia de que no es malo lo que entra, sino lo que sale, lo convence fácilmente que con el alcohol sucede exactamente lo involucrado en la máxima.

Es que en realidad no existe nada más inocente, cuanto penetrable, que un vaso de dorada cañeja, que un rosario de jarras de cerveza o algún litrejo de reconfortante y perfumado vino, cuya roja transparencia semeja líquidos rubies.

Sin embargo entre ese candor y ese voluptuoso deleite deben deslizarse esencias demoníacas, imperceptibles gérmenes maléficos, sugerencias sensuales, que relegan a secundario término las buenas intenciones y los puros propósitos, permitiendo que nazcan, se despierten o avancen los dormidos instintos, los torvos deseos, las oscuras apetencias tenebrosas.

Don Antonio interrogaba cierto día al sacerdote:

—Diga, padre, usted cree que ese estado que se denomina ausencia de la razón, separa el alma del cuerpo y afecta exclusivamente a este último?

—Tengo mis serias dudas. Y, opinando, abrigo el temor de incurrir en sacrilegio.

—La sensación dichosa, el plácido bienestar, el buen humor eufórico que disfrutamos cuando subimos al plano del séptimo cielo (esta celeste imagen nos define al protagonista a la altura del cañonazo septeno)... no contagiara a nuestro espíritu?

—No sé qué responder. Esa "alma embriagada" a que se refieren los poetas, siempre me ha sonado a irreverencia. No olvidemos que el alma es el único camino de comunicación con Dios que poseemos.

Don Antonio reflexionaba:

Es lógico, que, si continúa el bombardeo esa senda va a quedar a la miseria.

El fraile, que dentro de su discreción y moderación no dejaba de ser un excelente catador, recordó el "bon vin" del Arcipreste, contra su voluntad se le hizo agua la boca y en un comentario de aplicación múltiple, concluyó:

—La carne es flaca. No dejar de lado el control y la cautela es lo aconsejable.

Descontadas esas minucias, don Antonio Cobo era realmente un elegido, un cristiano intachable, un ser sin defectos y sin fallas. Y, en consecuencia, un seguro candidato al paraíso.

Aunque se largara con lista propia.

Aun sin procurarse recomendaciones o indulgencias.

La bendición papal, la paz del señor y los santos sacramentos, tendría que recibirlos por derecho propio aunque no los solicitara. Eran consecuciones inherentes a su permanente estado de gracia, por lo que, cuando un ómnibus,

en plena Avenida 18 de Julio, lo arrolló, lo descuartizó y lo fletó para el otro mundo, se fué derecho al cielo. Por el ascensor de la muerte su alma ganó las alturas. Pero iba haciendo esos. Completamente ebrio.

Bailaba una conga, de la cual perdía el compás, porque se le complicaba con la letra de una machicha brasilera en boga:

"Mamá, eu quero; mamá eu quero!"

Llegó a las puertas del Edén y sin siquiera llamar, se coló de rondón.

El escándalo que se produjo fué mayúsculo.

Allí es de orden guardar compostura.

La clientela sabe perfectamente que le puede ir en ello la gloria futura.

Todos marcan el paso...

Don Antonio estaba "de atar".

Un trapiés tras otro, tan pronto se tomaba de la cintura de una Virgen y le decía:

—¡Mancha! Tienes que ir a contar hasta treinta, tapándote los ojos...

Como se prendía de un farol de la iluminación pública y se disculpaba:

—¡Perdone, caballero!

Lo atajaron para pedirle los documentos y se les rió en la cara a los de la Policía de Investigaciones Celestes.

—¿Che, de qué están disfrazados ustedes? ¡Qué ricos tipos, no molesten a los ciudadanos!

—Vamos a tener que detenerlo.

—Se cuidarán muy bien. Después de todo lo que me he tenido que aguantar allá abajo, me van a salir con que necesito pasaporte!

Hitler, Perón, Mussolini y Stalin, que andaban juntan-
do papeles, haciendo obstruccionismo, confundidos con la
muchedumbre, vociferaban:

—¡Abusadores!

—¡Que lo dejen!

—¡Pobre señor!

—¡No hace mal a nadie!

—¡Belicistas! ¡Guerrerristas! ¡Hambreadores! ¡Viva la
paz!

El pueblo se puso unánimemente de parte de Don An-
tonio y un batallón de santos que vino de refuerzo de los
agentes no sabía qué hacer.

Corrieron a llamarlo a San Pedro.

Fué peor.

Nuestro amigo, en uno de sus incontrolados vaivenes
se le fué arriba y se le prendió de sus blancas cuanto vene-
rables barbas, chillando:

—¡Viejito de la pera! ¡Te van a confundir con un judío
y te van a cortar la chiva!

El portero sagrado, rojo, ahogado, apenas podía conte-
ner su justa indignación.

Entre San Lucas, San Marcos y San Mateo, se lo sa-
caron de arriba, a tirones.

A don Antonio, subrepticamente, un quinta columna
le alcanzó una pistola automática y hubiera hecho un des-
aguisado, si en aquel momento no acierta a pasar María
de Magdala.

El viejo bandido, —¡mire lo que se traía en el subcon-
siente!, —comenzó a hacerle guiñadas y a sonreírle de una
manera tan picaresca, que desprestigió todo el movimien-
to subversivo que los agitadores de río revuelto estaban or-
ganizando con tanto éxito.

San Jorge, que era el Jefe de Policía, mandó entrar en

acción las mangas de agua helada de los bomberos y los
santos dispararon sus bombas de gases lacrimógenos, que
arrimolineó la multitud, la confundió y dispersó, dando lu-
gar a que la perrera policial, reclamada de apuro, enlazara
a don Antonio y lo condujera a la Cárcel Central.

Telegrafieron al Papa sobre el enojoso asunto.

No querían admitir al escandaloso.

Lo devolverían a la tierra.

¡Cómo se había dejado subir a semejante ejemplar!

Explicaron que el viaje había sido accidental, impre-
visto.

Insistían desde abajo:

—Es un varón ejemplar. Y aprovechando esa venialí-
sima transgresión de la templanza, manifestada por su dis-
culpable debilidad, hasta habíamos resuelto santificarlo.

—¡Pero están ustedes en su sano juicio! ¿Aprovechando?

—Sí. Sacando partido de ello.

—¡Cómo!

—Es que pensábamos hacerlo patrono de bares y bo-
liches.

Monseñor —comprendiendo la manganeta— le hablaba
a San Pedro por teléfono:

—Hay que ser realista, Excelencia Reverendísima. Ten-
ga Su Alteza en cuenta el éxito que hemos conseguido con
San Cristóbal como protector de los automóviles.

El Paraíso, como todo en el mundo, también evoluciona.
Sabemos de buena fuente que la A.N.C.A.P. va a
llamar a licitación para instalar bares en el cielo.

Si las señoras y señoritas modernas y hasta algunos jó-
venes distinguidos descubren que por esas alturas no po-
drán saborear sus habituales cópetines diarios estamos ex-
puestos a que nos declaren un desastroso y ruinoso boicot.

Hay que vivir con la época.

Don Antonio Cobo, experto en beberaje, nos puede ser muy útil.

Es un excelente candidato para gerente general de bares y casinos.

¿No les parece que convendría retenerlo?

Y allá arriba, después de muchos tiras y aflojas —alguien dice que a regañadientes— accedieron, porque el asunto no deja de ser interesante.

No es que la Iglesia se sienta proclive a transformarse en una casa de tolerancia, pero hay que tener cierta fluidez y amplitud.

Se transmiten las misas por radio.

Se aplican diversas tarifas para los sacramentos.

Hemos terminado por aceptar tranquilamente que la gente nace, se casa o se muere según su rango y su bolsillo.

El alcoholismo... bueno, sí... ya sabemos...

Si no lo podemos prohibir, hay que tarificarlo.

Haremos lo que hace el Superior Gobierno con el juego.

Un impuestito.

Y eso sin dejar de tomar precauciones y continuar la prédica.

Es recomendable no beber... con exceso.

En caso contrario, no olviden los colegas, que si llegan a sufrir un accidente en estado de trance y se van al otro mundo sin haber podido arreglar sus papeles celestes, no olviden de preguntar allá por don Antonio Cobo.

Recuerden que es un tipo macanudo.

Y con la influencia que tendrá, estamos seguros que no los va a dejar en la estacada.

EL GRAN TRAICIONADO

Quienes explotan sus propios pecados para corregirse, se alimentan con ellos mismos, como los monos que se cazan y se comen sus pulgas.

—No es a tí sólo, Jehan Rictus, que a la vuelta de una esquina de mala fama o en un descascarado banco de una plazuela suburbana, se te aparece “El gran traicionado”.

No.

Muchos tienen el mismo privilegio o soportan el tremendo castigo, pues, después del accidente, viven inquietos, temerosos y desasosegados.

La mayoría no quiere darle importancia al asunto y se fuerzan en hacerse los indiferentes, en continuar sus pequeñas y tristes existencias miserables, egoístas, mezquinas e innobles.

No todos los prójimos tienen la culpa de lo sucedido, aunque quizás esté en la desgraciada condición humana, en la tremenda limitación de sus conciencias rudimentarias, en sus inteligencias opacas y fáciles al arraigo del absurdo y de lo inverosímil, la causa de todo.

Pero también existe una inmensa responsabilidad en quienes, en conocimiento de la existencia terriblemente peligrosa del misterio, —monstruo de las tinieblas con rostro de ángel, —hayan jugado con él, lo hayan encadenado en los dogmas, lo hayan sometido con falacias o con violencias a sus caprichos y lo paseen por calles y plazas como un

hábil oso amaestrado, que hace piruetas grotescas y baila, torpe, pesado y melancólico.

No tiene nada de extraño que el sutil y calculado subministro durante años, lustros y siglos de una fórmula imaginativa, —tan complicada y oscura como rica de galas, de adornos y sobre todo de promesas sobrenaturales y por ello mismo exentas del control de lo directo y racional—, haya, sino perturbado, confundido un tanto la visión normal y razonable de las criaturas. Estas pasan por el valle de lágrimas con tanta prisa y tan absorbidas por el reclamo de su materia ávida de ansias vitales, tan acuciadas por los subalternos apetitos, tan hambrientas de mórbidos goces, que no disponen de tiempo para detenerse a meditar. Por ello aceptan, sin beneficio de inventario, las ideas envasadas, las creencias en conserva, los sueños del más allá refrigerados.

Y así se cree cualquier cosa, más fácilmente que se duda sobre cualquier idea acostumbrada o cristalizada.

Jugamos con el fuego hasta que terminamos por quemarnos.

Tanto se predicó y se preconizó y se propagaron ciertas invenciones a las que se titula religiosas y se consideran sagradas, hasta que estas tomaron cuerpo y sitio en la conciencia colectiva y el común de las gentes no sólo las admitió, sino que se las asimiló y terminaron por incorporarse y concluir por formar parte de su espíritu y su substancia.

¿Hizo mejores a los hombres?

No.

Quizás los preparó, como un hierro que se calienta al rojo vivo o como una arcilla que se humedece y se hace apta para el fácil y el dúctil manejo y el moldeado.

El prójimo creyó.

Lo creyó todo.

Y como era notoria la preparación previa que le prestó la aptitud para admitir lo fantástico, lo quimérico, lo fabuloso, cuando comenzó a divulgarse la noticia del advenimiento milagroso, que algunos consideraban como una buena-nueva, fácil fué que se comenzara a admitir —como hecho normal— su probabilidad.

Los síntomas surgieron esporádicamente en forma de presentimientos, de sueños, de visiones.

Y empezaron a propalarse como un flúido imponderable e invisible que flotara en la atmósfera.

Se iba a concretar la realidad de una de las profesías más negadas y resistidas, más puestas en duda y controvertidas, de una de las sectas bíblicas.

Regresaría el Mesías a la tierra.

Y se afirmaba que había elegido a Montevideo como estación de retorno.

Señoras beatas —de esas precisamente que odiaban, despreciaban o les guardaban piedad a quienes nos interesábamos por el problema— oían extraños avisos, mientras hacían algún negocio equívoco, recibían secretamente a un amigo del corazón, pasaban un precioso contrabando en uno de sus viajes o recibían —sin decir verbo— un vuelto de dinero equivocado a su favor.

Niñitas cándidas informaban que en sueños se les había aparecido el Salvador y luego de besarlas en la frente, como la tía cuando se iba de sus visitas, les había prometido:

—Hasta un día de estos, en que te voy a traer “una cosa”.

Señoritas con novio revelaban a sus confesores que, en tanto que oraban, se les había aparecido una paloma blanca, igualita a la de La Anunciación y, como ella, en un deslumbrador halo de luz.

Caballeros cristianos, serios, rentistas, dueños de vein-

te casas de apartamentos, reclamados a altas horas de la noche, por el timbre de sus teléfonos, habían sostenido diálogos desconcertantes o recibido anuncios sugestivos.

—¿Quién? ¿Quién habla?

—Jesús.

—¿Jesús qué? ¿Qué desea?

—Es para avisarle que dentro de poco nos veremos.

—Ah, mire, era para informarle que Nuestro Señor ya partió para esa.

—Es necesario que nos indiquen dónde lo podrán alojar.

—¿A quién, señor?

—Al Hijo de Dios. Lo que recomendamos es que eviten establecimientos oficiales de cualquier índole.

Al principio las autoridades eclesiásticas supusieron que aquello bien podía obedecer a la organización sistemática de una broma malintencionada.

Hicieron oídos de mercader.

Pero la ola de información arreciaba.

Los díceres se repetían.

El número de las personas informadas aumentaba.

Las noticias se propalaban con llamativa y aguda insistencia.

Se propusieron contrarrestarlas.

Se imponía su desautorización.

¿Pero, cómo lo hacían?

¿Negarían la probabilidad del dudoso hecho?

¿Harían un desmentido anunciando que no había confirmación del rumor?

¿Afirmarían que aquello no era posible?

¿Pero cómo!

No podían contradecirse.

Si todas sus sostenidas y propaladas creencias se cimentaban y respaldaban en fenómenos fantásticos, en sucesos legendarios, en escenas entre míticas y fabulosas?

No se podían atrever a negar la existencia del milagro.

Lo habían consagrado.

Según un fraile de Flores, el Diablo encendía las guerras.

En Alcañiz, una imagen del Crucificado, cuando venía la primavera, lloraba auténticas y gordas lágrimas.

La Virgen de Fátima se le había aparecido en Portugal, a dos pastorcitas.

Lourdes, con su gruta de prodigiosas aguas curativas, como Loreto y Luján, continuaban abiertos.

S. S. el Papa terminaba de consagrar el dogma de la ascensión, de cuerpo entero, de la Virgen María, fuera de los otros asombrosos y ultraterrenos sucesos de que está plagada la Biblia y que jamás la Iglesia ha desmentido o desautorizado.

Además como el Nuncio Apostólico y el Arzobispo y los Obispos jefes menores y chusma de la nave católica, eran los más papables candidatos para creerse eso y mucho más, ¿cómo se iba a atrever a resistirse a la posibilidad de que el caballero ese nos concediera el honor de una visita?

Mayores y más despampanantes milagros que el prevenido se habían realizado.

No sucesos así, sencillos, amables, naturales, la simpática visita de una persona que, si en verdad era importante, casi extraordinaria y, en lo que a ellos se refiere, fundamental para la organización que representaban, al fin era familiar a todo el mundo y hasta se le conocían los antecedentes.

Nadie ignoraba que era hijo de un viejo carpintero, llamado José y que él mismo trabajó a ratos perdidos en el oficio. Era un mozo llano, humilde, sencillo, amigo de pescadores; conversaba con mucho gusto con las mujeres del pueblo, que iban a la fuente por agua y tenía bien ganada fama de que era propenso a contemplar, considerar y perdonar todos los pecados.

.....
Pero la procesión les iba por dentro.
.....

Los que vieron el fenómeno, afirman que, de pronto, como en la inminencia del Apocalipsis, el cielo se quedó tétrico, retumbaron truenos horrisonos, relámpagos cárdenos y rayos enceguedores se abrieron como enormes granadas explosivas; un pesado viento negro empezó a soplar y las campanas de todas las iglesias —sin que nadie las tocara— a un tiempo mismo, desde las altas torres, volcaron su fúnebre gemir de bronce.

Clamorean las sirenas con su escalofriante chillido de mujeres histéricas.

Y una angustia y una desolación extraña apretó el corazón de los habitantes de la Tacita de Plata.

Todo era agitación y conmoción en los estudios de las radio-difusoras, en las redacciones de los diarios, en las antecámaras de los ministerios, en las mesas de los cafés, en los corrillos de las plazas, en los mostradores de los boliches y en las esquinas de las calles.

Se detuvieron —cual si se paralizaran de golpe— los tranvías, los autobuses, los autos de alquiler, las jardineras de los repartidores de pan.

Alguien recordaba los miedos colectivos de las épocas en que se temía el fin del mundo; las pesadillas macabras, con los bailes o danzas de la muerte, del Medio Evo; los

tiempos oscuros de los amenazadores eclipses, del horror de las pestes, de las hambres, de la invasión de las hordas bárbaras... de las misteriosas amenazas sobrenaturales.

Los templos hervían de fieles y de curiosos desconcertados, que experimentaban inexplicables inclinaciones a balbucear fragmentos de olvidadas oraciones y a un recogido suspenso cuyo significado no alcanzaban.

Señoritas de la mejor sociedad —naturalmente criadas y educadas en el santo temor de Dios— tomando en serio sus papeles, despeinadas, desgarradas las ropas, descalzas, apellotonadas las crenchas en el matete de la ceniza simbólica con la que se las habían cubierto, predicaban el desprecio a los bienes terrenales y, especialmente a las viudas y a las muchachas ancladas en la soltería, les hablaban del Esposo, en franca competencia con la atormentada freudiana Teresa de Avila.

Los doctores y los verduleros, los choferes y los profesores, los carreros y los rentistas, los repartidores de pan y los generales y los ministros y los canillitas y los legisladores y los lustrabotas, abandonaron sus vehículos, sus negocios, sus bufetes, sus salones y se daban mutuamente limosnas, se besaban, vaciaban sus bolsillos y su carteras del dinero que poseían, mientras los tenderos y los almaceneros —¡hasta los mayoristas!— a grandes voces invitaban a la muchedumbre a que se sirvieran a discreción de todas las mercaderías de sus comercios.

Desde las ventanas, zaguanes, balcones y azoteas, se arrojaban muebles, vestidos, cuadros, libros, uniformes condecorados, libros, estatuas, joyas, jaulas con pájaros, bibelots, radios, pianos y perros de lujo.

Sin la decoración tan llena de carácter de las estrechas y tortuosas calles de aguafuerte de la antigua Fiorenza del 1400, se reproducían los exaltados y violentos arrebatos de la mu-

chedumbre, soliviantada por los fanáticos, fogosos y agrios sermones de Fra Gerolamo Savonarola, que aconsejaba que había que purificarse, despojándose de todo cuanto se poseía.

Repetíanse en el arroyo las escenas de aquellarre de los "autos de fe" salvadores que, por medio del fuego, concluían con la soberbia y la vanidad de las inútiles riquezas.

Las damas distinguidas y aristocráticas, que habían volado a la ciudad desde sus mansiones de Carrasco y Punta del Este, les lavaban los pies y les mataban los piojos a los bichicomes de Las Bóvedas.

Y los dueños de boliches, de cafés y de bares y los potentados introductores de bebidas de calidad, ayudaban a los mozos y a los dependientes a descorchar botellas y damajuanas y a volcar licores y alcoholes en la vía pública.

Los menesterosos de ínfima risma y los hambrientos crónicos, sentados en los cordones de las veredas, remojándolos con champán, devoraban manjares, que sólo habían visto en sueños o en las vidrieras de los restaurantes de lujo.

Y busconas mugrientas y desarrapadas y mendigas astrosas y sirvientas y escuálidas jornaleras de fábrica, se envolvían en sedas y en terciopelos, se cargaban de joyas y sudaban bajo los lustrosos tapados de pieles finísimas, mientras se hacían servir por estudiantes universitarios, sendos, suculentos cafés con leche, con pan y manteca.

Los cronistas de los diarios y los de las radios y el servicio de actualidades cinematográficas, con sus teléfonos y sus transmisores portátiles y sus máquinas fotográficas y filmadoras, bloqueaban el puerto, las estaciones de ferrocarril y las centrales de los autobuses departamentales, queriendo ser los primeros en dar la primicia de la información de la llegada del aguardado personaje.

Todos los caminos de acceso a la capital estaban atestados de público y desde las azoteas, millares de curiosos

inquietos inquirían hacia los cuatro puntos cardinales del firmamento, adivinando la aparición de inexistentes aviones. Los autos policiales patrulleros y las moticicletas iban y venían, vertiginosos.

La Policía de Investigaciones destacaba funcionarios en los hoteles, posadas y casas de pensión.

Los sabuesos observaban a todos los transeúntes con el objeto de identificar al legendario huésped, que podía llegar de un momento a otro, hasta de manera imprevista, inusitada y misteriosa.

Los hebreos se reunían en las sinagogas y pasaban revista y se hacían preguntas:

—¿Tú prestarías dinero sin interés, Samuel?

...Que les daban la certeza de que ningún desconocido, extraño a sus costumbres clásicas e inveteradas, se encontraba anómalamente en sus filas.

Innumerables ciudadanos, no contentos con desprenderse de sus bienes, de su dinero, de sus documentos, de sus títulos de renta y otros despreciables papeluchos, quisieron acabar con éstos y les prendieron fuego.

Montevideo daba la impresión de una ciudad incendiada.

Envuelta en una ola de llamas y de humo, de vez en vez —ignoramos si alguien se suicidaba o se quemaban los gatos y los perros—, acres relentes de asfixiantes olores a pelo quemado y carne chamuscada, rodaba pesado por las vías y las casas y el cielo.

Ardían las grandes tiendas, los palacios, la Universidad, los Bancos, los Hoteles, la Biblioteca Nacional, los templos, los archivos, los barcos, los autos, los cuarteles. En estos estallaban las municiones, que encontraban eco en las explosiones sucesivas que se repetían en el Arsenal de Guerra.

Los bomberos se caían de cansancio frente a los sinistros.

Las bocas de tormenta, llenas del alcohol que corría por las calles —a último momento, para no ser menos, la ANCAP (Administración Nacional de Alcohol y Portland), había adherido a la rehabilitación colectiva, abriendo los espiches de sus depósitos de caña y otros tóxicos,— lanzaban resoplidos de llamaradas fulgurantes.

Continuaban sonando lúgubrementemente las campanas.

Seguían aullando las sirenas.

Y un clamoreo, un vocerío, un lamento enorme se levantaba angustioso y dramático sobre la urbe.

¡Cristo llegaba!

Cuando la inquietud excitó al máximo; cuando la tensión nerviosa acabó con todas las reservas; cuando la obsesión de la inminencia del suceso, por su misma culminación terminó por agotar todas las energías, los prójimos se doblaron, ajados y tristes.

Quienes se durmieron donde los anulaba el sueño; quienes se hundían en una inconsciencia de letargo; quienes vagaban en una especie de sonambulismo...

Cuando el fuego, el fuego purificador, terminó con innumerables cosas inútiles...

Cuando ya no quedaban restos de lágrimas, de lamentos ni de suspiros...

Cuando se creyeron muertas de raíz las ansias, las ambiciones, los deseos, los odios, las envidias y resplandeció una alba prístina, limpia y clara sobre la ciudad, se empezó a creer que aquello era Su presencia.

Pero se fué el sol y vino la noche y llegó el día siguiente.

Y los hombres se miraron de costado.

Torvos, evitándose, sombríos, cautelosos, cada uno por su parte, se fueron a revolver los restos, las cenizas, las basuras, para encontrar lo suyo —lo malo, lo mezquino, lo oscuro, lo canallesco— y las armas —la pistola, el acero, la mentira, la traición—, para empezar de nuevo.

Odiaron las mujeres y afilaron sus lenguas y sus uñas. Atacaron los hermanos a los hermanos.

Patrones y obreros prepararon sus armas y sus emboscadas.

Los policías abrieron sus cárceles.

Los ejércitos secaron la pólvora.

Sólo las campanas, —también equivocadas como El, que no se había animado a venir—, continuaron, en emocionada solidaridad, llorando desoladamente, dejando caer desde las inútiles torres vigilantes, sus lágrimas de bronce.

LA PALOMA DE LA PAZ

El disgusto y el bochorno de Dios eran indescritibles.

Si los otros monarcas, sus colegas, no hubieran sido tan egoístas y en un rasgo de solidaridad, aunadas sus formidables potencias, le hubieran prestado su apoyo habrían diezmado, pulverizado a los homúnculos o les hubiesen movido guerra implacable, con grandes probabilidades de éxito.

Aún si el Diabolo se hubiese colocado de su parte y hubiese intervenido con sus diplomáticos manejos maquiavélicos hubieran esquivado el escollo. Es más, sin llegar al crudo y desnudo hecho bélico, con la falta de escrúpulos que lo caracterizan, con un "archívese" oportuno, se hubiese cerrado la incidencia.

Es que se estaba todavía a tiempo.

Con hacer estallar en el aire el avión en que regresaban el Inspector General de Jubilaciones, su auxiliar Martínez y el expedientillo de marras, que consigo conducían, aquí paz y después gloria.

No sólo por su idiosincracia, sino por su línea de conducta y su congénita naturaleza de foco de amor y de manantial de bondad, él no podía tomar la iniciativa de hecho alguno maligno, ilícito o cruento, pero podía cerrar un ojo ante su comisión por interpósita mano.

Lamentablemente a nadie se le ocurrió un acercamiento entre los dos personajes, una consulta, una solicitud de ayuda.

Había plafón bajo de melancolía en el cielo.

Una atmósfera gris enmudecía los pájaros, invalidaba

las brisas, clausuraba las flores, ajaba las plantas, las hierbas y los árboles.

Se veían caras largas; se respiraba aire de velorio; hasta se percibían algunas furtivas lágrimas.

Al Gran Arquitecto se le habían quemado los libros.

Recluido en sus habitaciones privadas, se resistía a ver a nadie y, con el pretexto de una fuerte emicrania, no se había querido levantar de la cama.

Admitió tomar unos analgésicos; se dejó colocar en las sienes un par de medios porotos pallares —excelentes contra el dolor de cabeza— y al dejarle el dormitorio a media luz, se recomendó silencio y que no lo molestaran.

Se corrió la voz que el Señor no “estaba” para nadie.

Pero un imprevisto, singular suceso, que quizás que proyecciones y derivaciones podría tener, había traído otra desusada conmoción al Reino de las Alturas.

Los muchachos santos que se entretenían en la cocina jugando al truco, de pronto sintieron un descomunal alboroto. Los nietos de los gansos del Capitolio, las gallinas y las gallinetas del corral, en un parloteo de temor y de chisme, armaron una espantosa baraúnda, se oyeron las extrañas explosiones de los motores de unos aviones de caza y hasta el característico tartamudeo trágico y terrible de las ráfagas de proyectiles de las ametralladoras de grueso calibre.

—¡Una invasión!

—¡Cómo se atreven!

—¡Es la guerra!

—¡Inconcebible!

—¿Acaso los marcianos, pintados por Wells, habían desencadenado su asalto?

En tropel salieron al patio.

Una rápida y conmovedora escena se desarrolló ante sus ojos.

San Francisco de Asís, con una mano agitaba una bandera blanca, hecha con la falda de su camisa, mientras con la otra, con evidente propósito de protección, apretaba contra su pecho una cándida y azorada paloma.

—¿Qué sucede?

Los belicosos aviadores, frustrada la cacería, y es de suponerse, rabiosos y decepcionados, no atreviéndose a invadir la ajena y sagrada jurisdicción, dieron vuelta en redondo y ya se perdieron, velocísimos, entre las nubes, en dirección a la tierra.

—¡Un fotógrafo! ¡Un fotógrafo!, se desgañitaba San Frangella.

—Como esto va a traer cola, nos hubiese sido utilísimo conseguir un documento gráfico del suceso.

—¿Pero se sabe de qué se trata?, inquirió uno.

—Lo averiguaremos, respondieron.

Y un señor respetable, que tenía una ballena amaestrada y que creo que se llamaba Jonás, dispuso:

—A ver el “poverello”, que es polígloto y conoce el idioma de todos los bichos, que formule la interrogación de rigor.

Se adelantaron el improvisado juez y la encausada.

Santa Cecilia, por afinidad con los signos musicales, reclamó:

—Pronto: unos taquígrafos.

Reanimaron a la paloma, que estaba sin aliento. Un veterinario le tomó las pulsaciones, le dió una inyección e informó:

—Es aconsejable que reduzcan al minimum las indagaciones. Y nada de drogas de la verdad, eh! La chica está muy emocionada y denota una aguda excitación nerviosa,

pese a su depresión marcadísima. Es además hipotensa y su corazón no vale un "pater".

El ave comenczó con sus desgarradores confidencias:

—¡Ah! ¡Lo que he sufrido! ¡Las violencias que he soportado! ¡Los sufrimientos! ¡Las humillaciones! ¡Las vergüenzas! ¡No podía más! ¡Yo no sé cómo no me he muerto! ¡Jamás creí que podría soportar tanta ofensa, tanto ludibrio, tanto tormento moral!

—Concrete, señora.

—Señorita.

—Perdone. Sintetíce. Después entrará en detalles.

—Yo soy la Paloma.

—Nos habíamos percatado.

—La Paloma de la Paz.

—¿Genéricamente hablando?

—Nó. Soy la Paloma de la Paz Soviética.

Ante la inesperada y, por asombrosa, desconcertante información, algunos temblaron, algunos palidieron, algunos huyeron.

No faltó quien previniera:

—¡Cuidado!

—¡Que la revisen!

Y otro, desde lejos, expresó con resuelta firmeza:

—Yo no firmo.

Inmediatamente San Cándido intentó entablar discusión al respecto:

—¿Entonces Usted desea la guerra. Entonces Usted anhela que la bomba atómica arrase con todo. Aspira a que mate a su mamá, a su papá, a su abuelito, a su esposa, a su hijo, a su novio, a su marido, a...

Por suerte la ambulancia del Vilardebó se lo llevó a San Cándido, para someterlo a duchas frías y mantenerlo unos días en observación.

La paloma aclaraba:

—No haya temor. Conste que soy una evadida del paraíso bolchevique. Escapé —precisamente— porque se me usaba violencia para que representase ese papel. Yo no hago propaganda. Ni subrepticia ni desembozada. Definamos posiciones: yo soy una prófuga auténtica. Yo me he fugado porque no podía soportar más la vergüenza de representar, absolutamente contra mi voluntad, esa grotesca y perversa comedia. Yo soy la blanca, la pura, la limpia Paloma de la Paz, sin etiqueta, sin estrella roja, sin penacho marcial, sin consigna aprendida y recitada, como si fuese un loro verde pintado con albayalde!

—¡Soy la Paloma!

Pero tengo miedo. Les ruego que me escondan, que me protejan, que me defiendan, que me aseguren mi libertad, mi independencia, mi albedrío.

—Tranquílcese, señorita.

—Aquí no corre ningún peligro.

—¿Y si vuelven?

—No tendrán esa audacia.

—¡Usted no los conoce!

—No se atreverán.

—¡Son capaces de todo!

San Ignacio de Loyola, siempre fuerte, siempre franco y siempre bruto, —aunque como buen jesuíta a veces lo disimula con envidiable habilidad— se abrió paso entre el pasmado y atento corro que rodeaba a la recién llegada y amenazó con estentórea y bronca voz:

—Pues si caen otra vez por acá, los sacaremos a patadas.

—A coces, corrigió, pulcro, el Profesor Rusconi, que estaba entre los circundantes.

La paloma, al fin, continuó conversando.

(Y eso que estaba tan débil.)

—En realidad yo jamás presté mi consciente concurso a esta hipócrita y famosa cruzada de la paz. Esta campaña, paradójicamente, ha estado siempre viciada por los dos sostenes de la guerra, que son el terror y la violencia. Bajo su amenaza me obligaron a actuar. Para convencerme de que les sirviera de señuelo, de signo y de salvoconducto, no trataron de adoctrinarme y convencerme. No me hicieron entrever cercanas la dulzura de las arcadías, la armonía de los edenes, la gracia de los paraísos ni me recordaron máximas de Confucio o de Cristo. ¡Nó! Desde un principio me aterrorizaron y lo que no les muestran a los extranjeros y a quienes consideran sus enemigos, me lo enseñaron a mí, para infundirme el miedo cerval que enmudece, que paraliza y que enloquece.

Me pasearon por los arsenales, por los inmensos hangares, atestados de aviones bélicos; por los interminables depósitos de sus tanques y su artillería; por las montañas de bombas y de proyectiles monstruosos. Luego me hicieron conocer los campos de concentración, donde mueren de inanición centenares de miles de prójimos y por las escuelas de reeducación política y de trabajos forzados, en las cuales padecen, sudan y forcejean muchedumbres de esclavos semidesnudos y famélicos.

Colaboré con ellos por ese terror.

Hasta que pude huir.

Y, como en una liberación, dando idea de que estaba a punto de desmayarse, suspiró hondo el ave simbólica.

Era preciso llevarle el parte a Dios.

Se imponía que conociese la novedad.

En el estado en que el hombre se encontraba, ¿quién se atrevía?

Tampoco se le podía tener ignorante de suceso de tal gravedad.

Los santos de guardia se lavaban las manos.

—Nosotros somos subalternos. Que vayan los jefes.

Los Apóstoles iban a tirar un vintén a sol o a número, cuando, de pronto, se oscureció el cielo y se estremeció en el rumor estrepitoso de cincuenta mil aviones, que en correcta formación y nutridas tandas, desfilaban frente al Paraíso, apuntando con sus cañones y sus ametralladoras, en una flagrante y amenazadora demostración de poderío.

Dios, que dormitaba, se despertó sobresaltado.

Tocó el timbre, que al alcance de su mano estaba sobre la mesita de luz, e inquirió a gritos.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

Entonces se vieron en la ineludible necesidad de informarlo.

Aquello lo disgustó más.

Oyó en silencio, con estoica resignación, sin proferir una frase airada, sin que, en su augusto rostro, se notara un gesto de violencia.

Pidió ver a la vejada, ofendida, martirizada ave.

Con la cabeza gacha, el aire contrito, recatada como convenía a su condición, ella entró con pasos de paloma.

Se hizo un grande, tocante silencio.

El la acogió junto a su corazón y todo lo que hizo —¡el pobre viejo!— fué ponerse a llorar.

No era para menos.

Sonó la campanilla eléctrica de la calle.

Fué una de corridas, de consultas, de conversaciones y de cuchicheos.

Tremendo.

Inaudito.

Descomunal.

Una nota urgente, con el membrete de la Sociedad de Naciones, fechada en Lake Success.

Era nada menos que una comunicación de protesta de la U.R.S.S., redactada y firmada de puño y letra de José Stalin.

En el texto de la misma se acusaba al Padre Eterno y a su camarilla gubernamental de haber dado en sus dominios asilo y protección a una persona responsable de crímenes de guerra. Se terminaba exigiendo la extradición —esto es— la entrega inmediata de la Paloma.

Cerrábase el oficio con una clara y precisa amenaza.

¡Habriase visto!

¡Y en qué circunstancias!

¡Con Dios jubilado!

Ahora se anuncia una conferencia de los dos Grandes. Stalin y Dios.

No sé si debemos felicitarnos de que lleguen a un entendimiento.

No sería de desear un acuerdo.

Unidas esas fuerzas, el más increíble y monstruoso de los connubios, los destinos del mundo se podrían ver amenazados.

Correríamos un inminente peligro.

Concomitantemente se pueden aguardar las más asombrosas sorpresas, los más inverosímiles acontecimientos, los hechos más inauditos.

Apuntalado por el Czar Rojo el derrocado aspiraría a su perdido trono.

Quizás lo repusiesen en él en un teatral simulacro.

Luego lo conservarían como rehén, secuestrado, sustituyéndolo por un sosías títere.

Y el hombre del Kremlin, cumplido su sueño de dominio universal, tendría en sus omnipotentes, despiadadas y vengativas manos, el cetro del mundo.

La Paloma tiembla.

La quinta columna, insidiosa y tenaz, trabaja subterráneamente en el Cielo para instituir una democracia popular.

El kisling de San Cándido —vencida su modestia de disminuído mental— es su candidato para Presidente de la futura República Popular, que pedirá su incorporación a la Unión de Repúblicas Soviéticas y le solicitará un general en buen uso para que le haga de Ministro de la Guerra.

Pensar que la única esperanza que nos resta es el príncipe de las tinieblas.

Tenemos que reunirnos los hombres para —en esta desesperada situación— resolver si debemos jugarnos esa carta.

La del mal menor.

La Paloma, para reponerse de sus emociones y sus sobresaltos, ha aceptado una cortés invitación del Diablo para pasar una temporada de descanso en sus posesiones de Punta del Este.

Tendremos que vigilar también a la Paloma.

EL VENDEDOR DE BIBLIAS

O

EL PAN Y EL ESPEJO

La distinción, la innata elegancia —pese a que no se descubría amaneramiento alguno en su atuendo— sus modales amables y su amena e interesante conversación, hacían sumamente simpática la figura del corredor de Biblias.

Persona que visitara se transformaba en su seguro cliente.

Además como inspiraba espontánea confianza y era juicioso y discreto, sin proponérselo arrancaba confidencias y provocaba la solicitud de consejos, que prodigaba con sensatez y ponderación encomiables.

Más que relaciones comerciales, por donde pasaba dejaba vínculos amistosos.

Y no faltaba mocita casadera o viuda aún en estado de merecer, que con su recuerdo no acariciara alguna ilusión y contuviera algún suspiro.

Lo que me intrigaba era que el hombre malgastase sus extraordinarias condiciones de eficacísimo vendedor en tan baladí e ínfimo negocio.

En la colocación de cualquier otro artículo, más útil y necesario y también más valioso, nuestro amigo, en escaso tiempo, se hubiese “llenado de oro”.

El insistía en su corretaje, con un aditamento que me resultaba más singular: no aceptaba otra forma de pago que las cuotas mensuales o semanales, que se reducían a cantidades insignificantes.

Tenía que creer que allí existía un problema espiritual y entonces mi estimación al vendedor de Biblias, fluctuaba entre una adhesión cordial al hombre bueno y cierta prevención al hábil y hasta astuto proselitista.

Como hasta yo, pese a mi resistencia, había sido su víctima, estudié el problema y me detuve en su táctica.

A mí me había convencido o me había conquistado, dándome la razón hasta en las más disparatadas posiciones espirituales o ideológicas.

En todo me conformaba.

No había concepto mío que no compartiese.

Creo que si le hubiese dicho que deseaba algo monstruoso o contra natura y hasta pornográfico me lo descubre en Sodoma y Gomorra, en el "Hijo Pródigo" o en los escarceos del gaucho Salomón y su morena Sulamita amorosa, en "El Cantar de los Cantares"...

Es más, supongo que si le hubiese sostenido que el sagrado libro sólo podía servir para tirárselo por la cabeza a los acreedores impertinentes o para equilibrar las patas de una mesa coja, el amigo me hubiese sonreído:

—Acordes...

...como el sereno conciliador de "La verbena de la paloma".

En fin, que la Biblia, —un segundo ejemplar,— enriqueció mi biblioteca y su corredor pudo justificar la asiduidad de sus visitas a mi domicilio.

Noté entonces que, "como quien no quiere la cosa y como quien no dice nada", —usando un dicho que amaba repetir mi padre,— el hombre, muy por lejos, hacía una referencia al Pentateuco, al Deuteronomio, se descolgaba con una cita de Marcos o de Mateo y descubrí que por aquel lado el catecúmeno hacía de tábano de Sócrates sobre el lomo o la conciencia de su clientela.

Eso explicaba la cuota reducidísima que le permitía un permanente y dilatado contacto con esa muchedumbre que —en general— se veía en la obligación de hojear y de transitar el sagrado mamotreto.

A esa altura del proceso de nuestras relaciones, un negocio de alhajamiento de un hotel municipal me impuso la visita a una fábrica de espejos y cual sería mi sorpresa al descubrir a mi conocido en la dirección del establecimiento.

El empleado que me atendía, a quien solicité información, me despistó al afirmarme que el señor Lediable tenía demasiadas ocupaciones en la casa para atender a cualquier otra tarea.

¡Pero era él mismo!

No me cabía la menor duda.

El mismo porte, iguales gestos, similar tono de voz y ese aire atento, vivaz e inteligente y además simpático, que estaba fluyendo en su sonrisa, en sus frases, en el resplandeciente brillo de sus ojos.

Después la color mate, el gris oscuro de sus ojos y la cara ligeramente angulosa, acentuada por una barbilla fina, cuidada, en la cual algunos hilos de plata rubricaban más conocimiento del mundo y experiencia que años.

Después aquel sugestivo nombre, que su dependiente silabeó displicente: lediable, como hubiera podido repetir: muller, smith, bianchi, garcía, pandeiro...

Le Diable.

El Diablo.

Pero había cierta contradicción con lo del corretaje de la Biblia.

Se lo tenía que hacer notar.

Como mi compra era ingente y prometí una proveeduría permanente de los artículos del establecimiento, yo adquiriría una importancia que me confería derechos para tra-

tar directamente con el director y así se lo expresé al empleado.

Este me susurró:

—No se lo aconsejo. Podría ser riesgoso.

—No tema usted. No le voy a solicitar una coima.

Mi interlocutor tartamudeó:

—Corren ciertas historias...

Pero accedió a mi instancia.

El distinguido caballero no bien se enteró de mis deseos, vino hacia mí, sonriendo.

Yo me jugué el todo por el todo:

—Mi querido señor Diablo.

Sin demostrar su asombro, sin alterar su afabilidad, — ¡es una bellísima persona!— me alargó la mano:

—Non facciamo confuzione. No mezclamos los negocios. Cada asunto corre por cuerda separada. Exclusivamente para Usted —como si premiara su perspicacia— (es vivísimo el hombre) soy el mismo, sabe.

Para el mundo, para las apariencias, me reduzco a ser el Gerente General de la Sucursal Tierra de la Fábrica de Espejos, pero como dispongo de tiempo puedo ocuparme de algunas otras bagatelas.

Para los vicios, como dicen ustedes los criollos.

Para los vicios míos y de mis prójimos.

Pero pasemos a mi despacho.

Y ya en sendas poltronas, pisando mullidas alfombras, encendimos excelentes habanos, paladeamos un añejo whisky, que me informó le llegaba directamente de Escocia y él se fué templando (o lo simuló) hasta entrar en el resbaladizo terreno de las confidencias.

Así lo creí.

Sin perjuicio que pudieran ser simples maniobras habilidosas...

—Amigo mío, por algo se me denomina el príncipe de las tinieblas, dado que está entre mis obligaciones el producir éstas. Mi técnica es ir a su antípoda. Descargar cordilleras de luz: correteo Biblias...

Y atiendo este otro renglón: fabrico espejos.

Dios, —disimule Usted mi irreverencia, que no es más que aparente, al dar la sensación de hablar mal de mi dilecto maestro y amigo... Dios, excelente persona por otra parte, es un creador puro y candoroso. Además es bueno y tiene suerte. Las cosas le salen bastante bien. Yo, dentro de mi esfera y mis atribuciones, hago lo que puedo. Trato de evitar las interferencias y no le llevo la contra. No le discuto ni jamás he pretendido contradecirle. A todo digo que sí. Sin perjuicio de que reivindico mi derecho de defensa. Natural, hago por la casa; trabajo por la negra honrilla... Usted me comprende, no?

—Sí. Sí, señor.

—Con confianza, eh. Déjese de cumplidos.

—Faltaba más.

—Bueno, quería explicarle la razón de la existencia de este establecimiento y del cultivo de esta industria. En cierto momento el señor Dios se enteró de que en la tierra había cierta probabilidad de pasar hambre. Inmediatamente, previniendo ese peligro, resolvió ponerle un pan abajo del brazo a cada uno de los angelitos que enviaba al famoso valle de lágrimas.

¡Un pan!

¿Pero qué negocio iban a hacer los chiquilines con un pan?

Podrían invitar a alguna prójima a comérselo juntos.

Lo podrían empeñar.

Lo podrían aventurar al juego.

¡Un pan vale tan poco!

Una panadería mismo, si su propietario es generoso, conduce a la ruina.

Tan no era negocio que cuando aquello de Eva con Adán se recurrió a otro elemento, se trajo algo más bonito, más fresco y apetitoso: la manzana.

Natural, quién peca por un pan?

Fué cuando a mí se me ocurrió la solución que corregiría el simplista arbitrio de Dios, el espejo.

El espejo, amigo.

¡El espejo es el eje, el motor, la fuerza del mundo!

Los griegos —¡maestros y artistas geniales!— los griegos que sabían lo que se traían entre manos, nos dieron la sugestiva, sabia y profunda lección de Narciso y la fuente.

¡Qué aliado, compañero!

Con dos frasecitas filantrópicas, deslizadas en tono sentimental en su oído, convencí al Gran Arquitecto:

—Miseras criaturas desnudas, descalzas, sin un juguete para entretenerse o deleitarse!

—Les he dado un pan.

—Material alimento del estómago. No basta. Hay que pensar en el espíritu, en la gracia, en la fantasía.

El pestañeaba; hacía inauditos esfuerzos por comprender.

Yo insistía, como en una abstracción sublime:

—La poesía, el sueño!

—Se lo pondremos en el alma.

—¡No! Hay que colocárselo en la mano. Hay que darles el hilo azul para que tejan la trama de la ilusión.

—Sí, sí... No estaría mal... Pero no sé... Mi inventiva es un tanto escasa... Uno piensa en las cosas grandes... No sé... ¿A tí no se te ocurre nada?

—Sí, Maestro. Un modesto aporte. No sé lo que le pa-

recerá a Usted. Propondría que le regalásemos este gracioso milagro, que juega a crear de nuevo las cosas.

—¿Qué es? ¿En qué consiste?, indagó interesado.

—Es, en pequeño, una imitación del reflejo del lago, que copia el árbol, el cielo azul, la estrella o la flor.

—¡Qué lindol, se alborozó el viejito, mirando la pura superficie del cristal azogado.

Y me autorizó a munir a los pequeñuelos de un espejo, que llevarían en su mano libre.

En la otra llevaban el pan, que una vez que aprendían a comerlo, les proporcionaba el hambre, que es bastante conveniente para una infinidad de circunstancias, pero que jamás alcanza la importancia del espejo.

Hasta en eso nos hemos repartido con Dios las fatigas.

El, generoso, previsor y práctico, les ofrece el pan, aunque no el de cada día, pues luego que se devora el primero, se le tiene que ganar con el sudor de la frente.

—Pero es siempre el pan la gracia de Dios.

—Hum... Eso es. Una gracia restringida, casi homeopática. En cambio yo, artista, les regalo la levedad de ese prodigio inmenso que es la ilusión. Y, con ello el incentivo maravilloso de la ambición y el sueño. El ansia y la seguridad de conquistar el amor, el oro, el poder y la gloria.

Quizás con eso podría darme por cumplido y por satisfecho.

No me conformo.

Necesito lo otro.

Mi trono se eleva sobre pilares de libros sagrados, de mentiras sagradas, de...

—De Biblias.

—Eso es, de Santas Biblias.

DERROTA DE MI CANDIDATURA AL INDEX

A la sombra de la higuera del fondo del terrenito de mi rancho, tomaba mi matinal mate amargo, cuando la campanita de bronce que usamos como timbre eléctrico, repiqueteó.

Por no molestarme, de haragán no más, invité:

—¡Adelante! Sin miedo que no hay perros.

Y un minuto más tarde, con la amable presencia de mi amigo Alberto Pincio, nubló la mañana la pardo-ensotanda humanidad de un fraile desenvuelto y corpulento.

El poeta me lo presentó:

—El padre Nientintesta.

—Encantado.

Ofrecí asientos a mis inesperados —uno grato, el otro pintoresco— visitantes.

—¿A qué se debe la gentil presencia?

—Un espontáneo impulso de simpatía.

—Muy honrado.

—Merecida, acentuó su cortesía el más joven de mis huéspedes, que como todos saben es uno de nuestros más encantadores literatos, que explicó:

—Mi acompañante, eclesiástico de la orden de los Capuchinos, experimenta una marcada debilidad, una encomiable inclinación hacia las letras en general y, en particular, hacia las nacionales y enterado de que usted es uno de nuestros más esforzados y prestigiosos cultores de las mismas...

—No pierde usted la oportunidad de demostrarme su adhesión y gentileza.

—Somos pocos y nos conocemos.

Y el clérigo metió la cuchara:

—Sabemos muy bien los kilates que pesa el autor de "La novia de bolsillo".

Ahora Albertito reanudaba el discurso:

—Y yo he tenido el señalado placer de acompañarlo, pues a pesar de ciertas discrepancias filosóficas, que aparentemente nos distancian, no estimo menos a nuestro amigo.

—Visita de curiosos, de colega y de admirador, inventarió el desconocido.

—Que no sé cómo agradecer, caballero... (Subrayaba yo, decidido a no largar lo de "padre" ni que me ahorcasen).

Y ya este peligroso vicio de la literatura, que lo avasalla todo, invadiendo hasta el campo de las ideas; esta masonería fraternitaria, que lo prostituye a uno democráticamente, hasta el extremo que —como en este caso— un fraile, un mancebo lírico y un librepensador a los cinco minutos de prosear nos sentíamos como chanchos en el barro, nos amalgamó en un uniforme matete.

El menos perspicaz se imagina lo que será un trío de hombres del oficio despotricando sin trabas.

De Homero a Dante, de Esquilo a Shakespeare, de San Juan de la Cruz a José Pedro Segundo, no paramos cuesta abajo hasta Oribe, Fusquito, Sabat, Rodríguez, García, Fernández y la señorita de Telón y la señora de González.

Al rato yacían por tierra el tendal de elogiados y fuera de los intocables, comprendidos a Bernard Shaw y a Paul Claudel —medio y medio: uno socialista; el otro confesional— (teníamos que hacernos mutuas concesiones) los úni-

cos que habían quedado con algún hueso sano eran Nientintesta, Alberto Pincio y el que suscribe.

Yo, —siempre he de ser el mismo “buenasnoches”, como decía mi tata,— me dejé envolver como un recién nacido y cayendo en la celada, descorrí el cierre metálico de mis intimidades tan hasta abajo, que creo se me vió hasta el ombligo.

El capuchino me tiró de la lengua y yo que no necesito nada más que una convidadita de refilón para darle juego a la sin hueso, me puse a contarles con pelos y señales los argumentos de todas las narraciones de mi libro en preparación.

Era lo que el hombre andaba buscando.

Veterano de confesiones e investigaciones, con diplomático tacto y frío dominio de sí mismo, me hacía creer que me oía con una especie de refinada voluptuosidad de buen catador y sonreía con paternal benevolencia hipócrita.

A pesar que al oír mi charla, Albertito trataba de disimular sus púdicos rubores y peor que eso su repulsión a mis desaforados despropósitos y su espanto ante mis droláticas herejías, noté que le subía y le bajaba la nuez de Adán, de su garganta azulada por la barba fuerte, como si engulliese con dificultad una saliva amarga.

—¿Cómo titula su singular volumen?, me interrogó el clérigo.

—“La jubilación de Dios”.

Un tanto desconcertado por la juguetona intención, que debía sonarle a audaz y atrevida irreverencia, mi contertulio titubeó.

Le tembló la mano exorcizante; se le escapó una interjección eufemística:

—¡Cáspita!

Pero ya agregó, entre contradiciéndose y rectificándose:

—No... no... novedoso. ¡Qué ocurrencial! Su originalidad llamará la atención... Pero... pero...

—¿Pero qué? ¿Usted tiene algo que objetar?

—No, una simple pregunta, a título de curiosidad.

—Usted dirá.

—¿Se puede saber si consiguió el “nihil obstat”; si llenó las formalidades de requerir la autorización del Obispo de la Diócesis?

—No lo consideré necesario.

—Sin embargo, como trata de cosas sagradas.

—Favor que usted me hace...

—El asunto tiene dos aspectos, dado que en realidad lo que me trajo aquí no se relaciona tanto con mi investidura eclesiástica, sino con nuestros planes editoriales.

—¡Planes editoriales! (Esto es como mentarle la miel al oso).

—Exacto. Se me había pasado por alto informarle que desempeño el cargo de gerente administrador de “La Buena Prensa” y que, en la última sesión del Honorable Directorio se resolvió prestar la atención que se merece a la producción literaria vernácula.

Como yo me considero dentro de la circunscripción de la infeliz palabreja, me parece que grité:

—¡Bravo! ¡Muy bien!

—Y hemos pensado en usted.

Aquí se redobló mi euforia y mi asombro:

—¡¡En mí!!

—Sí. Cumpliendo una obra realmente patriótica nos proponemos divulgar sus nobilísimas páginas cristianas desperdigadas en el correr de sus creaciones, donde su sano fondo tradicional religioso se pone más de una vez en evidencia. Haríamos un copioso tiraje, en una impresión de lujo, condisciente con la categoría del material.

A esta altura del diálogo, como la limosna se desmesuraba, volví en mí y reaccioné con cierta impertinente descortesía.

—Primero lo hacemos ingresar a Dios en las clases pasivas y después hablamos.

Por toda contestación el padre Nientintesta, con el aparente propósito de extraer de entre sus ropas un pañuelo, dejó caer a mis pies un talonario de cheques de la Caja Obrera, al que el viento indiscreto le levantó la tapa, descubriendo que el primero de los codiciados papelitos estaba firmado en blanco...

Mirándome furtivamente, de soslayo, el del capuchón se franqueó:

—“Mettiamo le carte in tavola”. O, más claro, repitiendo la frase española: “hablemos a calzón quitao”: ¿Puede decirme qué se propone con la publicación de ese volumen?

Terminando de percatarme de la maniobra del fraile trapacero, mi primer propósito (de buenas intenciones está empedrado el Infierno) fué expulsarlo de mi presencia:

—¡Mándese mudar de aquí, espía, jesuita, hipócrita!
¡Atreverse a acercárseme con tan deshonestos propósitos!

Pero cómo le hacía ese desaire, como hería la delicada sensibilidad del pobre Albertito!

Allí estaba con su candor de siempre. Con torpe industria, distraído en pueril ejercicio, se afanaba en coser con una ramita de retama unas hojas de higuera, quizás para componer el bíblico delantal con que Eva, con femenina intención, simuló cubrirse sus inocentes encantos.

Eso me distrajo y permitió que el clérigo se encocrase y continuara metiendo basa con no escasa impertinencia y lógica, que yo escuchaba con incomprensible y desconcertante tranquilidad.

—Su libro, para no alterar el ritmo normal de su sino

literario, nacerá y fallecerá sin pena ni gloria. En el supuesto caso —improbable— de que despertara interés, manos anónimas e invisibles lo harán desaparecer lentamente, sin dejar rastros. El Ministerio de Instrucción Pública lo ignorará cuando de premiarlo se trate. Sus tarjetas de visita continuarán huérfanas de esa decorativa leyenda, de “no quiero, no quiero, ponémela en el sombrero”: “de la Academia Uruguaya de Letras”. Cuando se encuentren con usted en la calle o en alguna reunión Dardo, Gallinal, Payssé, Blengio, Monseñor Barbieri o Pivel Devotto, fingirán no conocerlo. Esther de Cáceres, Ernesto Pinto, Evangelina, Sarah, Julio Silva, Pintín Castellanos, Angel Aller y Antonio Soto, le van a negar el saludo. Ni su hermana le va a contestar las cartas.

Haga el balance. ¿Qué le queda?

—Esté... esté... tartamudeaba como un estudiante que no sabe muy bien la materia...

.....

Mi pobre humanidad apabullada, por el suelo, hecha un guiñapo, no se levantaba ni con un guinche.

—¿Y la verdad, el racionalismo, las ideas?

—¡Vox clamantis in deserto! ¡Si no te leen ni tus correligionarios!

Y con despiadado razonar y apocalíptica furia nihilista, continuó el clérigo, enumerándome personas y organizaciones y empresas periodísticas y eminentes “amigos” políticos, que seguirían pescando desaprensivamente en su río revuelto, sin tirarme el más insignificante salvavidas de simpatía, mientras yo me ahogase en dos dedos de agua, a un metro de la orilla.

¡Tremendo!

Pero aún me quedaba una poderosa batería de reserva.

Desenfundé mi último recurso.

—¿Y el Index? ¡El Index de la todopoderosa Sagrada Inquisición, superstite de los buenos tiempos medioevales! ¡El Index librorum prohibitorum, con su doble excomunión para mí y para los lectores! ¡Qué incentivo! ¡Qué carnada! ¡Qué atracción!

Operación segura.

Negocio redondo.

Un adelanto de la inmortalidad, que me colocaría junto a Galileo y a Voltaire, a Víctor Hugo y Gabriele d'Annunzio, a Emilio Zola y a Guerra Junqueiro, a Bernard Shaw...

—Vana ilusión. No sabes que la Santa Sede ha cambiado de táctica. El Vaticano ignora a los brujos, a los magos, a los filósofos y a los literatos. Estos recursos anticuados, inoperantes o contraproducentes, están radiados de su técnica sagaz, sutil e inteligente. Ni excomunión ni Index. Y menos cuando el enfermo se va a morir solo. Comprenderás que no vamos a gastar en penicilina ni estreptomycin, como no se gasta pólvora en chimangos.

Nientintesta, luego de haberse tomado la libertad de tutearme, sonreía mefistofélico.

Juraría que como en el "Fausto" de Estanislao del Campo, el ambiente estaba "jediendo a mixto".

¡Qué poca distancia media entre lo angélico y lo demoníaco!

Albertito, ausente, persistía en la costura del púdico delantalito verde y fugacísimo.

Con mi característica energía invariable, con mi pujante ímpetu de luchador tenaz e insobornable, vociferé:

—¡Adelante los que quedan! ¡No me doblegará nada! ¡Aunque me quede solo y mi alma! ¡"La jubilación de Dios" se lleva a cabo, sale!

¡Adelante, por arriba de las cruces, de las sotanas, de

la soledad, de los cheques, de la conspiración del silencio!
¡Adelante!

.....
Como mi patrona oye mi grito de guerra y mi heroica incitación al combate, da tregua a su laboriosa escoba y me interroga:

—¿Adelante? ¿A quién invitas a pasar?

—Me dirijo a los que están llamando, a Alberto Pincio y a ese fraile encapuchado, que viene en su compañía.

Ella se asoma.

—Si no hay nadie.

—¿Nadie?

El sentido común de la más crasa de las realidades desemboca en las frases cautas, moderadas y juiciosas de la señora:

—Vos te estás quedando sordo, Adolfo... Y me parece que estás viendo visiones. En una de esas son cosas de la edad... Vas a tener que hacerte tomar la presión.

—¿Pero sonó o no sonó la campanita?

—Sonó hoy, temprano, cuando te trajeron los papeles de la imprenta.

—¡Ah! Son las pruebas del libro. ¡Macanudo!

Las desenvuelvo. Les doy un vistazo. Y, por Belcebú, realmente me pongo a ver visiones:

—¿Qué dice aquí?! ¿Qué dice aquí afuera, qué dice?! ¡No han puesto Laus Deo!

—Nó, nó... No te hagas malas ideas. Ha sido el muchacho, que como no encontró a nadie cuando vino, puso:

—Las Dejo...

EPILOGO

LAS PANTUFLAS

Desde el misterio, marcado con el destino dramático del desconforme y con el implacable signo del justiciero, desembarcó el joven en un mundo lleno de altibajos, de claros y oscuros y desigualdades.

Para medirse con sus exigencias ni siquiera estimó sus músculos ni calculó sus fuerzas ni midió sus posibilidades.

Era preciso desbrozar, nivelar, iluminar aquello que hallaba feo, triste, sombrío.

Y se entregó en cuerpo y alma a la tarea.

Lágrima y sangre e ímprobo esfuerzo le exigió.

Bien empleados estaban si tras los horizontes brumosos resplandecía la esperanza de la luz.

Cuántas cuevas que ascender, cuántos abismos que salvar, cuántos desiertos que transitar; cuánta sed y cuánta hambre, colmillos y garras, noches y cárceles.

Y peor que la muralla alta y el acero filoso y la piedra agresiva, fueron la insidia de la promesa, el halago del premio, la seducción de la dádiva, el canto embelesador de las sirenas de la fama.

El era fuerte y rudo y poseía el invulnerable escudo de su fe, de su ideal y de su sueño.

Su amante era la pobreza; su lecho el silencio; su traje el calor y el frío.

Lo acechaban las fieras, lo circuían las alimañas, servíanle de almohada los reptiles.

Y él continuaba impávido, alumbrado por las estrellas, vestido de vientos, calzado con polvo, con guijas y con espinas.

El resplandor de un reguero de sangre iluminaba sus caminos ásperos.

Como no la había gastado en ruegos, ni en oraciones ni en súplicas, su voz era aún poderosa para cantar a la vida y a la victoria.

No lo vencieron ni la indiferencia letal ni el hierro homicida ni la soledad angustiadora.

Con los años lo tentó el cansancio, que muerde las carnes, pesa en los huesos, es plomo en la sangre y lastre en las alas de las ideas.

En promesa de compensación de la dura brega, el reposo le mullía lechos, le tejía guirnaldas y le fabricaba las aterciopeladas, sedentarias pantuflas.

Serían el santo y seña para entrar en el templo de la consagración.

Cuanto se las pusiera se abrirían todas las puertas y lo asediarían las sonrisas, las palmas, los vítores y las coronas.

Sonaron las campanas en la torre gloriosa.

Como quien levanta una sabandija, el luchador tomó las muelles y sedosas pantuflas y las arrojó violentamente, ¡lo más lejos posible!, con entero y viril desprecio!

INDICE

	Pág.
<i>Dedicatoria</i>	6
<i>Defensa de la sonrisa</i>	7
<i>La jubilación de Dios</i>	13
<i>Muerte y transfiguración de don Manuelito el pajarero</i>	43
<i>San Montiel</i>	51
<i>Juicio final</i>	71
<i>El negrito del pastoreo</i>	91
<i>El eslabón perdido</i>	101
<i>Democracia en el cielo</i>	111
<i>El mago de Rocacapilla</i>	121
<i>Un veraneo entre los santos</i>	131
<i>La volatilización</i>	139
<i>Inconvenientes del alcoholismo</i>	153
<i>El gran traicionado</i>	161
<i>La paloma de la paz</i>	173
<i>El vendedor de biblias o el pan y el espejo</i>	183
<i>Derrota de mi candidatura al Index</i>	190
<i>Epílogo (Las pantuflas)</i>	199